

Los Pirineos

Por

Victor Hugo

Freeditorial 

EL LOIRA. BURDEOS

Burdeos, 20 de julio

Vos que jamás viajáis de otro modo más que con el espíritu, yendo de libro en libro, de pensamiento en pensamiento, y nunca de país en país, vos, que pasáis todos los veranos a la sombra de los mismos árboles y todos los inviernos al amor de la misma lumbre, queréis, enseguida que abandono París, que os diga, yo, vagabundo, a vos, solitario, todo cuanto he hecho y todo cuanto he visto. Sea. Obedezco.

¿Lo que he hecho desde anteayer, 18 de julio? Ciento cincuenta leguas en treinta y seis horas. ¿Lo que he visto? He visto Etampes, Orléans, Blois, Tours, Poitiers y Angoulême.

¿Queréis más? ¿Os hacen falta descripciones? ¿Queréis saber lo que son estas ciudades, en qué aspectos se me presentaron, qué cosecha de historia, de arte y poesía he recogido en el camino, todo lo que he visto, en una palabra? Sea. Obedezco de nuevo.

Etampes es una maciza torre vislumbrada a la derecha, al crepúsculo, sobre los tejados de una larga calle; oigo a los postillones que dicen; «¿Otra desgracia del ferrocarril? Dos diligencias arrolladas, sus viajeros muertos. La máquina ha arrollado al convoy entre Etampes y Etrechy. Al menos, nosotros no arrollamos».

Orléans es una vela en una mesa redonda en una estancia baja de techo en la que una chica pálida os sirve un caldo magro.

Blois es un puente a la derecha con un obelisco estilo Pompadour. El viajero sospecha que puede haber casas a la derecha, quizás una ciudad.

Tours es también un puente, una larga calle ancha y un reloj que marca las nueve de la mañana.

Poitiers es una sopa de puchero, un pato con nabos, una caldereta de anguilas, un pollo asado, un lenguado frito, judías verdes, una ensalada y fresas.

Angoulême es un farol de gas con un muro que lleva esta inscripción: «Café de la Marine» y a la izquierda otro muro adornado con un cartel azul en el que se lee: «La rue de la Lune», vodevil.

He aquí lo que es Francia cuando se ve en coche correo. ¿Qué será cuando se ve en ferrocarril?

Tengo idea de haberlo dicho ya en otro sitio: se han ponderado demasiado

el Loira y Turena. Ya es hora de hacer justicia. El Sena es mucho más bello que el Loira; Normandía es un «jardín» mucho más cautivador que Turena.

Un agua amarilla y ancha, riberas llanas, álamos por todas partes, eso es el Loira. El álamo es el único árbol tonto. Oculta todos los horizontes del Loira. A lo largo del río, en las islas, al borde del dique, en las lontananzas, no se ven más que álamos. Para mi espíritu hay cierta relación íntima, cierto inefable parecido entre un paisaje compuesto de álamos y una tragedia escrita en alejandrinos. El álamo es, como el alejandrino, una de las formas clásicas del aburrimiento.

Llovía, había pasado una noche sin dormir, no sé si esto me ha puesto de mal humor, pero todo en el Loira me ha parecido frío, triste, metódico, monótono, estudiado y solemne.

Se encuentran de vez en cuando convoyes de cinco o seis embarcaciones, que remontan o descienden por el río. Cada barco sólo tiene un mástil y una vela cuadrada. El que tiene la vela más grande precede a los demás y los arrastra. El convoy está dispuesto de modo que las velas van disminuyendo de tamaño de un barco al otro, del primero al último, con una especie de disminución simétrica que ningún saliente interrumpe, que ningún capricho altera. Uno recuerda involuntariamente la caricatura de la familia inglesa y creería ver navegar viento en popa una gama cromática. Sólo he visto esto en el Loira; y prefiero, lo confieso, las balandras y los quechemarines normandos de todas las formas y de todos los tamaños, que vuelan como aves rapaces y mezclan sus velas amarillas y rojas en la borrasca, la lluvia y el sol, entre Quilleboeuf y Tancarville.

Los españoles llaman al Manzanares el vizconde de los ríos, yo propongo llamar al Loira la viuda noble de los ríos.

El Loira no tiene, como el Sena o el Rin, una multitud de bonitas ciudades y bellos pueblos construidos a la misma orilla del río y que reflejan sus aguilones, sus campanarios y sus fachadas en el agua. El Loira atraviesa un gran aluvión del diluvio que se llama Soloña; trae de allí arenas que su corriente arrastra y que a menudo obstruyen y entorpecen su cauce. De ahí, en estas llanuras bajas, las crecidas e inundaciones frecuentes que hacen retroceder, lejos, a los pueblos. En la orilla derecha se resguardan tras el dique. Pero allí, están casi perdidos a la vista; el caminante no los ve.

No obstante, el Loira tiene sus bellezas. Mme. de Staël, exiliada por Napoleón a cincuenta leguas de París, se enteró de que a orillas del Loira, exactamente a cincuenta leguas de París, había un castillo llamado, creo, Chaumont. Fue allí adonde se dirigió, no queriendo agravar su exilio con un cuarto de legua más. No la compadezco. Chaumont es una residencia noble y señorial. El castillo que debe ser del siglo dieciséis, es de un bello estilo; las

torres tienen cuerpo. El pueblo, al pie de la colina cubierta de árboles, presenta precisamente un aspecto quizás único en el Loira, el 27 aspecto de un pueblo del Rin, una larga fachada que se extiende a la orilla del agua.

Amboise es una villa alegre y bonita, coronada por un magnífico edificio, a media legua de Tours, frente a estos tres preciosos arcos del antiguo puente, que desaparecerán un día de estos en alguna reforma municipal.

La ruina de la abadía de Marmoutiers es algo grande y hermoso. Hay sobre todo, a unos pasos del camino, una construcción del siglo quince, la más original que he visto; casa por sus dimensiones, fortaleza por sus matacanes, ayuntamiento por su atalaya, iglesia por su pórtico ojival. Esta construcción resume y hace, por decirlo así, visible a la vista la especie de autoridad híbrida y compleja que, en tiempos feudales, se atribuía a las abadías en general y, en particular, a la abadía de Marmoutiers.

Pero lo que tiene el Loira de más pintoresco y de más grandioso es un inmenso muro calcáreo mezclado con arenisca, pedernal y arcilla de alfarero, que bordea y aguanta su orilla derecha, y que se extiende a la vista, de Blois a Tours, con una variedad y una alegría inexpresables, ora roca salvaje, ora jardín inglés, cubierto de árboles y flores, coronado de cepas que maduran y de chimeneas que humean, agujereado como una esponja, habitado como un hormiguero.

Hay allí cavernas profundas en las que se ocultaban antaño los falsificadores de moneda que falsificaban la E de la moneda de Tours e inundaban la provincia de falsos céntimos torneses. Hoy las toscas aberturas de estos antros están cerrados por bonitos contramarcos ajustados de forma coquetona a la roca, y de vez en cuando se ve a través del cristal el perfil gracioso de una joven curiosamente tocada, ocupada en poner en cajas el anís, la angélica y el coriandro. Los confiteros han reemplazado a los falsificadores de moneda.

Y, puesto que estoy con lo que el Loira tiene de encantador, agradezco al azar el haberme conducido de un modo natural a hablaros de las muchachas hermosas que trabajan y cantan en medio de esta hermosa naturaleza.

La terra molle, e lieta, e diletta,

Simili a se gli habitatori produce.

Al revés que con el Loira, no se ha ponderado lo bastante Burdeos o, al menos, se ha ponderado mal.

Se elogia a Burdeos como se elogia a la calle Rívoli: regularidad, simetría, grandes fachadas blancas y todas iguales unas a otras, etc.; lo que para el hombre de juicio quiere decir arquitectura insípida, ciudad aburrida de ver.

Ahora bien, aplicado a Burdeos, nada es menos exacto.

Burdeos es una ciudad curiosa, original, quizás única. Tomad Versalles y mezcladlo con Amberes: tendréis Burdeos.

Exceptúo, no obstante, de la mezcla —pues hay que ser justo— las dos mayores bellezas de Versalles y de Amberes, el castillo de uno y la catedral de la otra.

Hay dos Burdeos, el nuevo y el viejo.

Todo en el Burdeos moderno respira la grandeza como en Versalles; todo en el viejo Burdeos cuenta la historia como en Amberes.

Estas fuentes, estas columnas rostradas, estas amplias avenidas tan bien plantadas, esta plaza Real que es simplemente la mitad de la plaza Vendôme colocada al borde del agua, este puente de medio cuarto de legua, este muelle soberbio, estas calles anchas, este teatro enorme y monumental, eso son cosas a las que ninguno de los esplendores de Versalles eclipsa y que, en el propio Versalles, rodearían dignamente el gran castillo que albergó al gran siglo.

Estas encrucijadas inextricables, estos laberintos de callejones y caserones, esta calle de los Lobos que recuerda los tiempos en que los lobos iban a devorar a los niños al interior de la ciudad, estas casas fortaleza antaño frecuentadas por los demonios de un modo tan molesto que un decreto del parlamento declaró en 1596 que bastaba con que una vivienda fuera frecuentada por el diablo para que el arrendamiento quedara anulado con pleno derecho, estas fachadas color yesca esculpidas por el fino cincel del Renacimiento; estos pórticos y estas escaleras ornadas de balaustres y de pilares salomónicos pintados de azul a la usanza flamenca; esta encantadora y delicada puerta de Caillau construida en memoria de la batalla de Fornoue; esta otra hermosa puerta del ayuntamiento que deja ver su campanario tan audazmente suspendido bajo una arcada calada, estos trozos informes del lúgubre fuerte de Hâ; estas viejas iglesias, la de San Andrés con sus dos agujas, la de San Severino cuyos canónigos glotones vendieron la villa de Langon por doce lampreas al año, la de la Santa Cruz, que fue quemada por los normandos, la de San Miguel que lo fue por el rayo, todo este montón de viejos portales, de viejos aguilonos y de viejos tejados; estos recuerdos que son monumentos: estos edificios que son fechas, serían dignos, ciertamente, de reflejarse en el Escalda, como se reflejan en el Gironda, y de agruparse entre las casuchas flamencas más extrañas alrededor de la catedral de Amberes.

Añadid a eso, amigo mío, el magnífico Gironda lleno de navíos, un suave horizonte de colinas verdes, un hermoso cielo, un cálido sol y os gustará Burdeos incluso a vos que sólo bebéis agua y que no miráis a las muchachas hermosas.

Aquí son encantadoras con su pañuelo naranja o rojo como las de Marsella con sus medias amarillas.

Es un instinto de las mujeres de todos los países el agregar la coquetería a la naturaleza. La naturaleza les da la cabellera, esto no les basta y le añaden el peinado; la naturaleza les da el cuello blanco y flexible, es poca cosa y le añaden el collar; la naturaleza les da el pie fino y ágil, esto no es bastante, y lo realzan con el calzado. Dios las ha hecho hermosas, esto no les basta, ellas se hacen bonitas.

Y, en el fondo de la coquetería, hay una idea, un sentimiento si queréis, que se remonta hasta nuestra madre Eva. Permitidme una paradoja, una blasfemia, que, me temo, contiene una verdad: Dios es quien hace hermosa a la mujer, el demonio es el que la hace bonita.

¡Qué importa, amigo! Amemos a la mujer, incluso con lo que el diablo le añade.

Pero me parece, en verdad, que predicaba. Eso no me va. Volvamos, por favor, a Burdeos.

La doble fisonomía de Burdeos es curiosa; el tiempo y el azar son los que la han hecho; no es necesario que los hombres la estropeen. Ahora bien, no se puede ocultar que la manía de las calles «bien abiertas», como dicen, y de las construcciones de «buen gusto» gana terreno cada día y va borrando del mapa la vieja ciudad histórica. En otras palabras, el Burdeos-Versalles tiende a devorar al Burdeos-Amberes.

¡Que los bordeleses tengan cuidado con ello! Amberes, después de todo, es más interesante por el arte, la historia y el pasado que Versalles. Versalles sólo representa a un hombre y un reinado; Amberes representa a todo un pueblo y varios siglos. Mantened, pues, el equilibrio entre ambas ciudades, poned un coto entre Amberes y Versalles; embelleced la ciudad nueva, conservad la ciudad vieja. Habéis tenido una historia, habéis sido una nación, recordadlo, estad orgullosos de ello.

Nada hay más funesto y más empequeñecedor que las grandes demoliciones. El que echa abajo su casa, echa abajo su familia; el que echa abajo su ciudad, echa abajo su patria; el que echa abajo su morada, destruye su nombre. El viejo honor es el que está en estas viejas piedras.

Todas estas ruinas despreciadas son ruinas ilustres; hablan, tienen una voz; atestiguan lo que vuestros padres hicieron.

El anfiteatro de Galiano dice: he visto proclamar emperador a Terticus, gobernador de las Galias; he visto nacer a Ausonio, que fue poeta y cónsul romano; he visto a San Martín presidir el primer concilio, he visto pasar a

Abderramán, he visto pasar al Príncipe Negro. La Santa Cruz dice: he visto casarse a Luis el Joven y Leonor de Guyena, a Gastón de Foix y Magdalena de Francia, a Luis XIII y Ana de Austria. El Peyberland dice: yo he visto a Carlos VII y Catalina de Médicis. El campanario dice: bajo mi bóveda han estado Michel Montaigne que fue alcalde y Montesquieu que fue presidente. La vieja muralla dice: por mi brecha entró el condestable de Montmorency.

¿Acaso todo eso no vale una calle tirada a cordel? Todo eso es el pasado; el pasado, cosa grande, venerable y fecunda.

Lo he dicho en otro sitio, respetemos los edificios y los libros; sólo allí el pasado está vivo, en todas las demás partes está muerto.

Ahora bien, el pasado es una parte de nosotros mismos, la más esencial quizás. Toda la ola que nos lleva, toda la savia que nos vivifica nos viene del pasado. ¿Qué es un río sin su fuente? ¿Qué es un pueblo sin su pasado?

M. de Tourny, el intendente de 1743, que comenzó la destrucción del viejo Burdeos y la construcción del nuevo, ¿fue útil o funesto para la ciudad? Es una cuestión que no examino. Se le levantó una estatua, está la calle Tourny, el paseo Tourny, la alameda Tourny, está muy bien. Pero, aún admitiendo que haya servido tan grandemente a la ciudad, ¿es ello una razón para que Burdeos se presente al mundo como si sólo hubiera tenido a M. de Tourny?

¡Cómo! Augusto os había erigido el templo de Tutela; vosotros lo habéis derribado. Galiano os había edificado el anfiteatro; lo habéis desmantelado. Clodoveo os había dado el palacio de la Ombrière; lo habéis arrasado. Los reyes de Inglaterra os habían construido una gran muralla desde el foso de los Curtidores al foso de las Salineras; la habéis arrancado de tierra. Carlos VII os había edificado el Castillo-Trompeta; lo habéis derribado. Rompéis una tras otra todas las páginas de vuestro viejo libro, para quedaros sólo con la última; ¿echáis de vuestra villa y borráis de vuestra historia a Carlos VII, los reyes de Inglaterra, los duques de Guyena, Clodoveo, Galiano y Augusto y erigís una estatua a M. de Tourny? Es derribar algo muy grande para levantar algo muy pequeño.

21 de julio

El puente de Burdeos es la coquetería de la villa. Siempre hay en el puente cuatro hombres ocupados en rellenar las juntas del adoquinado y en acicalar la acera. En cambio, las iglesias están muy lamentablemente deterioradas.

Sin embargo, ¿no es cierto que todo, en una iglesia, merece religión, hasta las piedras? Es lo que olvidan habitualmente los curas, que son los primeros demolidores.

Las dos principales iglesias de Burdeos, San Andrés y San Miguel, tienen,

en lugar de campanarios adosados al edificio principal, campanarios aislados como en Venecia o en Pisa.

El campanario de San Andrés, que es la catedral, es una torre bastante bella, cuya forma recuerda la torre de Beurre de Ruán y a la que llaman el Peyberland, por el nombre del arzobispo Pierre Berland, que vivía en 1430. La catedral tiene además las dos audaces agujas del campanario calado, de las que os he hablado. La iglesia, comenzada en el siglo XI, como lo atestiguan los pilares románicos de la nave, fue dejada así durante tres siglos para ser reemprendida bajo el reinado de Carlos VII y terminada bajo el de Carlos VIII. La arrebatadora época de Luis XII le dio el último toque y construyó, en el extremo opuesto del ábside, un porche exquisito que aguanta los órganos. Los dos grandes bajo relieves colocados en la muralla bajo este porche son dos cuadros de piedra del más bello estilo y casi se podría decir, por lo poderoso que es su modelado, del más magnífico color. En el cuadro de la izquierda, el águila y el león adoran a Cristo con una mirada profunda e inteligente, como conviene que los genios adoren a Dios. El pórtico, aunque simplemente lateral, es de una gran belleza.

Pero tengo prisa por hablaros de un viejo claustro en ruinas adosado a la catedral por el lado Sur y al que entré por casualidad.

Nada es más triste y más encantador, más importante y más abyecto. Figuraos eso. Oscuras galerías atravesadas por ojivas de ventanaje flamígero: un entramado de madera sobre estas ojivas; el claustro transformado en cobertizo, todas las losas levantadas, polvo y telas de araña por todas partes; letrinas en un patio vecino, faroles de cobre herrumbroso, cruces negras, ampolletas de plata, todos los trastos viejos de los coches fúnebres y los enterradores en los rincones oscuros; y bajo estos falsos cenotafios de madera y de tela pintada, verdaderas tumbas que se vislumbran con sus severas estatuas demasiado bien tumbadas para que puedan levantarse y demasiado bien dormidas para que puedan despertarse. ¿No es escandaloso? ¿No hay que acusar al sacerdote de la degradación de la iglesia y de la profanación de las tumbas? Por lo que a mí se refiere, si tuviera que señalar su deber a los sacerdotes, lo haría en dos palabras: ¡Piedad para los vivos, piedad para los muertos!

En el centro, entre las cuatro galerías del claustro, las ruinas y los escombros obstruyen un rinconcito, antaño cementerio, en el que las altas hierbas, el jazmín silvestre, las zarzas y la maleza crecen y se mezclan, casi se podría decir, con un gozo inexpresable. Es la vegetación que se apodera del edificio, es la obra de Dios que prevalece sobre la obra del hombre.

No obstante, este gozo no tiene nada de desagradable ni de amargo. Es la regia e inocente alegría de la naturaleza. Nada más. Entre las ruinas y las

hierbas, miles de flores se abren. ¡Dulces y encantadoras flores! Sentía sus perfumes llegar hasta mí, veía agitarse sus bonitas cabezas blancas, amarillas y azules, y me parecía que todas se esforzaban a cual mejor en consolar a las pobres piedras abandonadas.

Por otra parte, es el destino. Los monjes se van antes que los curas, y los claustros se vienen abajo antes que las iglesias.

De San Andrés fui a San Miguel... Pero, me llaman, el coche para Bayona va a partir; la próxima vez os diré lo que me ocurrió en esta visita a San Miguel.

DE BURDEOS A BAYONA

Bayona, 23 de julio

Hay que ser un viajero curtido y tenaz para encontrarse a gusto en la imperial de la diligencia Dotézac, que va de Burdeos a Bayona. En mi vida había encontrado yo un asiento tan ferozmente duro. Además, este diván podrá prestar un servicio a la literatura y proporcionar una metáfora nueva a los que la necesiten. Se renunciará a las antiguas comparaciones clásicas que expresaban, desde hacía tres mil años, la duración de un objeto; se dejará descansar al acero, al bronce, al corazón de los tiranos. En vez de decir:

¡El Cáucaso enfurecido!

¡Cruel, te ha vuelto el corazón más duro que las piedras!

los poetas dirán: Más duro que el asiento de la diligencia de Dotézac.

No obstante, no se escala hasta esta posición elevada y penosa sin alguna dificultad. Ni que decir tiene que hay que pagar primero catorce francos; y luego hay que dar el nombre al conductor. He dado, pues, mi nombre.

Cuando me preguntan respecto a mi nombre en los despachos de diligencia suprimo habitualmente la primera sílaba y respondo Sr. Go, dejando la ortografía a la fantasía del que pregunta. Cuando me preguntan cómo se escribe, contesto: No lo sé. Esto satisface en general al escribiente del registro, coge la sílaba que le doy y adorna este simple tema con más o menos imaginación, según sea o no un hombre de gusto. Este modo de actuar me ha valido en mis diversos paseos, la satisfacción de ver mi nombre escrito de las distintas maneras siguientes:

Sr. Go-Sr. Got-Sr. Gaut-Sr. Gault-Sr. Gaud-Sr. Gauld-Sr. Gaulx-Sr. Gaux-Sr. Gau.

Ninguno de esos redactores ha tenido todavía la idea de escribir Sr. Goth. No he advertido, hasta ahora, este matiz más que en las sátiras del Sr. Viennet y en los folletines del Constitutionnel.

El escribiente del despacho Dotézac ha escrito primero Sr. Gau, luego ha dudado un momento, ha mirado la palabra que acababa de trazar y, encontrándola sin duda un poco desnuda, le ha añadido una x. Es pues con el nombre de Gaux con el que he subido al temible asiento en el que los hermanos Dotézac pasean a sus pacientes a lo largo de cincuenta y cinco leguas.

Ya he observado que a los jorobados les gusta la imperial de los coches. No quiero profundizar en las armonías; pero lo cierto es que en la imperial de la diligencia de Meaux había encontrado a uno y que en la imperial de la diligencia de Bayona he encontrado a dos. Viajaban juntos y lo que hacía curioso el acoplamiento era que uno era jorobado por detrás y el otro por delante. El primero parecía ejercer cierto ascendiente sobre el segundo, que llevaba el chaleco desabrochado y descuidado y, en el momento de llegar yo, le ha dicho con autoridad: Querido, abrochaos vuestra deformidad.

El conductor del coche miraba a los dos jorobados con aire molesto. Este buen hombre se parecía muchísimo al Sr. de Rambuteau. Contemplándolo, yo me decía que bastaría quizás con afeitarlo para hacer de él un prefecto del Sena y que bastaría también con que el Sr. de Rambuteau dejara de afeitarse para hacer de él un excelente conductor de diligencias.

La asimilación, como se dice hoy en el lenguaje político, no tiene por lo demás nada enojoso ni ofensivo. Una diligencia es mucho más que una prefectura; es la imagen perfecta de una nación con su constitución y su gobierno. La diligencia tiene tres compartimentos como el Estado. La aristocracia está en la berlina; la burguesía está en el interior; el pueblo está en la rotonda. En la imperial, arriba de todo, están los soñadores, los artistas, los desclasados. La ley es el conductor al que habitualmente se trata de tirano; el ministerio es el postillón, al que se cambia en cada parada. Cuando el coche va demasiado cargado de equipajes, es decir, cuando la sociedad pone los intereses materiales por encima de todo, corre el riesgo de volcar.

Puesto que estamos rejuveneciendo las metáforas antiguas, aconsejo a los dignos letrados que tan a menudo atascan el carro del Estado que digan desde ahora la diligencia del Estado. Será menos noble pero más exacto.

Por lo demás el camino era muy bello e íbamos a muy buen paso. Eso se debe a una rivalidad que hay en estos momentos entre la diligencia Dotézac y este otro coche que los postillones Dotézac llaman despectivamente la competencia, sin designarlo de otro modo. Este coche me parece bueno; es nuevo, coquetón y bonito. De vez en cuando nos pasaba, entonces trotaba una

o dos horas delante de nosotros a veinte pasos, hasta que le pagábamos con la misma moneda. Era muy desagradable. En los antiguos combates clásicos se hacía «morder el polvo» al enemigo; en éstos, se contentan con hacérselo tragar.

Las Landas, de Bazas a Mont-de-Marsan, no son más que un interminable bosque de pinos salpicado aquí y allá de grandes robles y entrecortado por inmensos claros que cubren hasta perderse de vista las landas verdes, las retamas amarillas y los brezos violetas. La presencia del hombre se revela en las partes más desiertas de este bosque por grandes tiras de corteza sacadas del tronco de los pinos para dar salida a la resina.

No hay pueblos, pero a intervalos hay dos o tres casas de grandes tejados, cubiertas con tejas huecas a la usanza de España y resguardadas bajo bosquecillos de robles y castaños. A veces el paisaje se vuelve más áspero, los pinos se pierden en el horizonte, todo es brezo y arena; algunas chozas bajas aparecen aquí y allá, luego dejan de verse, y no se encuentra al borde del camino más que la chabola de tierra de un peón caminero y, a veces, un gran círculo de hierba quemada y de ceniza negra que indica el lugar de un fuego nocturno.

Toda clase de rebaños pacen en los brezales; manadas de ocas y piaras de cerdos conducidas por niños, rebaños de ovejas negras o rojizas conducidos por mujeres, rebaños de bueyes de grandes cuernos conducidos por hombres a caballo. A tal rebaño, tal pastor.

Sin darme cuenta y creyendo que sólo estaba pintando un desierto, acabo de escribir una máxima de Estado.

Y a propósito, ¿creeríais que en el momento en que atravesaba las Landas todo hablaba en ellas de política? Eso no le va a un paisaje así, ¿verdad? Un hálito de revolución parecía agitar esos viejos pinos.

Era el mismo momento en que Espartero caía en España. No se sabía nada todavía, pero se presentía todo. Los postillones, al subir a su asiento, decían al conductor:

—Está en Cádiz. —No, se ha embarcado. —Sí, hacia Inglaterra. —No, hacia Francia. —No quiere nada ni de Francia ni de Inglaterra. Va a una colonia española. —¡Bah!

Los dos jorobados mezclaban su política con la política del postillón y el jorobado por delante decía con gracia: Espartero ha tomado Lafuite y Caillard.

A medida que nos acercábamos a Mont-de-Marsan, los caminos se llenaban de españoles a pie, a caballo, en coche, viajando en grupos o solos. En una carreta cargada de hombres harapientos, he visto a una joven

campesina, vestida graciosamente y que llevaba sobre su bonita cabeza, grave y agradable, el sombrero más exquisito que verse pueda; algo negro bordado con algo rojo; era encantador. ¿Qué es pues una política que tiene ráfagas de viento capaces de echar de su país a una pobre y hermosa muchacha tan bien tocada?

Mientras llegan nuevos refugiados, los antiguos refugiados se van. En dos berlinas de posta, que galopaban en sentido inverso y que habían debido de cruzarse, he encontrado a la duquesa de San Fernando que se iba hacia París. Dos diligencias llenas de españoles se han cruzado a mitad de camino entre Captieux y Traverses y, siguiendo una costumbre de los postillones en tales casos, han cambiado sus tiros. Los mismos caballos que acababan de conducir a su patria a los proscritos de ayer, han conducido al exilio a los proscritos de hoy.

Por lo demás, fuera cual fuere la nueva revolución que tenía lugar tan cerca de nosotros, sólo turbaba aparentemente esta naturaleza severa y tranquila. Este viento, que muda los poderes y que conmueve los tronos, no hacía caer más de prisa del árbol la piña que tiembla al borde de la rama. Los carros con los bueyes uncidos pasaban con su gravedad antigua a través de estas sillas de posta que huían y estas diligencias despavoridas.

Nada más extraño, para decirlo de pasada, que estas yuntas de bueyes. El carro es de madera, con cuatro ruedas iguales, lo que indica que nunca da vueltas sobre sí mismo y que va siempre recto ante sí. Los bueyes están enteramente cubiertos por una tela blanca que arrastran por el suelo; entre los cuernos tienen una especie de peluca hecha con una piel de cordero y sobre el morro una redecilla blanca con flecos que parodia una barba a las mil maravillas. Algunas ramas de roble sobre su cabeza completan el atavío. Los bueyes, arreglados así, tienen un falso aire de grandes sacerdotes de tragedia; se parecen, hasta el punto de confundirse con ellos, a los comparsas del Teatro Francés disfrazados de flámenes y druidas.

Cuando nos apeamos, en Bazas, uno de estos bueyes pasó cerca de mí con un aspecto tan majestuoso y tan pontifical que estuve tentado de decirle:

Los curas no son lo que un pueblo vano piensa.

Incluso creo que se lo dije. Debo añadir, para ser exacto, que no me mugió réplica alguna.

Más allá de Roquefort, las Landas se alegran con tejares que se encuentran de vez en cuando; unos, abandonados y muy antiguos, se remontan a Luis XIII, como atestigua la clave maestra de sus arquivoltas; los otros, en pleno trabajo y en pleno rendimiento, humean por todas partes como un haz de leña verde sobre un gran fuego.

Hace treinta años, siendo muy pequeño, viajé a este país. Recuerdo que los carruajes iban al paso, pues las ruedas tenían arena hasta el cubo. No había camino trazado. De vez en cuando se encontraba un trozo de camino formado por troncos de pino yuxtapuestos y anudados juntos como el piso de los puentes rústicos. Hoy las arenas están atravesadas de Burdeos a Bayona por una amplia calzada, bordeada de álamos, que tiene casi la belleza de un empedrado romano.

En un momento dado, esta calzada, trabajo de industria y de perseverancia, descenderá al nivel de las arenas y luego desaparecerá. El suelo tiende a hundirse bajo ella y a sepultarla, como sepultó la vía militar hecha por Bruto que iba del Cabo Bretón, Caput Bruti, a Boïos, hoy Buch, y la otra vía, obra de César, que atravesaba Gamarde, Saint-Géours y San Miguel de Jouarre.

Advierto de pasada que esos dos nombres, Jovis ara, ara Jovis, dieron lugar a muchos nombres de ciudad que, aunque teniendo el mismo origen, apenas se parecen hoy, desde Jouarre en Champaña y Jouarre en las Landas, hasta Aranjuez en España.

De Roquefort a Tartas, los pinos dan paso a muchos otros árboles. Una vegetación variada y pujante se apodera de las llanuras y de las colinas, y la carretera corre a través de un jardín maravilloso. A cada momento se pasa por viejos puentes con arcos ojivales y por encantadores ríos. Primero el Douze, luego el Midou, luego el Midouze, formado como su nombre indica por el Douze y el Midou, luego el Adour. La sílaba dour o dou, que se encuentra en todos esos nombres, viene evidentemente del nombre celta our que significa curso de agua.

Todos estos ríos están profundamente encajonados, son límpidos, verdes, alegres. Las muchachas golpean la ropa a la orilla del agua; los jilgueros cantan en los matorrales; una vida feliz respira en esta dulce naturaleza.

No obstante, de vez en cuando, entre dos ramas de árbol que el viento separa alegremente, se perciben a lo lejos en el horizonte los brezales y los bosques de pinos marítimos ocultos por los tonos rojizos del ocaso, y uno se acuerda de que está en las Landas. Uno piensa que más allá de este risueño jardín, salpicado de todas estas bellas ciudades, Roquefort, Mont-de-Marsan, Tartas, surcado por todos estos ríos frescos, el Adour, el Douze, el Midou, a algunas leguas de camino está el bosque, más allá del bosque el brezal, la landa, el desierto, oscura soledad en la que canta la cigarra, y calla el pájaro, en la que desaparece toda vivienda humana y que atraviesan silenciosamente, a largos intervalos, caravanas de grandes bueyes, vestidos con mortajas blancas; uno se dice que más allá de estas soledades de arena están los estanques, soledades de agua, Sanguinet, Parentis, Mimizan, Léon, Biscarosse, con su salvaje población de lobos, turones, jabalíes y ardillas, con su

vegetación inextricable, alcornoques, laurel, falsas acacias, jaras de hojas de salvia, enormes acebos, majuelos gigantescos, aulagas de veinte pies de altura, con sus bosques vírgenes en los que uno no puede aventurarse sin un hacha y una brújula; uno se imagina en medio de estos bosques inmensos el gran Cassou, ese roble misterioso cuyo ramaje horrible echaba sobre toda la comarca las supersticiones y los terrores. Uno piensa que más allá de los estanques están las dunas, montañas de arena que caminan, que hacen retroceder a los estanques ante ellas, que sepultan los bosques de pinos marítimos, los pueblos y los campanarios, y cuya forma cambian los huracanes; y uno se dice que más allá de las dunas está el océano. Las dunas devoran los estanques, el océano devora las dunas.

Así las landas, los estanques, las dunas, el mar; he aquí las cuatro zonas que atraviesa el pensamiento. Uno se las imagina una tras otra, cada una más feroz que la anterior. Uno ve volar a los buitres por encima de las landas, a las grullas por encima de las lagunas y a las gaviotas por encima del mar. Uno contempla cómo las tortugas y las serpientes se arrastran por las dunas. El espectro de una naturaleza sombría se os aparece. El ensueño penetra el espíritu. Paisajes desconocidos y fantásticos vacilan y reverberan ante vuestros ojos. Hombres apoyados en un largo bastón y subidos a zancos pasan en las brumas del horizonte sobre la cresta de las colinas como grandes arañas. Uno cree ver las pirámides enigmáticas de Mimizan levantarse en las ondulaciones de las dunas y se está atento como si se oyera el canto arisco y dulce de las campesinas de Parentis y se mira a lo lejos como si se viera andar descalzas en las olas a las bellas muchachas de Biscarosse peinadas como siempre vivas de mar.

Porque el pensamiento tiene sus espejismos. Los viajes que no hace la diligencia Dotézac los hace la imaginación.

No obstante, se llega a Tartas, la antigua cabeza de partido de Tarusates, que es una bonita ciudad a orillas del Midouze. En la Edad Media era una de las cuatro senescalías del ducado de Albret. Las otras tres eran Nérac, Castel-Moron y Castel-Jaloux. Al pasar he saludado, a la izquierda de la ruta, a un lienzo todavía en pie de la venerable muralla que resistió, en 1440, al temible señor de Buch y le dio tiempo de llegar a Carlos VII. La gente de Tartas hace posadas y merenderos con este muro que les hizo una patria.

Cuando salíamos de Tartas, una liebre enorme salió de un bosquecillo vecino y atravesó la calzada, luego se detuvo a un tiro de pistola en una pradera y miró atrevidamente a la diligencia. Esta bravura de las liebres en este país se debe sin duda a que saben que son ellas las que dieron nombre a la casa de Albret. Las ha seducido el orgullo y se comportan, llegado el caso, como liebres hidalgas.

Entretanto caía la noche. La noche, que ofreció a Virgilio tantos versos hermosos, todos semejantes por la idea, todos distintos por la forma, derramaba la oscuridad sobre el paisaje y el sueño sobre los ojos de los viajeros. A medida que las tinieblas iban espesándose y difuminaban las informes siluetas del horizonte, me parecía —¿sería una ilusión de la noche?— que el país se hacía más salvaje y más áspero, que los bosques de pinos marítimos y los claros reaparecían y que hacíamos en realidad, en una oscuridad profunda, ese viaje de las Landas que había hecho con la imaginación unas horas antes. El cielo estaba estrellado, la tierra sólo ofrecía a la vista una especie de llanura tenebrosa en la que vacilaban aquí y allá ciertos resplandores rojizos, como si hubiera fuegos de pastores encendidos en los brezales; se oía, sin ver nada ni distinguir nada, ese estruendo fino y agudo de las esquilas que se asemeja a un hormigueo armonioso; luego todo volvía al silencio y a la noche, el carruaje parecía rodar ciegamente en una soledad oscura en la que solamente, de tiempo en tiempo, grandes charcos de claridad que aparecían en medio de los árboles negros, revelaban la presencia de los estanques.

Yo me sentía feliz, había cruzado varias veces el olor de las enredaderas que me recuerda mi infancia, pensaba en todos cuantos me aman, olvidaba a todos los que me odian, y miraba en esta oscuridad, por decirlo así, con la mirada perdida, dejando que se mezclaran en mi ensueño las figuras vagas de la noche que pasaban confusamente ante mis ojos.

Los dos jorobados me habían dejado en Mont-de-Marsan, estaba solo en mi asiento, llegaba el frío; me envolví en mi abrigo, y poco después me dormí.

El sueño que os permite un coche que os lleva al galope es un sueño claro a través del cual se siente y se oye. En cierto momento el conductor se apeó, la diligencia se detuvo. La voz del conductor decía: Señores pasajeros, estamos en el puente de Dax. Luego las portezuelas se abrieron y se volvieron a cerrar como si los viajeros se apearan, luego el carruaje se puso en movimiento y volvió a partir. Unos momentos después el casco de los caballos resonó como si andara sobre madera; la diligencia inclinada bruscamente hacia adelante, dio una violenta sacudida; abrí un ojo; el postillón, inclinado sobre sus caballos, parecía mirar frente a sí con una precaución inquieta. Abrí los dos ojos.

El pesado carruaje, muy cargado, arrastrado por cinco caballos enganchados con cadenas, marchaba al paso sobre un puente de madera, por una especie de vía estrecha limitada a la izquierda por el parapeto que era muy bajo y a la derecha por un montón de vigas y de maderas; por debajo del puente, un río bastante ancho corría a una profundidad bastante grande que la incertidumbre de la noche aumentaba más todavía. En ciertos momentos, la diligencia se ladeaba; en ciertos lugares, no había parapeto. Me enderecé en mi asiento. Iba en la imperial, el conductor no había vuelto a subir a su asiento: el

carruaje andaba todavía. El postillón, aún inclinado sobre su tiro al que la linterna de la berlina apenas iluminaba, mascullaba no recuerdo qué enérgicas exclamaciones. Al fin los caballos subieron una corta pendiente, una nueva sacudida estremeció el carruaje y después éste se detuvo. Estábamos en la calzada.

Los viajeros que habían cruzado el puente andando delante del carruaje entraron en los tres compartimentos y, mientras abría y cerraba las portezuelas, oía al conductor decir:

—¡Maldito puente! Siempre en obras. —¿Cuándo estará, pues, firme? — La Administración está muy mal en Dax. Los obreros dejan sus herramientas en medio del paso del carruaje para volcarlo. —Por un momento he visto la diligencia en el río. —No se pueden imaginar el peligro que hay. —Verán cómo un día de estos va a ocurrir una desgracia. ¿No he hecho bien, señores pasajeros, en hacerles bajar?

Dicho esto, volvió a subir y, al verme, gritó:

—Anda, señor, le había olvidado.

BAYONA

El osario de Burdeos

26 de julio

No he podido entrar en Bayona sin emocionarme. Bayona es para mí un recuerdo de infancia. Vine a Bayona cuando era muy pequeño, a los siete u ocho años, hacia 1811 o 1812, en la época de las grandes guerras. Mi padre desempeñaba en España su oficio de soldado del Emperador y tenía a raya a dos provincias sublevadas por el Empecinado, Ávila, Guadalajara y todo el curso del Tajo.

Mi madre, que iba a reunirse con él, se había detenido en Bayona para esperar un convoy; porque entonces, para hacer el viaje de Bayona a Madrid, había que ir acompañado de tres mil hombres y precedido de cuatro piezas de cañón. Algún día escribiré este viaje, que tiene su interés, aunque sólo sea para preparar memorias a la historia. Mi madre había llevado consigo a mis dos hermanos Abel y Eugenio y a mí, que era el más joven de los tres.

Recuerdo que al día siguiente de nuestra llegada a Bayona, una especie de señor barrigudo, adornado con colgantes exagerados y chapurreando el italiano, se presentó en casa de mi madre. Este hombre nos dio la sensación, a nosotros, niños que le veíamos entrar a través de una puerta con cristales, de

un charlatán de plaza. Era el director del teatro de Bayona.

Venía a rogar a mi madre que cogiera un palco en su teatro. Mi madre alquiló un palco por un mes. Era más o menos el tiempo que teníamos que quedarnos en Bayona.

Este palco alquilado nos hizo saltar de alegría. ¡A nosotros, niños, ir al espectáculo cada noche durante un mes, nosotros que sólo habíamos entrado en el teatro una vez al año y que no teníamos más recuerdo dramático que La Condesa de Escarbagnas!

Aquella misma noche, atormentamos a mi madre, que nos obedeció, como hacen siempre las madres, y nos llevó al teatro. El acomodador nos instaló en un magnífico palco de frente ornado con tapices de calicó rojo con rosetones azafrán. Interpretaban Las Ruinas de Babilonia, famoso melodrama que tenía en aquel tiempo un inmenso éxito en toda Francia.

Era magnífico, al menos en Bayona. Caballeros adamascados y árabes vestidos de tisú de hierro de la cabeza a los pies surgían a cada momento y luego eran sepultados, en medio de una prosa terrible, en las ruinas de cartón llenas de trampas para alimañas y para lobos. Había el califa Harun y el eunuco Giafar. Estábamos admirados.

Al día siguiente, llegada la noche, atormentamos de nuevo a nuestra madre, que nos obedeció otra vez. Henos aquí también en el espectáculo en nuestro palco de rosetones. —¿Qué van a dar? Estábamos ansiosos. Se levanta el telón. Aparece Giafar. Daban Las Ruinas de Babilonia. Esto no nos contrarió en absoluto. Estábamos satisfechos de volver a ver esa bella obra, que nos divirtió muchísimo todavía esta vez.

A los dos días, mi madre fue excelente, como siempre, y volvimos al teatro. Daban Las Ruinas de Babilonia. Vimos la obra con placer aunque hubiéramos preferido otra ruina. Al cuarto día, sin duda alguna, el espectáculo debía cambiar; fuimos, mi madre nos dejaba hacer y nos acompañaba sonriente. ¡Daban Las Ruinas de Babilonia! Esta vez nos dormimos.

Al quinto día, enviamos por la mañana a Bertrand, el camarero de mi madre, a ver el cartel. Daban Las Ruinas de Babilonia. Eso duró todo el mes. Un buen día, el cartel cambió. Aquel día nos íbamos.

Ese recuerdo es el que me ha hecho hablar en algún lugar de «azar guasón que juega con el niño».

Por lo demás, salvo por Las Ruinas de Babilonia, me acuerdo con dicha de aquel mes pasado en Bayona.

Había a orillas del agua, bajo los árboles, un bello paseo al que íbamos todas las tardes. Al pasar, le hacíamos un mohín al teatro, en el que no

poníamos ya los pies y que nos inspiraba una especie de fastidio mezclado con horror. Nos sentábamos allí, en un banco, mirábamos los barcos y escuchábamos a nuestra madre que nos hablaba: noble y santa mujer que ya no es hoy más que una figura en mi memoria, pero que influirá hasta mi último día en mi alma y en mi vida.

La casa en la que vivíamos era risueña. Me acuerdo de mi ventana de la que pendían bellas ristras de maíz maduro. Durante todo este largo mes, no tuvimos ni un momento de aburrimiento; exceptúo de nuevo Las Ruinas de Babilonia.

Un día fuimos a ver un navío de línea fondeado en la desembocadura del Adour. Una escuadra inglesa lo había perseguido; después de un combate de unas horas se había refugiado allí y los ingleses lo tenían bloqueado. Tengo todavía presente, como si estuviera ante mi vista, este admirable navío que se veía a un cuarto de legua de la costa, iluminado por un bello rayo de sol, con todas las velas cargadas, orgullosamente afirmado sobre el agua y que me parecía tener cierta actitud amenazante pues huía de la metralla e iba, quizás, a volver a entrar en ella.

Nuestra casa estaba adosada a las murallas. Era allí, en los taludes de hierba verde, entre los cañones vueltos, con la luz sobre la hierba y los morteros invertidos con la boca contra el suelo, donde jugábamos desde la mañana.

Por la tarde, Abel, mi pobre Eugenio y yo, agrupados en torno a nuestra madre, pintarrajeando las salserillas de una caja de colores, coloreábamos a cual mejor, de la manera más feroz, los grabados de un viejo ejemplar de las Mil y una noches. Este ejemplar me lo había dado el general Lahorie, mi padrino, que murió, unos meses después de la época de la que hablo, en la llanura de Grenelle.

Eugenio y yo comprábamos a los chiquillos de la ciudad todos los jilgueros y los verderones que nos traían. Poníamos a estos pobres pájaros en jaulas de mimbre. Cuando estaba llena una caja, comprábamos otra. Teníamos así cinco jaulas llenas. Cuando hubo que partir dimos libertad a todos esos bellos pájaros. Fue a la vez para nosotros una alegría y un desconsuelo.

Era una persona de la ciudad, una viuda creo, la que alquilaba esta casa a mi madre. Esta misma viuda vivía en un pabellón vecino a nuestra morada. Tenía una hija de catorce o quince años. Mi memoria, treinta años después, no ha perdido ninguno de los rasgos de este rostro angelical.

Todavía la veo. Era rubia y esbelta y me parecía alta. Era una mirada dulce y velada, de perfil virgiliano, como se sueña a Amarilis o a Galatea que huye bajo los sauces. Tenía un cuello admirable y de una pureza adorable, la mano,

pequeña, el brazo y el codo, un poco rojo, lo que se debía a su edad; detalle que la mía ignoraba entonces. Habitualmente iba tocada con un pañuelo color de té con un ribete verde, muy ceñido desde la coronilla a la nuca, de modo que dejaba la frente descubierta y no escondía más que la mitad de la cabellera. No recuerdo el vestido que llevaba.

Esta hermosa niña venía a jugar con nosotros. Algunas veces Abel y Eugenio, mis hermanos mayores, más altos y más serios que yo y «haciéndose los hombres», como decía mi madre, iban a ver el ejercicio de fuego en la muralla o subían a su habitación para estudiar a Sobrino u hojear a Cormon. Entonces estaba solo y sentía que llegaba el tedio, ¿qué hacer? Ella me llamaba y me decía: Ven, te leeré algo.

Había en el patio una puerta en lo alto de algunos peldaños y cerrada con un gran cerrojo herrumbroso que veo todavía, un cerrojo redondo, con un picaporte en forma de cola de cerdo, como se encuentra a veces en los viejos sótanos. En aquellos peldaños era donde ella iba a sentarse. Yo me ponía de pie detrás, con la espalda apoyada en la puerta.

Me leía ya no recuerdo qué libro abierto sobre sus rodillas. Teníamos sobre nuestras cabezas un cielo resplandeciente y un hermoso sol que penetraba de luz los tilos y transformaba las hojas verdes en hojas de oro. Un viento templado pasaba entre las ranuras de la vieja puerta y nos acariciaba la cara. Ella estaba inclinada sobre el libro y leía en voz alta.

Mientras leía, yo no escuchaba el sentido de las palabras, escuchaba el sonido de su voz. De vez en cuando mis ojos bajaban, mi mirada encontraba su toquilla entreabierta por encima de mí y veía, con una turbación mezclada con una satisfacción extraña, su pecho redondo y blanco que subía y bajaba suavemente a la sombra, dorado vagamente por un cálido reflejo de sol.

Ocurría a veces, en esos momentos, que ella levantaba de pronto sus grandes ojos y me decía: ¡Bueno, Víctor! ¿No estás escuchando?

Me quedaba completamente desconcertado, me sonrojaba y temblaba, y fingía jugar con el gran cerrojo. Nunca la besaba por propia iniciativa; era ella la que me llamaba y me decía: Vamos, dame un beso.

El día en que partimos tuve dos grandes penas: dejarla y soltar a mis pájaros.

¿Qué era aquello, amigo? ¿Qué sentía yo, tan pequeño, cerca de esta alta y hermosa muchacha inocente? Lo ignoraba entonces. Después he pensado a menudo en ello.

Bayona ha quedado en mi memoria como un lugar bermejo y sonriente. Allí está el más antiguo recuerdo de mi corazón. ¡Época ingenua y, sin

embargo, ya suavemente agitada! Allí es donde vi despuntar, en el rincón más oscuro de mi alma, este primer resplandor inexpresable, alba divina del alma.

¿No encontráis, amigo, que semejante recuerdo es un vínculo y un vínculo que nada puede destruir?

¡Cosa extraña el que dos seres puedan estar unidos con esta cadena para toda la vida y que, no obstante, no se echen de menos, ni se busquen y que sean extraños uno para el otro y que ni tan sólo se conozcan! La cadena que me ata a esta dulce niña no se ha roto pero el hilo se ha quebrado.

Recién llegado a Bayona di la vuelta a la villa por las murallas, buscando la casa, buscando la puerta, buscando la cerradura; no encontré nada o al menos no reconocí nada.

¿Dónde está ella? ¿Qué hace? ¿Ha muerto? Si vive, sin duda estará casada, tendrá hijos. Quizás sea viuda y vieja también. ¿Cómo puede ser que la belleza se vaya y que la mujer permanezca? ¿Acaso la mujer de ahora es verdaderamente el mismo ser que la muchacha de antaño?

¿Quizás acabo de encontrarla? ¿Quizás es la mujer corriente a la que he preguntado antes el camino y que me ha visto alejarme como un extraño?

¡Qué amarga tristeza hay en todo esto! No somos, pues, más que sombras. Pasamos unos junto a otros y nos eclipsamos como el humo en el cielo profundo y azul de la eternidad. Los hombres son al espacio lo que las horas son al tiempo. Cuando han tocado, se desvanecen. ¿A dónde va nuestra juventud? ¿A dónde nuestra infancia? ¡Ay!

¿Dónde está la hermosa muchacha de 1812? ¿Dónde está el niño que era yo entonces? Nos tocábamos en aquel tiempo, y ahora quizás nos tocamos todavía, y hay un abismo entre nosotros. La memoria, este puente del pasado, se ha quebrado entre ella y yo. Ella no reconocería mi rostro y yo no reconocería el sonido de su voz. Ella ya no sabe mi nombre y yo ya no sé el suyo.

27 de julio

Tengo poco que decir de Bayona. La ciudad no puede estar más graciosamente situada, en medio de las colinas verdes, sobre la confluencia del Niva y el Adour, que hace allí un pequeño Gironda. Pero de esta bonita ciudad y de este bello lugar ha habido que hacer una ciudadela.

¡Ay de los paisajes que se juzgan oportunos para ser fortificados! Ya lo dije una vez y no puedo evitar volverlo a decir: ¡Qué triste hondonada la de un foso en zigzag! ¡Qué fea colina la de una escarpa con su contraescarpa! Es una obra maestra de Vauban, de acuerdo. Pero es cierto que las obras maestras de Vauban estropean las obras maestras de Dios.

La catedral de Bayona es una iglesia bastante bella del siglo catorce de color yesca y completamente minada por el viento del mar. En ningún lugar he visto los cruceros describir en el interior de las ojivas unos ventanales más ricos y caprichosos. Toda la firmeza del siglo catorce se mezcla aquí sin aplacarla con toda la fantasía del quince. Quedan aquí y allí algunas bellas vidrieras, casi todas del siglo dieciséis. A la derecha de lo que fue el gran pórtico, admiré un pequeño vano cuyo dibujo se compone de flores y hojas maravillosamente enrolladas en rosetones. Las puertas tienen mucho carácter. Son grandes lunas negras salpicadas de clavos gruesos, realizadas por una aldaba de hierro dorado. Sólo queda una de esas aldabas que es de una hermosa labor bizantina.

La iglesia tiene adosado al lado sur un amplio claustro de la misma época, que ahora se restaura con bastante inteligencia y que antaño comunicaba con el coro por un magnífico pórtico, hoy tapiado y blanqueado con cal, y cuya ornamentación y cuyas estatuas recuerdan, por su gran estilo, a Amiens, Reims y Chartres.

Había en la iglesia y en el claustro muchas tumbas que han sido arrancadas. Algunos sarcófagos mutilados están todavía adheridos a la muralla. Están vacíos. No sé qué polvo repugnante a la vista substituye al polvo humano. La araña teje su tela en estas oscuras moradas de la muerte.

Me he detenido en una capilla en la que sólo queda el lugar de una de estas sepulturas, todavía reconocible en los arrancamientos del muro. No obstante, la muerte había tomado sus precauciones para conservar su tumba. Esta sepultura le pertenece, como reza todavía hoy una inscripción en mármol negro empotrado en la piedra. «El 22 de abril de 1664», si hay que creer la misma inscripción, que cito textualmente, «C. Reboul, notario real, y los señores del cabildo» habían dado a «Pierre de Baraduc, burgués y hombre de armas en el castillo viejo de esta villa, título y posesión de esta sepultura, para disfrute de él y los suyos».

A propósito de eso, mi visita a San Miguel de Burdeos, cuyo relato os prometí, me vuelve a la memoria.

Acababa de salir de la iglesia, que es del siglo trece y muy notable, sobre todo por los pórticos, y que contiene una exquisita capilla de la Virgen, esculpida; debería decir labrada por los admirables figureros de tiempos de Luis XII. Miraba el campanil que está al lado de la iglesia y que un telégrafo corona. Antaño era una soberbia aguja de trescientos pies de alto; ahora es una torre con el aspecto más extraño y más original.

Para el que ignora que un rayo cayó sobre esta aguja en 1768 e hizo que se viniera abajo en un incendio que devoró al mismo tiempo el maderaje de la iglesia, hay todo un problema en esta enorme torre, que parece a la vez militar

y eclesiástica, tosca como un torreón y adornada como un campanario. Ya no hay tejadillos en los vanos superiores, ni campanas, ni campanillas, ni martillos de reloj. La torre, aunque coronada todavía por un bloque de ocho faldones y ocho aguilonos, es tosca y está truncada en su cima. Se siente que está decapitada y muerta. El viento y la luz pasan a través de sus largas ojivas sin ventanajes y sin bastidores, como a través de grandes osamentas. Ya no es un campanario, es el esqueleto de un campanario.

Estaba, pues, solo en el patio, en el que había algunos árboles y donde se levanta este campanil aislado. Este patio es el antiguo cementerio.

Contemplaba, aunque algo molesto por el sol, esta lúgubre y magnífica ruina e intentaba leer su historia en su arquitectura y sus desdichas en sus heridas. Vos sabéis que un edificio me interesa casi tanto como un hombre. Es para mí, de algún modo, una persona cuyas aventuras trato de saber.

Estaba allí muy pensativo cuando, de pronto, oigo decir a unos pasos de mí: —¡Señor! ¡Señor! Miro, escucho. Nadie. El patio estaba desierto. Algunos pájaros cotorreaban en los viejos árboles del cementerio. Sin embargo, una voz me había llamado; voz débil, suave y cascada, qué todavía resonaba en mi oído.

Doy unos pasos y oigo de nuevo la voz: —¡Señor! Esta vez me vuelvo rápidamente y veo, en un rincón del patio, cerca de la puerta, una cara de vieja que sale de un tragaluz. Este tragaluz, terriblemente deteriorado, dejaba entrever el interior de una habitación miserable.

Cerca de la vieja, había un viejo.

En mi vida he visto nada más decrepito que este tugurio, a no ser esta pareja. El interior de la choza estaba blanqueado con este blanco de cal que recuerda las mortajas y no veía en ella más muebles que los dos escabeles en los que estaban sentados, mirándome con sus ojitos tristes, esos dos rostros curtidos, arrugados, enrojecidos, que estaban como embadurnados de bistre y de betún y que parecían envueltos, más que vestidos, en viejos sudarios remendados.

Yo no soy como Salvador Rosa que decía:

Me figuro il sepulcro in ogni loco.

No obstante, incluso en pleno día, a las doce, bajo este cálido y vivo sol, la aparición me sorprendió un momento, y me pareció oír que me llamaban desde el fondo de una cripta antediluviana dos espectros de cuatro mil años de edad.

Después de unos segundos de reflexión, les di setenta y cinco céntimos. Eran simplemente el portero y la portera del cementerio: Filemón y Baucis.

Filemón, deslumbrado por la moneda de setenta y cinco céntimos hizo una espantosa mueca de extrañeza y alegría, y puso esta moneda en una especie de vieja cartera de cuero clavada en la pared, otro estrago de los años, como decía La Fontaine; y Baucis me dijo, con una sonrisa amable: —¿Quiere ver el osario?

Esta palabra, el osario, despertó en mi espíritu no sé qué vago recuerdo de una cosa que, en efecto, creía saber y respondí: —Con mucho gusto, señora. —Ya me lo imaginaba, respondió la vieja. Y añadió: —Mirad, aquí está el campanero que os lo enseñará; es muy bello verlo. Diciendo esto, ponía amigablemente sobre mi mano su mano rojiza, diáfana, palpitante, velluda y fría como el ala de un murciélago.

El nuevo personaje que acababa de aparecer y que, sin duda, había oído la moneda de setenta y cinco céntimos, el campanero, estaba de pie a unos pasos, en la escalera exterior de la torre cuya puerta había entreabierto.

Era un buen mozo de unos treinta y seis años, achaparrado, robusto, gordo, rosado y lozano, con todo el aire de un vividor como corresponde a aquél que vive a expensas de los muertos. Mis dos espectros se completaban con un vampiro.

La vieja me presentó al campanero con cierta pompa: —He aquí a un señor inglés que desea ver el osario.

El vampiro, sin decir palabra, volvió a subir los escalones que había bajado, empujó la puerta de la torre y me indicó que le siguiera. Entré. Todavía silencioso, cerró la puerta detrás de mí.

Nos encontramos en una oscuridad profunda. No obstante, había una lamparilla de aceite en el rincón de un peldaño, detrás de un gran adoquín. A la luz de esta lamparilla, vi al campanero inclinarse y coger una lámpara. Encendida la lámpara, comenzó a descender los escalones de una estrecha escalera de caracol de Saint-Gilles; hice lo que él.

Al cabo de una decena de peldaños, creo que me agaché para cruzar una puerta baja y subí, siempre conducido por el campanero, dos o tres escalones; ya no tengo presentes estos detalles en la memoria; estaba sumergido en una especie de ilusión que me hacía andar como en sueños. En cierto momento el campanero me tendió su fuerte mano huesuda, sentí que nuestros pasos resonaban en el piso; estábamos en un lugar muy lóbrego, una especie de panteón oscuro.

Jamás olvidaré lo que vi entonces.

El campanero, mudo, inmóvil, estaba de pie en medio del panteón, apoyado en un poste hundido en el suelo y, con la mano izquierda, levantaba la

lámpara por encima de su cabeza. Miré a nuestro alrededor. Un resplandor brumoso y difuso iluminaba vagamente el panteón y yo distinguí su bóveda ojival.

De pronto, al dirigir la mirada hacia la muralla vi que no estábamos solos.

Unas figuras extrañas, de pie y adosadas al muro, nos rodeaban por todas partes. A la luz de la lámpara, las vislumbraba confusamente a través de esta niebla que llena los lugares bajos y tenebrosos.

Imaginad un círculo de rostros espantosos en medio del cual estaba yo. Los cuerpos negruzcos y desnudos se hundían y se perdían en la noche; pero veía claramente sobresalir de las tinieblas e inclinarse de algún modo hacia mí, apretadas unas contra otras, una multitud de cabezas siniestras o terribles que parecía que me llamaran con unas enormes bocas abiertas, pero sin voz, y que me miraban con unas órbitas sin ojos.

¿Qué eran aquellas figuras? Estatuas, sin duda alguna. Cogí la lámpara de las manos del campanero y me acerqué a ellas. Eran cadáveres.

En 1793, mientras violaban el cementerio de los reyes en San Dionisio, se violó el cementerio del pueblo en Burdeos. La monarquía y el pueblo son dos soberanías; el populacho los insultó al mismo tiempo.

Ello prueba, sea dicho de paso para la gente que no conoce esta gramática, que pueblo y populacho no son en absoluto sinónimos.

El cementerio de San Miguel en Burdeos fue devastado como los demás. Se arrancaron los ataúdes del suelo, se echó al viento todo aquel polvo. Cuando el pico llegó cerca de los cimientos de la torre, se sorprendieron de no encontrar ni ataúdes podridos ni vértebras rotas sino cuerpos enteros secos y conservados por la arcilla que los cubría desde hacía tanto tiempo. Ello inspiró la idea de la creación de un museo-osario. La idea concordaba con la época.

Los chiquillos de la calle Montfaucon y del camino de los Bègles jugaban a la taba con restos dispersos del cementerio. Se los sacaron de las manos; se recogió todo lo que se pudo encontrar y se instalaron estas osamentas en el panteón inferior del campanil de San Miguel. Eso formó un montón de diecisiete pies de profundidad sobre el que se ajustó un piso con balaustrada.

Se coronó el puente con los cadáveres tan extrañamente intactos que acababan de ser desenterrados. Había setenta. Los colocaron de pie contra el muro en el espacio circular reservado entre la balaustrada y la muralla. Aquel piso era el que resonaba bajo mis pies; sobre aquellos huesos era por donde andaba; aquellos cadáveres eran los que me miraban.

Cuando el campanero hubo producido su efecto, pues este artista pone la cosa en escena como un melodrama, se acercó a mí, y se dignó hablarme. Me

explicó sus muertos. El vampiro se hizo cicerone. Creía oír parlotear un catálogo de museo. A ratos era la facundia de un exhibidor de osos.

—Mire éste, señor, es el número uno. Tiene todos los dientes. —Vea qué bien conservado está el número dos; y, no obstante, tiene cerca de cuatrocientos años. —En cuanto al número tres, se diría que respira y que nos oye. No es extraño, sólo hace sesenta años que murió. Es uno de los más jóvenes de aquí. Sé de personas en el pueblo que lo conocieron.

Continuó así su ronda, pasando con gracia de un espectro al otro y recitando la lección con una memoria imperturbable. Cuando le interrumpía con una pregunta en medio de una frase, me respondía con su voz natural y luego cogía de nuevo la frase en el mismo lugar en que le había cortado. De vez en cuando golpeaba a los cadáveres con una varita que llevaba en la mano y sonaba a cuero como una maleta vacía. ¿Qué es, en efecto, el cuerpo del hombre cuando el pensamiento ya no está en él, sino una maleta vacía?

No conozco examen más espantoso. Dante y Orcagna no se imaginaron nada tan lúgubre. Las danzas macabras del puente de Lucerna y del Campo Santo de Pisa no son más que la sombra de esta realidad.

Había una negra colgada de un clavo por una cuerda pasada bajo sus axilas que se reía de mí con una risa horrible. En un rincón se agrupaba toda una familia que murió, dicen, envenenada por unas setas; eran cuatro, la madre, con la cabeza baja, parecía todavía tratar de calmar a su hijo más pequeño que agonizaba entre sus rodillas; el hijo mayor, cuyo perfil había conservado algo de juvenil, apoyaba su frente en el hombro de su padre. Una mujer muerta de un cáncer en el pecho doblaba extrañamente el brazo como para enseñar su herida aumentada por el horrible trabajo de la muerte. A su lado se erguía un mozo de cuerda gigantesco, que un día apostó que llevaría de la puerta de Caillau a Chartrons dos mil libros. Los llevó, ganó la apuesta y murió. El hombre muerto por una apuesta se codeaba con un hombre muerto en un duelo. El agujero de la espada por donde había entrado la muerte era visible todavía a la derecha sobre este pecho descarnado.

A algunos pasos se retorcía un pobre niño de quince años que dicen que fue enterrado vivo. Eso es el colmo del espanto. Este espectro sufre. Lucha todavía después de seiscientos años contra el ataúd desaparecido. Levanta la tapa con el cráneo y la rodilla; aprieta la tabla de roble con el talón y el codo; quiebra en las paredes sus uñas desesperadas; el pecho se dilata; los músculos del cuello se hinchan de un modo terrible; grita. Ya no se oye este grito pero se ve. Es horrible.

El último de los setenta es el más antiguo. Data de hace ochocientos años. El campanero me hizo observar con cierto coqueteo sus dientes y sus cabellos. Al lado hay un niño.

Cuando volvía sobre mis pasos, observé a uno de estos fantasmas sentado en el suelo cerca de la puerta. Tenía el cuello estirado, la cabeza levantada, la boca lamentable, la mano abierta, un taparrabos en medio del cuerpo, una pierna y un pie desnudos, de su otro muslo salía una tibia descarnada colocada sobre una piedra como una pierna de madera. Parecía pedirme limosna. Nada más extraño y más misterioso que semejante mendigo en semejante puerta.

¿Qué darle? ¿Qué limosna hacerle? ¿Qué dinero les es necesario a los muertos? Me quedé largo rato inmóvil delante de esta aparición y mi ensueño se convirtió poco a poco en plegaria.

Cuando se piensa que todas esas larvas, hoy encadenadas en este silencio helado y en estas posturas lastimosas, vivieron, palpitaron, sufrieron, amaron; cuando se piensa que tuvieron el espectáculo de la naturaleza, los árboles, el campo, las flores, el sol, y la bóveda azul del cielo en vez de esta bóveda lívida; cuando se piensa en que tuvieron la juventud, la vida, la belleza, la alegría, el placer y que lanzaron, como nosotros, en las fiestas, largas carcajadas llenas de imprudencia y de olvido; cuando se piensa que fueron lo que nosotros somos y que seremos lo que ellas son; cuando uno se encuentra así, ¡ay!, cara a cara con su porvenir, un lúgubre pensamiento acude al corazón, uno intenta en vano agarrarse a las cosas humanas que posee y todas sucesivamente se derrumban como la arena y uno se siente caer en un abismo.

Para quien mira estos restos humanos con el ojo de la carne, no hay nada más horrible. Mortajas andrajosas les cubren apenas, las costillas aparecen al descubierto a través de los diafragmas destrozados; los dientes son amarillos, las uñas negras, los cabellos escasos y crespos; la piel es una badana leonada que segrega un polvo grisáceo; los músculos, que han perdido su relieve, las vísceras y los intestinos acaban en una especie de hilaza rojiza de la que penden horribles hilos que devana silenciosamente en estas tinieblas la invisible husada de la muerte. En el fondo del vientre abierto se ve la columna vertebral.

—Señor, me decía el hombre, ¡qué bien conservados están! Para quien mira esto con el ojo del espíritu no hay nada más formidable.

El campanero, viendo que mi ensueño se prolongaba, había salido de puntillas y me había dejado solo. La lámpara había quedado en el suelo. Cuando el hombre ya no estuvo allí, me pareció que algo que me molestaba había desaparecido. Me sentí, por decirlo así, en comunicación directa e íntima con los lúgubres habitantes de este panteón.

Miraba con una especie de vértigo este corro que me rodeaba, inmóvil y convulsivo a la vez. Unos dejan caer sus brazos, otros los retuercen; algunos juntan las manos. Es cierto que hay una expresión de terror y de angustia en todas estas caras que han visto el interior del sepulcro. Les trate como les trate

la tumba, el cuerpo de los muertos es terrible.

Para mí, como ya habéis podido entrever, no eran momias; eran fantasmas. Veía todas aquellas cabezas vueltas unas hacia otras, todas aquellas orejas que parecían escuchar inclinadas hacia todas aquellas bocas que parecían cuchichear, y me parecía que estos muertos arrancados a la tierra y condenados a la duración vivían en esta noche una vida espantosa y eterna, que se hablaban en la bruma espesa de su calabozo, que se contaban oscuras aventuras del alma en la tumba y que se decían muy bajito cosas inexpresables.

¡Qué espantosos diálogos! ¿Qué podían decirse? ¡Oh abismo en el que se pierde el pensamiento! Saben lo que hay detrás de la vida. Conocen el secreto del viaje. Han doblado el promontorio. La gran nube se ha rasgado para ellos. Nosotros todavía estamos en el país de las conjeturas, de las esperanzas, de las ambiciones, de las pasiones, de todas las locuras a las que llamamos sensateces, de todas las quimeras a las que designamos como verdades. Ellos han entrado en la región de lo infinito, de lo inmutable, de la realidad. Conocen las cosas que son y sólo las cosas que son. Todas las cuestiones que nos ocupan día y noche, a nosotros, soñadores, filósofos, todos los temas de nuestras meditaciones sin fin, meta de la vida, objeto de la creación, persistencia del yo, estado ulterior del alma, ellos conocen su fondo; de todos nuestros enigmas, ellos conocen la clave. Conocen el fin de todos nuestros comienzos. ¿Por qué tienen este aire terrible? ¿Quién les hace esta cara desesperada y temible?

Si nuestros oídos no fueran demasiado toscos para oír su palabra, si Dios no hubiera puesto entre ellos y nosotros este muro infranqueable de la carne y de la vida, ¿qué nos dirían? ¿Qué revelaciones nos harían? ¿Qué consejos nos darían? ¿Saldríamos de sus manos sabios o locos? ¿Qué traen de la tumba?

Sería espantoso si hubiera que creer en la apariencia de estos espectros. Pero no es más que una apariencia y sería insensato creer en ella. Hagamos lo que hagamos, nosotros, soñadores, no hacemos mella en la superficie de las cosas más que a cierta profundidad. La esfera de lo infinito no se deja atravesar más por el pensamiento que el globo terráqueo por la sonda.

Las distintas filosofías no son más que pozos artesianos; todas ellas hacen brotar del mismo suelo la misma agua, la misma verdad de lodo humano y calentada por el calor de Dios. Pero ningún pozo, ninguna filosofía alcanza el centro de las cosas. El mismo genio, que es la más poderosa de todas las sondas, no podría tocar el núcleo de llama, el ser, el punto geométrico y místico, centro inefable de la verdad. Jamás haremos salir de la roca más que ora una gota de agua, ora una chispa de fuego.

Meditemos, no obstante. Golpeemos la roca, cavemos el suelo. Es cumplir

una ley. Es tan necesario que unos mediten como lo es que otros trabajen.

Y luego, resignémonos. El secreto que quiere arrancar la filosofía es guardado por la naturaleza. Y, ¿quién podrá jamás vencerte, oh naturaleza?

Nosotros no vemos más que un lado de las cosas; Dios ve el otro.

Los restos humanos nos espantan cuando los contemplamos; pero no son más que restos, algo vacío, vano e inhabitado. Nos parece que esta ruina nos revela cosas horribles. No. Nos espanta y nada más. ¿Vemos la inteligencia? ¿Vemos el alma? ¿Vemos el espíritu? ¿Sabemos lo que nos diría el espíritu de los muertos si nos fuera dado el vislumbrarlo en su gloriosa irradiación? No creamos al cuerpo que se desorganiza con horror y cuya destrucción repele; no creamos al cadáver, ni al esqueleto, ni a la momia y, pensemos que, si hay una noche en el sepulcro, hay también una luz. A esta luz, el alma ha ido mientras el cuerpo se quedaba en la noche; esta luz, el alma la contempla. ¿Qué importa que el cuerpo haga muecas, si el alma sonrío?

Estaba sumergido en el caos de estos pensamientos. Esos muertos que conversaban entre sí no me inspiraban ya espanto; casi me sentía a gusto entre ellos. De pronto, no sé cómo, me vino a la mente que en aquel mismo momento, en lo alto de aquella torre de San Miguel, a doscientos pies, sobre mi cabeza, encima de aquellos espectros que cambiaban en la noche ignoro qué comunicaciones misteriosas, un telégrafo, pobre máquina de madera llevada por un cable, se agitaba en las nubes y lanzaba una tras otra a través del espacio, en la lengua misteriosa que él también tiene, todas esas cosas imperceptibles que mañana serán el periódico.

Jamás he sentido mejor que en este momento la vanidad de todo cuanto nos apasiona. ¡Qué poema esta torre de San Miguel! ¡Qué contraste y qué enseñanza! En su pináculo, a la luz y al sol, en medio del azul del cielo, a la vista de la multitud atareada que hormiguea en las calles, un telégrafo que gesticula y se agita como Pasquin en su caballete, da y detalla minuciosamente todas las pobrezas de la historia del día y de la política del cuarto de hora, Espartero que cae, Narváez que sube, López que echa a Mendizábal, los grandes acontecimientos microscópicos, los infusorios que se hacen dictadores, las volvoceas que se hacen tribunos, los vibriones que se hacen tiranos, todas las pequeñeces de las que se compone el hombre que pasa y el instante que huye, y, durante este tiempo, a sus pies, en medio del macizo sobre el que se apoya la torre, en una cripta a la que no llega ni un rayo, ni un ruido, un consejo de espectros, sentados en círculo en las tinieblas habla bajito de la tumba y de la eternidad.

25 de julio

Vos conocéis, amigo mío, los tres puntos de la costa normanda que más me placen, el Bourgd'eau, el Tréport y Etretat; Etretat con sus arcos inmensos tallados por la mar en el acantilado, el Tréport con su vieja iglesia, su vieja cruz de piedra y su viejo puerto en el que hormigean las barcas pescadoras, el Bourgd'eau con su gran calle gótica que desemboca bruscamente en alta mar. Pues bien, desde ahora incluid Biarritz con el Tréport, Etretat y el Bourgd'eau entre los lugares que elegiría para el placer de mis ojos, del que habla Fénelon.

No conozco lugar más encantador y más magnífico que Biarritz. No hay árboles, dice la gente que todo lo critica, incluso a Dios en lo más bello que hace. Pero hay que saber elegir: o el océano o el bosque. El viento de mar arrasa los árboles.

Biarritz es un pueblo blanco de tejados rojizos y postigos verdes, colocado sobre cimas de hierba y brezo cuyas ondulaciones sigue. Se sale del pueblo, se baja la duna, la arena se hunde bajo vuestros talones y, de repente, uno se encuentra sobre una playa suave y llana en medio de un laberinto inextricable de rocas, cámaras, arcadas, grutas y cavernas, extraña arquitectura echada en desorden en medio de las olas que el cielo llena de azul, de sol, de luz y de sombra, el mar de espuma, de rumor el viento.

En ningún lugar he visto al viejo Neptuno arrasar a la vieja Cibele con más fuerza, alegría y grandeza. Toda esta costa está llena de rumores. El mar de Gascuña la socava y la desgarrá, y prolonga en los arrecifes sus inmensos murmullos. No obstante, jamás he errado en esa playa desierta, a la hora que fuese, sin que una gran paz me subiera al corazón. Los tumultos de la naturaleza no turban la soledad.

No podríais imaginaros todo lo que vive, palpita y vegeta en el desorden aparente de una ribera desplomada. Una costra de conchas vivas recubre las rocas. Los zoófitos y los moluscos nadan y flotan, transparentes ellos en la transparencia de la ola. El agua se filtra gota a gota y llora en largas perlas desde la bóveda de las grutas. Los cangrejos y las limazas se arrastran entre los varecs y los fucos, que dibujan sobre la arena mojada la forma de las ondas que los han traído. Encima de las cuevas crece toda una botánica curiosa y casi inédita, el astrágalo de Bayona, el clavel galo, el lino de mar, el rosal de hojas de pimpinela, el dragón de hojas de tomillo.

Hay ensenadas estrechas donde pobres pescadores, agachados alrededor de una vieja chalupa, despedazan y vacían, con el ruido ensordecedor del oleaje que sube o baja en los escollos, lo que han pescado por la noche. Las jóvenes, descalzas, van a lavar en las olas las pieles de los cazones y, cada vez que el mar, blanco de espuma, sube bruscamente hasta ellas, como un león se irrita y

se revuelve, se levantan la falda y retroceden con grandes carcajadas.

Uno se baña en Biarritz como en Dieppe, como en el Havre, como en el Tréport, pero con una libertad que este bello cielo inspira y que este suave clima tolera. Mujeres, tocadas con el último sombrero de París, envueltas con un gran chal de la cabeza a los pies, con un velo de puntillas sobre la cara entran bajando los ojos en una de esas barracas de tela de las que la playa está llena; un momento después, salen, con las piernas desnudas, vestidas con una simple camisa de lana marrón que a menudo no va más abajo de las rodillas, y corren, riéndose, a echarse en el mar. Esta libertad, mezclada con el gozo del hombre y la grandeza del cielo, tiene su gracia.

Las muchachas del pueblo y las bellas modistillas de Bayona se bañan con camisas de sarga, a menudo muy agujereadas, sin preocuparse mucho de que los agujeros muestren lo que las camisas esconden.

El segundo día que iba a Biarritz, cuando me paseaba con marea baja entre las grutas, buscando mariscos y asustando a los cangrejos, que huían oblicuamente y se hundían en la arena, oí una voz que cantaba la estrofa que sigue con cierto deje regional pero no el suficiente para que me impidiera distinguir las palabras:

Gastibelza, el hombre de la carabina,

cantaba así:

¿Conoció alguien a doña Sabina?

¿Alguien de aquí?

Danzad, cantad, aldeanos, la noche alcanza

El monte Falou.

El viento que viene a través de la montaña

Me volverá loco.

Era una voz de mujer. Di la vuelta al peñasco. La cantora era una bañista. Una bella muchacha que nadaba vestida con una camisa blanca y un refajo corto en una caleta cerrada por dos escollos a la entrada de una gruta. Su ropa de campesina yacía sobre la arena en el fondo de la gruta. Al verme, salió a medias del agua y se puso a cantar su segunda estrofa y, viendo que yo la escuchaba inmóvil y de pie sobre el peñasco, me dijo sonriendo en una jerga mezcla de francés y español:

—Señor extranjero, ¿conoce usted cette chanson?

—Creo que sí, le dije. Algo.

Luego me alejé pero ella no me despidió.

¿Acaso no encontráis en eso cierto parecido con Ulises escuchando a la sirena? La naturaleza nos vuelve a echar y nos da de nuevo sin cesar, rejuveneciéndolos, los temas y los motivos innumerables sobre los cuales la imaginación de los hombres ha construido todas las viejas poesías y todas las viejas mitologías.

En resumen, con su población cordial, sus bonitas casas blancas, sus anchas dunas, su arena fina, sus grutas enormes y su mar soberbio, Biarritz es un lugar admirable.

Sólo temo una cosa: que se ponga de moda. Ya vienen de Madrid, pronto vendrán de París.

Entonces Biarritz, este pueblo tan agreste, tan rústico y tan honesto todavía, será atacado por la mala ambición del dinero, sacra fames. Biarritz pondrá álamos en sus cerros, rampas en sus dunas, escaleras en sus precipicios, kioscos en sus rocas, bancos en sus grutas, pantalones a sus bañistas. Biarritz se volverá púdico y rapaz. La mojigatería, que en todo el cuerpo de casto sólo tiene Las orejas, como dice Molière, reemplazará la libre e inocente familiaridad de esas jóvenes que juegan con el mar. Se leerá la gaceta en Biarritz; se darán melodramas y tragedias en Biarritz. Oh Zaire, ¿qué quieres de mí? Por la noche se irá al concierto, pues habrá concierto todas las noches, y un cantante, un rruiseñor panzudo de una cincuentena de años, cantará cavatinas de soprano a unos pasos de ese viejo océano que canta la música eterna de las mareas, de los huracanes y las tempestades.

Entonces Biarritz ya no será Biarritz. Será algo descolorido y espúreo como Dieppe y Ostende.

Nada es más grande que una aldehuela de pescadores, llena de costumbres antiguas e inocentes, situada a orillas del océano; nada es más grande que una ciudad que parece tener la augusta función de pensar por todo el género humano y ofrecer al mundo las novedades, a menudo difíciles y temibles, que la civilización exige. Nada es más pequeño, más mezquino y más ridículo que un falso París.

Las ciudades que el mar baña deberían conservar preciosamente la fisonomía que su situación les da. El océano tiene todas las gracias, todas las bellezas, todas las grandezas. Cuando se tiene el océano, ¿para qué copiar París?

Ya algunos síntomas parecen anunciar esa próxima transformación de Biarritz. Hace diez años, se venía de Bayona en artolas; hace dos años se venía en coche de punto; ahora, se llega en ómnibus. Hace cien años, hace veinte, se bañaban en el puerto viejo, pequeña bahía que dominan dos antiguas torres desmanteladas. Hoy, se bañan en el puerto nuevo. Hace diez años apenas había

una posada en Biarritz; hoy, hay tres o cuatro «hoteles».

No es que censure los ómnibuses, ni el puerto nuevo en el que la ola rompe con más amplitud que en el puerto viejo y donde el baño es por consiguiente más eficaz, ni los «hoteles», que no tienen otro inconveniente que el de no tener ventanas que den al mar; pero temo todos los demás perfeccionamientos posibles y quisiera que Biarritz siguiera siendo Biarritz. Hasta aquí, está todo bien, pero quedémonos aquí.

Por lo demás, el ómnibus de Bayona a Biarritz no se está instituyendo sin resistencia. El coche de punto forcejea con el ómnibus, como sin duda, hace diez años, las artolas lucharon contra dos guarnicioneros, Castex y Anatole, que idearon los ómnibuses. Hay liga, competencia, coalición. Es una ilíada de cocheros de punto que expone la bolsa del viajero a raros sobresaltos.

Al día siguiente de mi llegada a Bayona, quise ir a Biarritz. Al no saber el camino, me dirigí a un transeúnte, campesino navarro que llevaba un bonito traje, un ancho pantalón de terciopelo aceituna, un cinturón rojo, una camisa con un gran cuello vuelto, un chaleco de grueso paño de color chocolate todo bordado de seda marrón y un sombrero a lo Enrique II ribeteado de terciopelo y realzado por una pluma de avestruz negra y rizada. Pregunté a este magnífico transeúnte el camino a Biarritz.

—Coja la calle del Pont Magour, me dijo, y sígala hasta la puerta de España.

—¿Es fácil, añadí, encontrar coches para ir a Biarritz?

El navarro me miró, sonriendo con una sonrisa grave, y me dijo, con el acento de su país, esta frase memorable cuya profundidad sólo comprendí más tarde: —Señor, es fácil ir, pero difícil volver.

Cogí la calle del Pont Magour.

Al subirla, encontré diversos carteles de colores variados en los 65 cuales los cocheros ofrecían coches hacia Biarritz a diversos precios decentes; observé, pero muy descuidadamente, que todos esos carteles se acababan con esta invariable fórmula: Los precios quedarán establecidos así hasta las ocho de la tarde.

Llegué a la puerta de España. Allí se agrupaban y se amontonaban en desorden una infinidad de coches de todas clases, charabanes, cabriolés, coches de punto, góndolas, calesas, cupés, ómnibuses. Apenas había echado un vistazo a este tropel de tiros cuando otro tropel me rodeaba ya. Eran los cocheros. En un momento quedé ensordecido. Todas las voces, todos los acentos, todos los dialectos, todos los juramentos y todas las ofertas a la vez.

Uno me cogió del brazo derecho:

—Señor, soy el cochero del Sr. Castex; suba al cupé; un asiento por setenta y cinco céntimos. El otro me cogió por el brazo izquierdo: —Señor, soy Ruspit; también tengo un cupé, un asiento por sesenta céntimos. Un tercero me cortó el paso: —Señor, yo soy Anatole. Aquí está mi calesa; le llevo por cincuenta céntimos.

Un cuarto me decía al oído:

—Señor, venga con Momus: soy Momus; ¡a galope tendido a Biarritz por treinta céntimos!

—¡Veinticinco céntimos!, gritaron otros a mi alrededor.

—Vea, señor, el bonito coche: ¡el Sultán de Biarritz! ¡Un asiento por veinticinco céntimos!

El primero que me había hablado y que me cogía del brazo derecho dominó al fin todo este estrépito.

—Señor, yo fui quien le hablé primero. Os pido la preferencia.

—¡Le pide setenta y cinco céntimos!, gritaron los demás cocheros.

—Señor, prosiguió el hombre fríamente, le pido quince céntimos.

Se hizo un gran silencio.

—Fui el primero en hablar con el señor, dijo el hombre.

Luego, aprovechando el estupor de los otros contrincantes, abrió rápidamente la portezuela de su cupé, me empujó en él antes de que tuviera tiempo de entender algo, cerró el cupé, montó en su asiento y partió al galope. Su ómnibus estaba lleno. Parecía que sólo me esperara a mí.

El coche era muy nuevo y muy bueno: los caballos, excelentes. En menos de media hora estábamos en Biarritz.

Llegado allí, no queriendo abusar de mi situación, saqué setenta y cinco céntimos de mi bolsa y se los di al cochero. Iba a alejarme cuando me detuvo por el brazo:

—Señor, me dijo, sólo son quince céntimos.

—¡Bah!, continué, me dijo setenta y cinco céntimos primero. Son setenta y cinco céntimos.

—No, señor, le dije que le llevaría por quince céntimos. Son quince céntimos.

Me devolvió el cambio y casi me forzó a cogerlo.

—¡Ya lo creo!, decía yo alejándome, esto es un hombre honesto.

Los demás viajeros no habían dado más que quince céntimos, como yo.

Después de haberme paseado todo el día por la playa, llegada la noche, pensé en regresar a Bayona. Estaba cansado y no pensaba sin cierto placer en el excelente coche y en el virtuoso cochero que me habían traído. Daban las ocho en los lejanos relojes del llano cuando subía la escarpa del puerto antiguo. No presté atención a una muchedumbre de paseantes que llegaban de todas partes y parecían apresurarse hacia la entrada del pueblo donde se detenían los cocheros.

La noche era magnífica; algunas estrellas comenzaban a puntear el cielo claro del crepúsculo; el mar, agitado apenas, tenía el brillo opaco y pesado de una inmensa capa de aceite.

Un faro giratorio acababa de encenderse a mi derecha; brillaba, luego se apagaba, luego se reavivaba de repente y echaba bruscamente una luz brillante, como si tratara de luchar contra el eterno Sirio que resplandecía en la bruma en el otro extremo del horizonte. Me detuve y contemplé algún tiempo este melancólico espectáculo, que era para mí como el símbolo del esfuerzo humano en presencia del poder divino.

Sin embargo, la noche se ennegrecía y, en un determinado momento, la idea de Bayona y de mi hostel atravesó súbitamente mi contemplación. Me puse en marcha de nuevo y llegué a la plaza de los coches. Sólo quedaba uno; un farol de mano colocado en el suelo me lo indicaba. Era una calesa de cuatro plazas; tres plazas estaban ya ocupadas. Cuando me acercaba:

—¡Eh! Señor, venga, me gritó una voz, es el último asiento, y somos el último coche.

Reconocí la voz de mi cochero de la mañana, volvía a encontrar a este buen hombre. El azar me pareció providencial. Alabé a Dios. Un momento después, me habría visto obligado a hacer el camino a pie, un buen trecho.

—¡Sí señor!, le dije, usted es un buen cochero y estoy contento de volverle a ver.

—Suba de prisa, señor, prosiguió el hombre.

Me instalé de prisa en la calesa.

Cuando estuve sentado, el cochero, con la mano sobre la llave de la portezuela, me dijo:

—¿El señor sabe que ha pasado la hora?

—¿Qué hora?, le dije.

—Las ocho.

—Es verdad, he oído que daban algo así.

—El señor sabe, replicó el hombre, que pasadas las ocho de la noche el precio cambia. Venimos a buscar aquí a los pasajeros para complacerles. La costumbre es pagar antes de partir.

—Divinamente, respondí, sacando mi bolsa. ¿Cuánto es?

El hombre contestó suavemente:

—Señor, son doce francos.

Comprendí en el acto la operación. Por la mañana, anuncian que llevarán a los curiosos a Biarritz por quince céntimos por persona; hay un gentío. Por la noche vuelven a llevar a esta multitud a Bayona por doce francos por cabeza.

Había comprobado la misma mañana la rigidez estoica de mi cochero; no repliqué ni una palabra y pagué.

Volviendo a Bayona al galope, la hermosa máxima del campesino navarro me volvió a la cabeza e hice de ella, para lección de los viajeros, esta traducción en lengua vulgar: Coches a Biarritz. Precio de ida por persona: quince céntimos: de vuelta: doce francos. —¿No creéis que es una buena oscilación?

A cierta distancia de Bayona, uno de mis compañeros de ruta me mostró en la oscuridad sobre una colina el castillo de Marrac, o al menos lo que hoy queda de él.

El castillo de Marrac es célebre por haber sido, en 1808, residencia del Emperador, en la época de la entrevista de Bayona. Napoleón tenía en esa ocasión una gran idea, pero la providencia no la aceptó; y, aunque José I hubiera gobernado las Castillas como un príncipe sabio y bueno, la idea, a pesar de ello tan útil a Europa, a Francia y a la civilización, de dar una dinastía nueva a España fue funesta para Napoleón como lo había sido para Luis XIV.

Josefina, que era criolla y supersticiosa, acompañaba al Emperador a Bayona. Parecía tener no sé qué presentimientos, y, como Núñez Saledo en el romance español, repetía a menudo: Esto traerá desdicha.

Hoy que se ve el reverso de esos acontecimientos ya sumidos en la historia a una distancia de treinta años, se distingue, con los mínimos detalles, todo lo que tuvieron de siniestro, y parece que la fatalidad haya sostenido todos sus hilos.

He aquí una particularidad totalmente desconocida y que merece recogerse:

Durante su estancia en Bayona, el Emperador quiso visitar los trabajos que él mandaba ejecutar en el Boucaut. Los bayoneses que eran entonces adultos

se acuerdan de que el Emperador, una mañana, atravesó a pie las alamedas marítimas para llegar al bergantín anclado en el puerto que debía transportarle a la desembocadura del Adour.

Daba el brazo a Josefina. Como por todas partes, tenía allí su séquito de reyes y, en esta ocasión, eran los príncipes del Midi y los Borbones de España los que componían la comitiva; el viejo rey Carlos IV y su mujer; el príncipe de Asturias, que después ha sido rey y se ha llamado Fernando VII; don Carlos, hoy pretendiente con el nombre de Carlos VI.

Toda la población de Bayona estaba en las alamedas marítimas y rodeaba al Emperador, que caminaba sin guardas. Pronto la multitud se hizo tan numerosa y tan inoportuna con su curiosidad meridional que Napoleón redobló el paso. Los pobres Borbones, jadeantes, a duras penas le seguían.

El Emperador llegó al bote del bergantín con un paso tan precipitado que, al entrar Josefina, queriendo coger de prisa la mano que le tendía el capitán del navío, cayó en el agua hasta la rodilla. En cualquier otra circunstancia sólo se habría reído. —Habría sido para ella, me decía contándome la anécdota, la duquesa de C..., una ocasión para enseñar la pierna, que la tenía preciosa. Esta vez, se observó que movió la cabeza tristemente. El presagio era malo.

Todos los que presenciaron esta aventura han tenido un triste final. Napoleón murió proscrito; Josefina murió repudiada; Carlos IV y su mujer murieron destronados. En cuanto a aquéllos que entonces eran jóvenes príncipes, uno ha muerto, Fernando VII; el otro, don Carlos, está preso. El bergantín al que había subido el Emperador se perdió dos años después, con bienes y personas, en el cabo Ferret, en la bahía de Arcachon; el capitán que había dado la mano a la emperatriz, y que se llamaba Lafon, fue condenado a muerte por tal hecho y fusilado. Por último, el castillo de Marrac, donde se había alojado Napoleón, transformado sucesivamente en cuartel y en seminario, desapareció en un incendio. En 1820, una noche de tormenta, una mano que sigue siendo desconocida le prendió fuego por las cuatro esquinas.

LA CARRETA DE BUEYES

San Sebastián, 28 de julio

El 27 de julio de 1843, a las diez y media de la mañana, es cuando, en el momento de entrar en España, entre Bidart y San Juan de Luz, en la puerta de una pobre posada, he vuelto a ver una vieja carreta de bueyes española. Quiero decir la pequeña carreta de Vizcaya, de dos bueyes y dos ruedas macizas que giran con el eje y que hacen un ruido espantoso que se oye a una legua en la

montaña.

No sonriáis, amigo mío, por el tierno cuidado con el que tomo nota tan minuciosamente de este recuerdo. ¡Si supierais cuán cautivador es para mí ese ruido, horrible para todo el mundo! Me recuerda unos años benditos.

Era muy pequeño cuando crucé estas montañas y lo oí por primera vez. El otro día, tan pronto como llegó a mi oído, sólo de oírlo, me sentí súbitamente rejuvenecido, me pareció que toda mi infancia revivía en mí.

No podría deciros por qué extraño y sobrenatural efecto mi memoria estaba fresca como un alba de abril, me acordaba de todo a la vez; los menores detalles de esta época feliz se me aparecían nítidos, luminosos, como alumbrados por el sol naciente. A medida que la carreta de bueyes se aproximaba con su música salvaje, volvía a ver con claridad ese arrebatador pasado y me parecía que entre ese pasado y hoy no había nada. Era ayer.

¡Oh! ¡Aquel hermoso tiempo! ¡Dulces y radiantes años! Era niño, era pequeño, era amado. No tenía experiencia, y tenía a mi madre.

A mi alrededor los viajeros se tapaban los oídos; yo tenía el corazón embelesado. Jamás un coro de Weber, jamás una sinfonía de Beethoven, jamás una melodía de Mozart ha hecho nacer en un alma todo lo que despertaba en mí de angélico y de inefable el chirrido furioso de esas dos ruedas mal engrasadas en un camino mal empedrado.

La carreta se había alejado, el ruido se había debilitado poco a poco, y a medida que se apagaba en la montaña, la resplandeciente aparición de mi infancia se apagaba en mi mente; después, todo se ha descolorido y, cuando la última nota de ese canto armonioso sólo para mí se ha desvanecido en la distancia, he sentido que caía bruscamente en la realidad, en el presente, en la vida, en la noche.

¡Bendito sea el pobre boyero desconocido que ha tenido el poder misterioso de hacer resplandecer mi pensamiento y que, sin saberlo, ha producido esta mágica evocación en mi alma! ¡Que el cielo esté con el caminante que regocija con una claridad inesperada el oscuro espíritu del soñador!

Amigo mío, eso ha llenado mi corazón. Hoy ya no os escribiré nada más.

DE BAYONA A SAN SEBASTIÁN

29 de julio

Salí de Bayona al amanecer. El camino es maravilloso; corre por una altiplanicie que tiene Biarritz a la derecha y el mar en el horizonte. Más cerca, una montaña; más cerca todavía, una gran charca verde en la que un niño desnudo da de beber a una vaca. El paisaje es magnífico; cielo azul, mar azul, sol resplandeciente. Desde lo alto de una colina un asno contempla todo esto.

En el muelle abandono

De un mandarín letrado que come algunos cardos.

Aquí tenemos un bonito castillo Luis XIII, el último que tiene Francia en esta parte del sur.

En Bidart, cambiamos de caballos. Observo, en la puerta de la iglesia, una especie de ídolo extraño, venerado actualmente como antaño; dios para los paganos, santo para los cristianos. A quien no piensa, le son necesarios los fetiches.

San Juan de Luz es un pueblo hundido en las anfractuosidades de la montaña. Un palacete con torrecillas, del estilo de las del palacete de Angulema en el Marais, sin duda construido para Mazzarino en la época de Luis XIV.

El Bidasoa, bonito río de nombre vasco, parece establecer la frontera entre las dos lenguas como entre los dos países y mantener la neutralidad entre el francés y el español.

Cruzamos el puente. En el extremo sur el carruaje se detiene. Piden los pasaportes. Un soldado con pantalones de tela rotos y con una chaqueta de paño verde apedazada de azul en el codo y en la pantorrilla aparece en la portezuela. Es el centinela; estoy en España.

Heme aquí en el país donde se pronuncia b en vez de v; de eso se extasiaba ese beodo de Scaliger; *Felices populi, exclamaba, quibus vivere est bibere.*

Ni siquiera he mirado la Isla de los Faisanes, donde la casa de Francia se desposó con la casa de Austria, donde Mazzarino, el atleta de la astucia, luchó cuerpo a cuerpo con Luis de Haro, el atleta del orgullo. Sin embargo, una vaca pastaba la hierba; ¿es menos grande el espectáculo? ¿Ha venido la pradera a menos? Maquiavelo diría que sí; Hesíodo diría que no.

¡No hay faisanes en la isla! Esa vaca y tres patos representan a los faisanes: comparsas alquilados, sin duda, para desempeñar este papel, para satisfacción de los transeúntes.

Es la regla general. En París, en el Marais, no hay marismas: en la calle de los Tres Pabellones, no hay pabellones; calle de la Perla, hay zorras; en la isla de los Cisnes, no hay más que chanclas náufragas y perros reventados. Cuando un lugar se llama la isla de los Faisanes, hay patos. ¡Oh viajeros, curiosos

impertinentes, no olvidéis eso!

Estamos en Irún.

Mis ojos buscaban ávidamente Irán. Allí fue donde España me apareció por primera vez y me asombró tantísimo, con sus casas negras, sus calles estrechas, sus balcones de madera y sus puertas de fortaleza, a mí, el niño francés, educado en la caoba del imperio. Mis ojos, acostumbrados a las camas estrelladas, a los sillones de cuello de cisne, a los morillos en forma de esfinge, a las estatuas doradas y a los mármoles azul turquí, miraban con una especie de terror los grandes arcones tallados, las mesas de patas retorcidas, las camas con baldaquines, la vajilla deformada y achaparrada, los cristales emplomados, todo ese mundo viejo y nuevo que se me revelaba.

¡Ay! Irún ya no es Irún. Irún es ahora más estilo imperio y más caoba que París. No son más que casas blancas y postigos verdes. Se siente que España, siempre atrasada, lee a Jean-Jacques Rousseau en este momento. Irún ha perdido toda su fisonomía. ¡Oh pueblos a los que se embellece, qué feos os volvéis! ¿Dónde está la historia? ¿Dónde el pasado? ¿Dónde la poesía? ¿Dónde los recuerdos? Irún se parece a Batignolles.

Apenas hay todavía dos o tres casas negras con balcones suspendidos. He creído reconocer, no obstante, y he saludado desde el fondo de mi alma la casa que estaba en frente de la que ocupaba mi madre, esa vieja casa que yo contemplaba durante largas horas con tanto asombro y ya, aunque niño, francés y criado en la caoba, con una especie de simpatía. La casa donde se alojó mi madre ha desaparecido en una reforma.

Hay todavía en la plaza una vieja columna con las armas de España de tiempos de Felipe II. El emperador Napoleón, pasando por Irún, se apoyó en esta columna.

Al salir de Irún, he reconocido la forma del camino, uno de cuyos lados sube mientras el otro baja. Me acuerdo de él como si lo viera. Era por la mañana. Los soldados de nuestra escolta, alegres como están siempre los soldados en tiempos de guerra cuando parten con víveres para tres días, subían por el camino que sube, y nosotros seguíamos el camino que baja.

Fuenterrabía me había dejado una impresión luminosa. Había quedado en mi mente como la silueta de un pueblo de oro, con campanario agudo, al fondo de un golfo azul, en una extensión inmensa. No lo he vuelto a ver como lo vi. Fuenterrabía es un pueblo bastante bonito situado en una planicie con un paseo de árboles abajo y, al lado, el mar y bastante cerca de Irún. Una media legua.

El camino se adentra en montañas soberbias por la forma, encantadoras por el verdor. Las colinas tienen casacas de terciopelo verde, desgastado aquí y allá. Una casa se presenta, gran casa de piedra con un balcón, con un enorme

blasón que uno toma primero por el escudo de España, de tan pomposo e imperialmente abigarrado que es. Una inscripción advierte: Estas armas de la casa Solar. Año 1759.

Un torrente bordea el gran camino. A cada momento, puentes de un arco cubiertos de hiedra, bamboleándose bajo algún carro de bueyes que lo cruza. Grito horrible de las ruedas en los barrancos.

Desde hace unos momentos un hombre armado con una escopeta corre al lado de la diligencia, vestido como un arrabalero de París; chaqueta grande y pantalón ancho de terciopelo de algodón de color cuero; cartuchera en la barriga; sombrero redondo embetunado como nuestros conductores de coches de punto, con esta inscripción: Cazadores de Guipúzcoa. Es decir, un guardia civil.

Escolta la diligencia. ¿Acaso hay ladrones? No es posible. ¡Salimos de Francia! Nos encogemos de hombros. Entretanto entramos en un pueblo. ¿Cómo se llama este lugar? Astigarraga. ¿Qué es este largo carruaje pintado de verde en la puerta de esta posada? Es el coche correo. ¿Por qué está parado, desenganchado y descargado? Está descargado porque ya no tiene carga; desenganchado porque ya no tiene caballos; parado porque ha sido parado. ¡Parado! ¿Por quién? Por unos ladrones que han matado al postillón, se han llevado los caballos, han desvalijado el carruaje y atracado a los viajeros. ¿Y los pobres diablos que están en la puerta de la posada con este aire lastimoso? Son los viajeros. ¡Ah! ¿De veras? Nos despertamos. Eso es, pues, posible. Desde luego, se ve que hemos salido de Francia.

El «cazador» os deja. Otro se presenta. El que os deja se acerca a la portezuela y os pide limosna. Es su paga.

Uno piensa en las monedas de oro que tiene en el bolsillo y da una moneda de plata. Los pobres dan cinco céntimos, los avaros un ochavo. El «cazador» lo coge todo, cobra la peseta, coge los cinco céntimos y acepta el ochavo. El cazador sólo sabe correr en la carretera, llevar un fusil y pedir limosna, ahí está todo su arte.

Me he planteado este problema: ¿qué sería del «cazador» si no hubiera ladrones? ¡Menuda pregunta! Se haría ladrón.

Me lo temo al menos. Es necesario que el «cazador» viva.

Dos terceras partes de los pueblos han sido arrasadas por los carlistas, a no ser que lo hayan sido por los cristinos. La guerra civil se levantaba en Guipúzcoa y Navarra hace apenas seis años. En España, el camino grande pertenece a la guerra civil de vez en cuando, a los ladrones siempre. Los ladrones son lo corriente.

En el momento de entrar en Hernani, el camino tuerce a la derecha bruscamente. Hay una acera para el caminante, que va por el borde del camino. Muchos campesinos con boina que van al mercado a vender su ganado. Cuando la diligencia bajaba una cuesta al galope, un pobre buey asustado se ha metido en un zarzal. Un niño de cuatro o cinco años que le llevaba le ha cogido la cabeza y se la ha escondido en su pecho, acariciándolo suavemente con la mano. Le hacía a ese buey lo que sin duda le hace su madre a él, niño. El buey, con todos los miembros temblándole, hundía con confianza su gran cabeza ornada de cuernos enormes entre los bracitos del niño, echando de refilón una mirada despavorida a la diligencia llevada por seis mulas con un horrible ruido de cascabeles y cadenas.

El niño sonreía y le hablaba bajito. Nada tan conmovedor y admirable como ver esta fuerza brutal y ciega graciosamente tranquilizada por la debilidad inteligente.

La diligencia llega a la cima de una colina; espectáculo magnífico.

Un promontorio a la derecha, un promontorio a la izquierda, dos golfos; un istmo en medio, una montaña en el mar; al pie de la montaña una ciudad. He aquí San Sebastián.

El primer vistazo es mágico: el segundo es divertido. Un viejo faro en el paseo a la izquierda. Una isla en la bahía bajo ese faro. Un convento arrasado. Una playa de arena. Las carretas de bueyes descargan en la playa los navíos cargados de mineral de hierro. El puerto de San Sebastián es un curioso enredo de complicados morros de rompeolas.

A la derecha, el valle de Loyola, lleno de petirrojos donde el Urumea, bello río de color de acero, dibuja una herradura gigantesca. En el promontorio norte, algunos lienzos de pared derribados, restos del fuerte desde donde Wellington bombardeó la ciudad en 1813. El mar rompe admirablemente.

Sobre la puerta de la ciudad, una bella tarjeta gastada de tiempos de Felipe II contenía sin duda las armas de la villa, suprimidas por alguna revolución a la francesa. Dentro de esta misma puerta, sobre el cuerpo de guardia y el centinela, un gran Cristo de madera pintada, con grandes gotas de sangre bajo su corona de espinas. Una pila de agua bendita al lado. Los soldados de guardia tocan la guitarra y las castañuelas.

El aspecto de San Sebastián es el de una ciudad reconstruida de nuevo, regular y cuadrada como un tablero.

A falta de edificios que describir, ¿queréis algunos rasgos de las costumbres locales?

Mientras comía, oía risas en la calle y castañuelas. Salgo; una nube de

hombres extraños me rodea; andrajosos, arrebuados en harapos, orgullosos y elegantes como las figuras de Callot; sombreros de petimetres del Directorio; bigotitos; aspecto noble, espiritual y descarado. Gritan a mi alrededor: ¡Los estudiantes! ¡Los estudiantes! Son alumnos de Salamanca que están de vacaciones. Uno de ellos se me acerca, me saluda y me tiende su sombrero. Echo en él una peseta. Se pone de pie. Todos gritan: ¡Viva! Recorren así el país pidiendo limosna. Algunos son ricos. Eso les divierte. En España, pedir limosna no tiene nada de chocante. Se hace.

Entro en una barbería. Ese artista vive en una especie de bodega. Hay tres grandes paredes y no hay ventanas; una puerta al fondo. La vivienda está amueblada con un espejo Luis XV exquisito, dos grabados coloreados de Austerlitz y de Marengo, un niño pequeño y cuatro o cinco grandes ruedas como las que podía haber antaño en casa del verdugo. Este hombre habla cuatro lenguas, huele muy mal y afeitado admirablemente. He aquí su historia. Nació en Aquisgrán, y habla alemán. El Emperador hizo de él un francés y el imperio un soldado, habla francés. Los españoles en 1811 le hicieron prisionero, habla español. Se casó en el país y contrajo matrimonio con una vasca. Habla vasco. He aquí lo que es tener aventuras en cuatro lenguas diferentes.

Un vasco grande y vigoroso que me dijo que se llamaba Oyarbide, se ofrece para llevarme mis efectos. Los sopesa. —¡Pesan! —¿Cuánto quieres? —Una peseta. —No se hable más. Se lo carga todo a la cabeza y parece gemir por el peso. Encontramos a una pobre anciana, descalza, ya cargada. Se acerca a ella y, no sé qué le dice en vasco; la mujer se detiene. Él le carga todo su bulto sobre la cabeza en el gran cesto que lleva ya medio lleno y luego vuelve junto a mí. La mujer anda delante. Oyarbide, con las manos detrás de la espalda, anda a mi lado y me da conversación. Tiene un caballo; me lo ofrece para una excursión a Rentería y a Fuenterrabía; por un día, serán ocho monedillas. Llegamos. La vieja pone el bulto a los pies de Oyarbide y le hace la reverencia. Le doy a Oyarbide su peseta. —¿No le dais nada a esa pobre mujer?, me dice.

SAN SEBASTIÁN

San Sebastián. 2 de agosto

Estoy en España. Al menos tengo un pie en ella. Éste es un país de poetas y contrabandistas. La naturaleza es magnífica; salvaje como la necesitan los soñadores, áspera como la necesitan los ladrones. Una montaña en medio del mar. La huella de las bombas en todas las casas, la huella de las tempestades

en todas las rocas, la huella de las pulgas en todos los caminos; esto es San Sebastián.

Pero, ¿realmente estoy en España aquí? San Sebastián está unida a España como España está unida a Europa, por una lengua de tierra. Es una península en la península; y en esto todavía, como en un montón de otras cosas, el aspecto físico es el símbolo del estado moral. Apenas se es español en San Sebastián; se es vasco.

Esto es Guipúzcoa, es el antiguo país de los fueros, son las viejas provincias libres vascongadas. Realmente se habla poco castellano, pero se habla sobre todo vascuence. Las mujeres llevan la mantilla pero no llevan la basquiña; y además esta mantilla, que las madrileñas llevan con tanta coquetería y gracia hasta sobre los ojos, las guipuzcoanas la relegan a la coronilla de la cabeza, lo que no les impide, por lo demás, ser muy coquetas y graciosas. Por la noche bailan sobre el césped haciendo castañetear los dedos en el hueco de la mano; no es más que la sombra de las castañuelas. Las danzantes se balancean con una agilidad armoniosa, pero sin inspiración, sin fogosidad, sin arrebatos, sin voluptuosidad; no es más que la sombra de la cachucha.

Y además, hay franceses por todas partes; en la ciudad, de doce comerciantes que tienen boticas, tres son franceses. No me quejo, observo el hecho. Por lo demás, si sólo se las considera, claro está, desde el punto de vista de las costumbres, todas estas ciudades, de este lado como del otro, tanto Bayona como San Sebastián y Oloron como Tolosa, no son más que países mixtos. Se siente en ellos la agitación de los pueblos que se mezclan. Son desembocaduras de ríos. No es ni Francia, ni España; ni mar, ni río.

Aspecto singular, por otro lado, y digno de estudio. Agrego que aquí un vínculo secreto y profundo, y que nada ha podido romper, une, incluso a pesar de los tratados, esas fronteras diplomáticas, incluso a pesar de los Pirineos, esas fronteras naturales, a todos los miembros de la misteriosa familia vasca. La antigua palabra Navarra no es una palabra. Se nace vasco, se habla vasco, se vive vasco y se muere vasco. La lengua vasca es una patria, he dicho casi una religión. Decid una palabra vasca a un montañés en la montaña; antes de esa palabra, apenas erais un hombre para él: ahora sois su hermano. La lengua española es aquí una extranjera como la lengua francesa.

Sin duda esta unidad vascongada tiende a disminuir y acabará desapareciendo. Los grandes Estados deben absorber a los pequeños; es la ley de la historia y de la naturaleza. Pero es notable que esta unidad, tan endeble en apariencia, haya resistido tanto tiempo. Francia tomó una cara de los Pirineos, España tomó la otra; ni Francia ni España han podido disgregar el grupo vasco. Bajo la historia nueva que se superpone desde hace cuatro siglos,

todavía es perfectamente visible como un cráter bajo un lago.

Jamás la ley de adhesión molecular bajo la que se forman las naciones ha luchado más enérgicamente contra las mil causas de todo tipo que disuelven y recomponen estas grandes formaciones naturales. Quisiera, dicho sea de paso, que los artífices de historia y los artífices de tratados estudiaran un poco más de lo que acostumbran esta misteriosa química según la cual se hace y se deshace la humanidad.

Esta unidad vasca conduce a unos resultados extraños. Así Guipúzcoa es un antiguo país de comunas. El antiguo espíritu republicano de Andorra y de Bagnères se ha difundido desde hace un siglo en los montes Jaitzquivel, que son en cierto modo el Jura de los Pirineos. Aquí se vivía con una carta, mientras que Francia estaba bajo una monarquía absoluta muy cristiana y España bajo una monarquía absoluta muy católica. Aquí, desde tiempo inmemorial, el pueblo elige al alcalde, y el alcalde gobierna al pueblo. El alcalde es corregidor, el alcalde es juez, y pertenece al pueblo. El cura pertenece al Papa. ¿Qué le queda al rey? El soldado. Pero, si es un soldado castellano, el pueblo lo rechazará; si es un soldado vasco, el cura y el alcalde tendrán su corazón, el rey sólo tendrá su uniforme.

A primera vista parecería que una nación así estaría admirablemente preparada para recibir las novedades francesas. Error. Las antiguas libertades temen a las libertades nuevas. El pueblo vasco lo ha demostrado bien.

A principios de este siglo, las Cortes, que hacían a cada paso, y a menudo además oportunamente, traducciones de la constituyente, decretaron la unidad española. La unidad vasca se rebeló. La unidad vasca, arrinconada en sus montañas, emprendió la guerra del norte contra el sur. El día en que el trono rompió con las Cortes, fue en Guipúzcoa donde la monarquía espantada y acosada se refugió. El país de los derechos, la nación de los fueros gritó: ¡Viva el rey neto! La antigua libertad vasca hizo causa común, contra el espíritu revolucionario, con la antigua monarquía de las Españas y las Indias.

Y bajo esta contradicción aparente había una lógica profunda y un instinto verdadero. Las revoluciones —insistamos en eso— no tratan con menos dureza a las antiguas libertades que a los antiguos poderes. Lo reparan todo y rehacen a gran escala; pues trabajan para el futuro, y toman desde ahora la medida de la Europa futura. Por eso esas inmensas generalizaciones que son, por decirlo así, los marcos de las naciones del porvenir y que se acomodan con tanta dificultad a los viejos pueblos, y que toman tan poco en cuenta las viejas costumbres, las viejas leyes, los viejos hábitos, las viejas franquicias, las viejas fronteras, los viejos idiomas, las viejas invasiones, los viejos nudos que todas las cosas hacen, los viejos principios, los viejos sistemas, los viejos hechos.

En el lenguaje revolucionario, los viejos principios se llaman prejuicios,

las viejas maneras de obrar se llaman abusos. Eso es a la vez verdadero y falso. Sean cuales sean, republicanas o monárquicas, las sociedades envejecidas se llenan de abusos, como los hombres viejos de arrugas y los viejos edificios de ruinas; pero habría que distinguir, arrancar las zarzas y respetar el edificio, arrancar el abuso y respetar el Estado. Es lo que las revoluciones no saben, no quieren o no pueden hacer. Distinguir, escoger, podar, ¡verdaderamente tienen tiempo! No vienen para escardar el campo sino para hacer temblar la tierra.

Una revolución no es un jardinero; es el hálito de Dios.

Pasa por primera vez, todo se viene abajo; pasa por segunda vez, todo renace.

Las revoluciones, pues, maltratan el pasado. Todo lo que tiene un pasado las teme. Para las revoluciones, el antiguo rey de España era un abuso, el antiguo alcalde vasco era otro. Ambos abusos sintieron el peligro y se unieron contra el enemigo común; el rey se apoyó en el alcalde. Y he aquí por qué, ante la gran extrañeza de los que sólo ven la superficie de las cosas, la vieja república guipuzcoana luchó para el viejo despotismo castellano contra la constitución de 1812.

Eso, además, no carece de analogía con lo de la Vandea. Bretaña era un país de Estados y de franquicias. El día en que se decretó la República una e indivisible, Bretaña sintió confusamente que la unidad bretona iba a perderse en la gran unidad francesa; se levantó como un solo hombre para defender el pasado y luchar por el rey de Francia contra la Convención nacional.

Los antiguos pueblos que combaten así son demasiado débiles para descender al llano y presentar batalla campal contra las razas nuevas, las ideas nuevas, los ejércitos nuevos; llaman a la naturaleza en su ayuda; hacen la guerra de los brezales, la guerra de las montañas, la guerra del desierto. Vandea hizo la guerra de los brezales; Guipúzcoa hizo la guerra de las montañas; África hace la guerra del desierto.

Esa guerra ha dejado aquí su huella por todas partes. En medio de la naturaleza más hermosa y del más bello cultivo, entre campos de tomates que os llegan a las caderas, entre campos de maíz por los que el arado pasa dos veces por estación, veis de pronto una casa sin cristales, sin puerta, sin techo, sin habitantes. ¿Qué es? Miráis. Se ve la huella del incendio sobre las piedras del muro. ¿Quién quemó esta casa? Fueron los carlistas. Él camino gira. Aquí hay otra. ¿Quién quemó ésta? Los cristinos. Entre Hernani y San Sebastián, me había propuesto contar las ruinas que veía desde el camino. En cinco minutos conté diecisiete. Renuncié a ello.

En cambio, la pequeña revolución antiesparterista, a la que llaman el

pronunciamiento, se hizo en San Sebastián muy tranquilamente. San Sebastián no se movía, dejando a las otras ciudades de la provincia pronunciarse a su antojo. En esto, llega un mensaje de la gente de Pamplona. Que es necesario un pronunciamiento en San Sebastián o que, de lo contrario, bajarán allí. San Sebastián no tiene miedo, pero esta pobre ciudad está cansada. La guerra civil de Espartero después de la guerra civil de don Carlos, era demasiado. Los principales de la villa se reunieron en el ayuntamiento; se convocó a los dos oficiales de cada compañía de la milicia urbana; se puso en una sala una mesa con un tapete verde; en esta mesa se redactó cualquier cosa y se leyó por la ventana a las personas que estaban en la plaza; algunos niños que jugaban a la rayuela se pararon un momento y gritaron: Viva. Aquella misma tarde se notificaron estos acontecimientos a la guarnición que estaba en el castillo. La guarnición se adhirió a lo escrito en la mesa del ayuntamiento y a lo leído por la ventana de la plaza. Al día siguiente, el general tomó la posta, a los dos días el jefe político cogió la diligencia; y dos días después se fue el coronel. Se había hecho la revolución.

He aquí la historia al menos tal como me la contaron.

Atravesando este bello país devastado, iba acompañado por un antiguo capitán carlista, encaramado como yo en la imperial de las diligencias peninsulares de Bayona. Era un hombre de buenos modales, distinguido, silencioso, pensativo. Le pregunté de sopetón en español: ¿Qué piensa usted de don Carlos? Me contestó en francés: C'est un imbécile. Tomad imbécil en el sentido de imbecillis, débil. Tendréis un juicio verdadero que no recaerá sobre el hombre sino sobre el momento dado en que el hombre vivió.

Esta guerra de 1833 a 1839 fue salvaje y violenta. Los campesinos vivieron cinco años dispersos en los bosques y las montañas, sin poner un pie en sus casas. Tristes momentos para una nación aquéllos en los que la casa propia desaparece. Unos estaban reclutados, los otros eran prófugos. Había que ser carlista o cristino. Los partidos quieren que se sea de un partido. Los cristinos quemaban a los carlistas, y los carlistas a los cristinos. Es la vieja ley, la vieja historia, el viejo espíritu humano.

Los que se abstenían eran acosados hoy por los carlistas y fusilados mañana por los cristinos. Siempre había algún incendio que humeaba en el horizonte.

Las naciones en guerra conocen el derecho de gentes, los partidos lo ignoran.

Aquí la naturaleza hace todo lo que puede para sosegar al hombre, y el hombre hace todo lo que puede para ensombrecer la naturaleza.

Don Carlos no tomaba parte alguna en persona en la guerra. Residía ya en

Tolosa, ya en Hernani. A veces iba de una ciudad a otra, llevando una pequeña corte, teniendo levass y viviendo según la más rigurosa etiqueta española. Cuando llegaba a algún pueblo en el que todavía no se había hospedado, le escogían la mejor casa; pero sabía contentarse con poco. Ordinariamente vestía un redingote de color oscuro, sin hombreras ni bordados, con el vellocino de oro y la placa de Carlos III. Su hijo, el príncipe de Asturias, llevaba la boina vasca y tenía bastante buen aspecto así. Don Carlos, la princesa de Beira, su mujer, y el príncipe de Asturias viajaban a caballo; y la princesa de Beira daba ejemplo de valor en el peligro y de alegría en la fatiga. Varias veces el grupo real estuvo a punto de ser descubierto por Espartero; la princesa montaba alegremente a caballo y decía riendo: Vamos.

A Fernando VII no le gustaba don Carlos y lo temía. Lo acusaba de conspirar bajo su reinado, lo cual no era cierto. No obstante, a la última persona a la que veía el rey Fernando antes de dormirse era a su hermano. A medianoche, don Carlos entraba, besaba la mano del rey y salía, a menudo sin que los dos hermanos hubieran intercambiado ni una palabra.

Los guardias de corps tenían la orden de no dejar entrar a esa hora en la cámara real más que a don Carlos y al famoso padre Cirilo. Este padre Cirilo tenía ingenio y letras. Es un perfil que hubiera valido la pena que se dibujara entre dos príncipes así y dos hermanos así. Los partidos lo desfiguraron a su antojo con un extraño furor.

Había muchos ingleses entre los guardias de corps de Fernando VII. Era con ellos con los que hablaba de más buena gana cuando iba a jugar, después de misa, una partida de billar, que era su mayor quehacer, y que duraba casi todo el día. Cuando estaba de buen humor, les daba puros.

A decir verdad, don Carlos se perdió como pretendiente el día que murió Zumalacárregui. Zumalacárregui era un verdadero vasco. Era el vínculo del haz carlista. Después de su muerte, el ejército de Carlos V no fue más que una gavilla desatada, como dijo el Marqués de Mirabeau. Había dos partidos alrededor de don Carlos, el partido de la corte, el rey neto, y el partido de los derechos, los fueros. Zumalacárregui era el hombre de los «derechos». Neutralizaba en el príncipe la influencia clerical; decía a menudo: ¡Al demonio los frailes! Hacía frente al padre Larrañaga, confesor de don Carlos. Navarra adoraba a Zumalacárregui. Gracias a él, el ejército de don Carlos contó en un momento dado con treinta mil combatientes regulares y doscientos cincuenta mil insurrectos auxiliares, repartidos por el llano, en el bosque y en la montaña.

El general vasco trataba, por lo demás, a «su rey» bastante caballerosamente. Era él el que ponía y quitaba a su antojo esta pieza capital de la partida de ajedrez que se jugaba entonces en España. Zumalacárregui

escribía sobre papel mojado: ¡Hoy su majestad irá a tal parte! Don Carlos iba allí.

La guerra de Navarra acabó en 1839, bruscamente. La traición de Maroto, dicen que pagada con un millón de piastras, quebrantó al ejército carlista. Don Carlos, obligado a refugiarse en Francia, fue conducido hasta la frontera a tiros.

Aquel día algunas familias de Bayona habían ido a divertirse precisamente a aquel punto de la frontera al que el azar condujo a don Carlos. Asistieron a la entrada del príncipe y a la última lucha de la pequeña tropa fiel que lo rodeaba. En el momento en que el príncipe puso los pies en territorio francés, el tiroteo cesó.

Había allí una pobre choza de cabrero. Don Carlos entró en ella. Al entrar dijo a la princesa de Beira que lo acompañaba; —¿Habéis tenido miedo? — No, señor, contestó ella.

Luego el príncipe pidió una silla e hizo que su capellán dijera misa. Oída la misa, tomó el chocolate y fumó un puro.

El grupo de soldados que habían combatido por él hasta el último momento no se componía más que de navarros. Fueron rodeados y prendidos por un destacamento francés. Esos pobres soldados se fueron por un lado y don Carlos por el otro. No les dirigió una sola palabra; ni siquiera los miró. El príncipe y el ejército se separaron sin un adiós.

Elio, que había pasado diecisiete meses en la cárcel por orden de don Carlos, era de esa tropa. Cuando llegó a Bayona, el general Harispe le dijo: — General Elio, tengo órdenes de hacer una excepción con usted. Pídame lo que quiera. ¿Qué desea para usted y su familia? —Pan y zapatos para mis soldados, dijo Elio. —Y ¿para su familia? —Acabo de decírselo. —Usted sólo ha hablado de sus soldados, repuso el general Harispe. —Mis soldados, respondió Elio, son mi familia. —Elio era un héroe.

San Sebastián vio estos acontecimientos, y muchos más todavía. Fue bombardeada por los franceses en 1719, y quemada en 1813 por los ingleses.

Pero me anuncian que el correo se va. Pongo de prisa, y sin volver a leerlos, todos estos garabatos en un sobre. Me parece que puedo acabar esta carta con un bombardeo o un incendio.

PASAJES

El otro día había salido de San Sebastián a la hora de la marea. Había

torcido a la izquierda, al final del paseo por el puente de madera sobre el Urumea. Un camino se había presentado, lo había aceptado al azar, e iba, caminaba por la montaña sin saber demasiado dónde estaba.

Poco a poco el paisaje exterior, que miraba vagamente, había desarrollado en mí este otro paisaje interior al que denominamos ensueño. Tenía la mirada vuelta y abierta a mi interior, y ya no veía la naturaleza, veía mi espíritu. No podía decir lo que hacía en este estado al que sabéis que soy propenso; recuerdo solamente de una manera confusa que me quedé unos minutos parado ante una enredadera en la que iba y venía una hormiga y en mi ensueño este espectáculo se traducía en esta idea: —Una hormiga en una enredadera. El trabajo y el perfume. Dos grandes misterios, dos grandes consejos.

No sé cuánto tiempo hacía que caminaba así cuando de pronto un ruido agudo compuesto por mil gritos extraños me despertó. Miré; estaba entre dos colinas con altas montañas como horizonte, e iba derecho a un brazo de mar al que el camino que yo seguía desembocaba bruscamente a veinte toesas delante de mí. Allí, en el punto en el que el camino se hundía en el mar, había algo singular.

Unas cincuenta mujeres, colocadas en una sola línea como una compañía de infantería, parecían esperar a alguien y llamarlo, reclamarlo, con chillidos formidables. Esto sorprendió mucho; pero lo que aumentó mi sorpresa fue el reconocer, al cabo de un momento, que ese alguien, tan esperado, tan llamado, tan reclamado, era yo. El camino estaba desierto, estaba solo y todo este temporal de gritos se dirigía verdaderamente a mí.

Me acerqué y mi extrañeza todavía creció más. Estas mujeres me lanzaban todas a la vez las frases más vivas y más incitantes: —¡Señor francés, venga usted conmigo! —¡Conmigo caballero! —¡Ven hombre, que soy muy guapa!

Me llamaban con la pantomima más expresiva y más variada y ni una sola se acercaba a mí. Parecían estatuas vivientes enraizadas en el suelo y a las que un mago habría dicho: Dad todos los gritos, haced todos los gestos; pero no deis ni un paso. Además, eran de todas las edades y de todos los tipos, jóvenes, viejas, feas, guapas, las guapas coquetas y arregladas, las viejas en harapos. En los países rústicos, la mujer es menos feliz que la mariposa de su campo. Ésta comienza siendo oruga; aquí es así como acaba la mujer.

Como hablaban todas a la vez, no oía a ninguna, y tardé unos momentos en comprender. Al fin, unas barcas amarradas a la orilla me explicaron la cosa. Estaba en medio de un grupo de barqueras que me ofrecían cruzar el mar.

Pero, ¿por qué barqueras y no barqueros? ¿Qué significaba aquella obsesión tan violenta que parecía tener una frontera y no pasarla jamás? Por último, ¿a dónde querían conducirme? Otros tantos enigmas, otras tantas

razones para seguir adelante.

Le pregunté el nombre a la más guapa; se llamaba Pepa. Salté a su barca.

En aquel momento vi a un pasajero que ya estaba en otra barca; nos arriesgábamos a esperar mucho rato cada cual por su lado; reuniéndonos, podíamos partir enseguida. Como yo era el último que había llegado, era yo el que tenía que reunirme con el otro. Dejé, pues, la barca de Pepa. Pepa ponía mala cara; le di una peseta; cogió el dinero y continuó haciendo mala cara, lo que me halagó singularmente; pues una peseta era, como me explicó mi compañero de viaje, el doble del precio máximo de la travesía. Tenía, pues, el dinero, sin el esfuerzo.

Mientras tanto, habíamos dejado la orilla y navegábamos en un golfo donde todo era verde, el mar y la colina, la tierra y el agua. Nuestra barquilla era conducida por dos mujeres, una vieja y la otra joven, la madre y la hija. La hija muy guapa y muy alegre tenía por nombre Manuela y de mote la Catalana. Las dos barqueras remaban de pie, de atrás hacia adelante, cada una con un solo remo, con un movimiento lento, simple y gracioso. Ambas hablaban pasablemente el francés. Manuela, con su gorrito de hule adornado con una gran rosa, su largo pelo, trenzado y flotante sobre su espalda a la usanza del país, su pañoleta de un amarillo vivo, su refajo corto, su falda bien hecha, enseñaba los dientes más hermosos del mundo, se reía mucho y era encantadora. En cuanto a la madre, ¡ay!, también ella había sido mariposa.

Mi compañero era un español silencioso que, encontrándome todavía más silencioso que él, se decidió, como ocurre siempre, a dirigirme la palabra. Comenzó, claro está, por terminar su puro. Luego, se volvió hacia mí. En España, puro que se acaba, charla que comienza. Yo, como no fumo, no charlo, jamás tengo el gran motivo que produce el comienzo de una conversación, el final de un puro.

—Señor, me dijo mi hombre en español, ¿ya lo ha visto?

Le contesté en español:

—No, señor.

Fijaos en el no y admiradlo. Si hubiera dicho: ¿Qué?, lo que hubiera sido más natural, habría tenido una explicación y habría tenido probablemente enseguida la clave de mis enigmas; pero yo quería mantener mi pequeño misterio el mayor tiempo posible y tenía interés en no saber adónde iba.

—En tal caso, señor, va a ver algo muy bello, prosiguió mi compañero.

—¿De verdad?, dije yo.

—Eso es muy largo.

¿Muy largo?; ¿qué puede ser?, pensé yo.

El español replicó: —Es la más larga que hay en la provincia.

—Bueno, me dije para mí, la cosa es femenina.

—Señor, prosiguió mi compañero, ¿ha visto ya otras?

Algunas veces, respondí. Otra respuesta al estilo de la primera.

—Apuesto a que no ha visto otra más larga.

—¡Oh! ¡Oh! Podría usted perder.

—Veamos ¿cuáles son las que el caballero ya ha visto?

El asunto se ponía difícil. Respondí:

—La de Bayona, sin saber de qué hablaba.

—¡La de Bayona!, exclamó mi hombre, ¡la de Bayona! Pues bien, señor, la de Bayona tiene trescientos pies menos que ésta. ¿La ha medido?

Respondí con la misma sangre fría:

—Sí, señor.

—Pues bien, mida esta.

—Espero hacerlo.

—Sabrá a qué atenerse, un escuadrón de caballería cabría en una sola fila.

—No es posible.

—Lo que le digo, caballero. Veo que el caballero es un aficionado.

—Apasionado.

—Usted es francés, prosiguió mi hombre; y, regocijándose, añadió:

—Quizás viene de Francia expresamente para verla.

—Precisamente. A propósito.

Mi español estaba radiante. Me tendió la mano y me dijo:

—Pues bien, monsieur (dijo la palabra señor en francés, gran cortesía), se alegrará. Es recto como una I, está trazado a cordel, es magnífico.

¡Diablos!, pensaba, ¿acaso este bonito golfo tendría como prolongación una rue de Rivoli? ¡Qué amarga burla! Huir de la rue de Rivoli hasta Guipúzcoa y encontrarla allí acoplada a un brazo de mar, ¡sería triste!

Sin embargo, nuestra barca continuaba avanzando. Dobló un pequeño cabo que una gran casa en ruinas domina con sus cuatro muros atravesados por

puertas sin batientes y por ventanas sin contramarcos.

De pronto, como por encanto, y sin que hubiera oído el silbido del tramoyista, el decorado cambió y apareció ante mí un espectáculo maravilloso.

Una cortina de altas montañas verdes recortando sus cimas sobre un cielo resplandeciente; al pie de esas montañas, una fila de casas estrechamente yuxtapuestas; todas estas casas pintadas de blanco, azafrán, verde, con dos o tres pisos de grandes balcones resguardados por la prolongación de sus anchos tejados rojizos de tejas huecas; en todos esos balcones, mil cosas flotando, ropa secándose, redes, harapos rojos, amarillos, azules; al pie de esas casas, el mar; a mi derecha, a mitad de la cuesta, una iglesia blanca; a mi izquierda, en primer plano, al pie de otra montaña, otro grupo de casas con balcones que daban a una vieja torre desmantelada; navíos de todas las formas y embarcaciones de todas las medidas colocadas delante de las casas, amarradas bajo la torre, yendo por la bahía; en esos navíos, en esa torre, en esas casas, en esa iglesia, en esos harapos, en esas montañas y en ese cielo, una vida, un movimiento, un sol, un azul, un aire y una alegría inexpresables: he aquí lo que tenía delante.

Este lugar magnífico y encantador como todo lo que tiene el doble carácter de la alegría y la grandeza, este sitio inédito que es uno de los más bellos que he visto y que ningún «tourist» visita, este humilde rincón de tierra y agua que sería admirado si estuviera en Suiza y célebre si estuviera en Italia, y que es desconocido porque está en Guipúzcoa, este pequeño edén resplandeciente adonde llegué por azar, y sin saber dónde estaba, se llama en español Pasajes y en francés Le Passage.

La marea baja deja la mitad de la bahía en seco y la separa de San Sebastián que a su vez está casi separada del mundo. La marea alta restablece «el Pasaje». De ahí su nombre.

La población de ese burgo no tiene más que una industria, el trabajo en el agua. Los dos sexos se han repartido el trabajo según sus fuerzas. El hombre tiene el navío, la mujer tiene la barca; el hombre tiene el mar, la mujer tiene la bahía; el hombre va a pescar y sale del golfo, la mujer se queda en el golfo y «pasa» a todos aquéllos a los que un negocio o un interés conducen allí desde San Sebastián. De ahí las barqueras.

Esas pobres mujeres tienen tan raras veces un pasajero que han tenido que ponerse de acuerdo. A cada pasajero, se habrían devorado entre ellas y quizás habrían devorado al pasajero. Se han establecido un límite que no cruzan, y una carta que no violan. Es un país extraordinario.

Tan pronto como sube la marea, llevan sus barcas al lugar en el que el camino se inunda; y están allí, en las rocas, hilando su copo, esperando.

Cada vez que se presenta un extranjero, corren hasta el límite que se han fijado, y cada una trata de llamar la atención del que llega. El extranjero elige. Hecha su elección, todas se callan. El extranjero que ha escogido es sagrado. Le dejan a la que lo tiene. El pasaje no es caro. Los pobres dan cinco céntimos, los burgueses un real, los señores media peseta, los emperadores, los príncipes y los poetas una peseta.

Mientras, la barca había tocado el embarcadero. Estaba tan embelesado por el lugar que tiré con prisa una peseta a Manuela, y salté rápidamente a la orilla, olvidando todo lo que el español me había dicho y al propio español que, pienso ahora, debió verme partir con una cara sorprendidísima.

Una vez en tierra, tomé la primera calle que se me presentó; procedimiento excelente y que siempre os conduce allí donde queréis ir, sobre todo en los pueblos que, como Pasajes, no tienen más que una calle.

Recorrí esa calle única de arriba abajo. Se compone de la montaña a la derecha, y, a la izquierda, de la parte trasera de todas las casas que tienen su fachada al golfo.

Aquí, nueva sorpresa. Nada es más risueño y más fresco que el Pasaje visto desde el lado del mar, nada es más severo y más oscuro que el Pasaje visto desde el lado de la montaña.

Esas casas tan coquetonas, tan alegres, tan blancas, tan luminosas sobre el mar, ya no ofrecen vistas desde esta calle estrecha, tortuosa y enlosada como una vía romana, más que unos altos muros de un granito negruzco, con algunas pocas ventanas cuadradas, impregnadas de las emanaciones húmedas de la roca, lúgubre hilera de edificios extraños, sobre los que se perfilan, esculpidos en alto relieve, enormes blasones sostenidos por leones o héroes y tocados con morriones gigantescos. Por delante son chalets; por detrás son ciudadelas.

Me hacía mil preguntas. ¿Qué es este lugar extraordinario? ¿Qué puede significar una calle adornada con escudos de un extremo al otro? No se ven esas calles más que en villas de caballeros como Rodas o Malta. Por lo general, los escudos de armas no están unos junto a otros. Quieren el aislamiento; tienen necesidad de espacio como todo lo que es grande. Hace falta todo un torreón para un blasón como toda una montaña para un águila. ¿Qué sentido puede tener un pueblo blasonado? Chabolas por delante, palacios por detrás, ¿qué quiere decir eso? Cuando llegáis por mar, vuestro pecho se ensancha, creéis ver una escena bucólica; exclamáis: ¡Oh! ¡El dulce, cándido e inocente pueblo de pescadores! Entráis, y estáis en casa de hidalgos; respiráis el aire de la Inquisición; veis erguirse en el otro extremo de la calle el espectro lívido de Felipe II.

¿Entre quién estamos cuando estamos en Pasajes? ¿Estamos entre campesinos? ¿Estamos entre grandes señores? ¿Estamos en Suiza o en Castilla? ¿Acaso no es un lugar único en el mundo ese rincón de España en el que la historia y la naturaleza se encuentran y construyen cada una un lado de la misma villa; la naturaleza, con lo que tiene de más gracioso, la historia, con lo que tiene de más siniestro?

Hay tres iglesias en Pasajes, dos negras y una blanca.

La principal, que es negra, tiene un carácter sorprendente. Su exterior es un bloque de piedras; su interior tiene la desnudez de un sarcófago. Sólo que, en estas murallas sombrías que ninguna escultura realza, que ningún fresco alegra, que ninguna vidriera atraviesa, veis de pronto relucir y resplandecer un altar, que por sí solo es toda una catedral.

Es un inmenso entablado adosado al muro, cincelado, pintado, trabajado, labrado, dorado, con estatuas, estatuillas, columnas salomónicas, follajes, arabescos, volutas, reliquias, rosas, cirios, santos, santas y oropeles. Arranca del suelo y llega hasta la bóveda. Ninguna transición entre la desnudez del muro y el ornamento del altar. Es una magnífica arquitectura bermeja y florida que vegeta, no se sabe cómo, en la oscuridad de esta cueva de granito y que, en el momento en que uno menos se lo espera, dibuja en los rincones oscuros malezas de oro y de piedras preciosas.

Hay cuatro o cinco altares de estos en la iglesia de Pasajes. Esta moda es, por lo demás, propia de todas las iglesias de la provincia; pero es en Pasajes donde produce el contraste más singular.

La primera cosa que me chocó al entrar en la iglesia fue una cabeza esculpida en una muralla que estaba enfrente del pórtico. Esta cabeza está pintada de negro, con ojos blancos, dientes blancos y labios rojos, y mira la iglesia con un aire de estupor. Cuando contemplaba esta escultura misteriosa, pasó el señor cura; se acercó a mí; le pregunté si sabía qué significaba aquella máscara de negro delante del umbral de su iglesia. No lo sabía y, me dijo, nadie en el país lo había sabido nunca.

Al cabo de dos horas, habiéndolo visto todo o al menos rozado todo, me volví a embarcar. Manuela me esperaba. Pues estaba acordado, había tomado posesión de mí, le pertenecía, yo era suyo.

Cuando iba a entrar en la barca, alguien me cogió del brazo, me di la vuelta. Era el digno hombre con el que había pasado, por la mañana, el brazo de mar, y cuyo retrato me había olvidado de hacer; subsano mi olvido. Sombrero de copa raído y de bordes estrechos, levita azul gastada en las costuras, de cada dos botones uno abotonado, gruesa cadena de reloj con llave de cornalina, cara de judío sin un real que presta su nombre para operaciones

dudosas. He aquí ahora nuestro diálogo al lado del barco.

Imagináoslo en el castellano más rápido que podáis figuraros.

—¿Y bien, señor francés?

—¿Bien qué?

—¿Qué dice de eso?

—¿De qué?

—¿La ha visto?

—¿Qué?

—¿La ha medido?

—¿Qué?

—¿No es la más larga de la provincia?

—¿De qué provincia y qué es lo que es largo?

—¡La cordelería, naturalmente!

—¿Qué cordelería?

—¡La cordelería que acaba de ver! La cordelería de aquí.

—¿Hay una cordelería aquí?

—¡Ah! El caballero francés está de buen humor y quiere divertirse; pero ya sabe muy bien que hay una cordelería porque ha hecho doscientas leguas a propósito para verla.

—¿Yo? En absoluto.

—Es bonita, ¿no?, ¿trazada a cordel?, ¿larga?, ¿magnífica?, ¿derecha como una I?

—Ni idea.

—¡Vamos!, prosiguió el hombre mirándome entre los ojos, en serio, caballero, ¿no la ha visto?

—¿El qué?

—La cordelería.

—Sepa, señor, contesté con majestuosidad, que odio particularmente las cosas largas, magníficas y trazadas a cordel, y que haría doscientas leguas para no ver una cordelería.

Dije estas palabras memorables de un modo tan solemne y con un tono tan profundo que mi hombre retrocedió. Me miró con un aire estupefacto; y,

mientras la barca se alejaba de la orilla, oí que decía a las barqueras que estaban en la escalera, señalándome con un encogimiento de hombros: Un loco.

De regreso a San Sebastián, anuncié en mi pensión que iría al día siguiente a instalarme en Pasajes. Eso causó un espanto general.

—¿Qué va usted a hacer allí, señor? Si es un agujero. Un desierto. Un país de salvajes. ¡Pero si no encontrará ni tan sólo hostel!

—Me alojaré en la primera casa que encuentre. Siempre se encuentra una casa, una habitación, una cama.

—Pero si no hay techo en las casas, ni puerta en las habitaciones, ni colchón en las camas.

—Debe de ser curioso.

—Pero, ¿qué comerá?

—Lo que haya.

—Sólo habrá pan enmohecido, sidra picada, aceite rancio y vino de pellejo de chivo.

—Probaré.

—¿Cómo, señor, está usted decidido?

—Decidido.

—Hace usted lo que nadie se atrevería a hacer aquí.

—¿De verdad? Eso me tienta.

—Ir a dormir a Pasajes, ¡no se ha visto nunca!

Y casi se santiguaban.

No quise oír nada y al día siguiente, a la hora de la marea, me marché a Pasajes.

Ahora, ¿queréis conocer el resultado? He aquí adónde me condujo mi imprudencia.

Comienzo diciéndoos lo que tengo a la vista en el momento en que os escribo.

Estoy en un largo balcón que da al mar. Tengo los codos sobre una mesa cuadrada cubierta por un tapete verde. Tengo a mi derecha una puerta vidriera que da a mi habitación, pues tengo una habitación y esta habitación tiene una puerta. A mi izquierda, tengo la bahía. Bajo mi balcón hay amarrados dos navíos, uno de los cuales es viejo y en él trabaja un marinero bayonés que

canta de la mañana a la noche. Ante mí, a dos cables, otro navío completamente nuevo y muy bello que va a partir hacia las Indias. Más allá de este navío, la vieja torre desmantelada, el grupo de casas al que llaman el otro Pasaje, y la triple cima de una montaña. Alrededor de toda la bahía, un amplio semicírculo de colinas cuyas ondulaciones van a perderse en el horizonte y que las cimas descarnadas del monte Arún dominan.

La bahía se alegra con las navecillas de las barqueras que van y vienen sin cesar y se dan voces de un extremo al otro del golfo con gritos que se asemejan al canto del gallo. Hace un tiempo magnífico y el sol más bonito del mundo. Oigo a mi marinero que canturrea, a unos niños que ríen, a las barqueras que se llaman, a las lavanderas que golpean la colada sobre las piedras a la usanza del país, las carretas de bueyes que chirrían en las hondonadas, a las cabras que balan en la montaña, los martillos que resuenan en el astillero, los cables que se desenrollan en los cabrestantes, el viento que sopla, el mar que sube. Todo ese ruido es una música, pues la alegría lo llena.

Si me asomo al balcón, veo a mis pies una estrecha terraza donde crece la hierba, una escalera negra que baja al mar y cuyos peldaños escala la marea, una vieja ancla hundida en el limo y un grupo de pescadores, hombres y mujeres, con el agua hasta las rodillas, que sacan sus redes del mar cantando.

Por último, si queréis que os lo diga todo, ahí, ante mis ojos, en la terraza y las escaleras, constelaciones de cangrejos ejecutan con una lentitud solemne todas las danzas misteriosas que Platón soñaba.

El cielo tiene todos los matices de azul desde el turquesa hasta el zafiro, y la bahía todos los matices del verde, desde el esmeralda hasta la crisoprasa.

Ninguna gracia le falta a esta bahía; cuando miro el horizonte que la cierra, es un lago; cuando veo la marea que sube, es el mar.

¿Qué decís de ello? Y a propósito —lo pienso y vos me lo recordáis en vuestra carta— en las tres semanas que hace que viajo, he sido infiel a mi manía de enviaros el paisaje de mi ventana. Subsano enseguida ese olvido. En Burdeos, mi ventana daba a un gran muro; en Bayona a una calle con árboles plantados; en San Sebastián a una vieja que se mataba las pulgas. Ya estáis satisfecho. Vuelvo enseguida a Pasajes.

La casa en donde habito es a la vez una de las más solemnes que miran a la calle y una de las más alegres que miran al golfo. Encima del tejado, veo en las rocas unas escaleras que suben a través de matas de verdor hasta la vieja iglesia blanca, que parece una novilla más agitando su badajo atado al cuello en la montaña. Pues, en las iglesias de Guipúzcoa, se ve al descubierto la campana colgada al borde del tejado de la iglesia bajo una especie de arcada que parece una collera.

La casa en donde estoy tiene dos pisos y dos entradas. Es curiosa y rara donde las haya, y lleva a su más alto grado el doble carácter tan original de las casas de Pasajes. Es lo monumental remendado con lo rústico. Es una chabola mezclada y unida a un palacio.

La primera entrada es una portalada con columnas de la época de Felipe II, esculpidas por los maravillosos artistas del Renacimiento, mutilada por el tiempo y los niños que juegan, carcomida por las lluvias, la luna y el viento de mar. Sabéis que la arenisca gastada se estropea muchísimo. Esta portalada es de un bello color gamuzado. El escudo está, pero los años han borrado el blasón.

Empujáis la puertecita que hay a la derecha de la portalada y encontráis una escalera de vigas y tablones negros como el carbón, groseramente cortados, apenas escuadrados. En lo alto de la escalera, cuyos escalones seculares presentan anchas brechas, una pesada puerta de fortaleza, en el centro de la cual se abre un estrecho tragaluz enrejado, rechina sobre sus goznes de hierro macizo y os introduce en la vivienda.

La antecámara es un corredor blanqueado con cal, tapizado de enormes telas de araña, pues no quiero ocultaros nada, iluminado por una ventana que da a la calle. Enfrente de esta ventana la escarpadura del monte levanta hasta perderse de vista su muro gigantesco.

El corredor, que desemboca en la escalera del segundo piso, tiene dos puertas; una, a la derecha, conduce a la cocina, a la que se sube por dos escalones de madera maciza; la otra, a la izquierda, se abre a una gran sala rodeada en los cuatro rincones de cuatro pequeñas habitaciones, la cual forma por sí sola, con sus cuatro gabinetes y la cocina, el primer piso de la casa. Dos de esos gabinetes son oscuros y no tienen otra abertura que su puerta de la sala. Duermen en ellos, no obstante. Las otras dos habitaciones están, como la sala, al mismo nivel que el balcón, con el que se comunican por unas ventanas vidrieras pintadas de verde, provistas de pequeños cristales con postigos. Cada habitación tiene una de esas ventanas. La sala grande tiene dos, entre las cuales se abre un bonito contramarco acristalado casi cuadrado.

Los interiores son blancos de lechada de cal, como la fachada que da al lago; los entarimados negros y podridos como la escalera parecen parqués. Una mesa redonda, algunos arcones, algunas sillas de paja, este es el mobiliario de la sala grande. Un blasón, poco heráldico además, está toscamente pintado encima de la puerta de en medio. No hay chimeneas. El clima prescinde de ellas. Los muros son de piedra y de un grosor de torreón.

Ocupo la habitación que da al balcón en el rincón de la sala a la izquierda. Los otros gabinetes son las celdas de los distintos habitantes de la casa, de los que luego os hablaré.

El segundo piso es parecido al primero. Un dormitorio ocupa el lugar de la cocina. El balcón del segundo piso cubre el balcón del primero y está a su vez protegido por el ancho borde del tejado alegrado por las encantadoras viguetas contorneadas y cinceladas. Los balcones están enladrillados con ladrillos rojos pintados de verde.

Pero parece que todo esto vaya a hundirse. Los muros tienen unas grietas que dejan ver el paisaje; los ladrillos del balcón de arriba dejan ver el balcón de abajo; los suelos de las habitaciones se doblan bajo los pies.

La escalera que conduce del primer piso al segundo es de lo más extraño.

Toda la escalera oscila de arriba abajo, dijo Régnier de ya no recuerdo qué casa. Esta escalera es a la vez oscilante y maciza. Son gruesos maderos, gruesos tablones, gruesos clavos, ajustados y unidos de un modo salvaje hace trescientos años, que tiemblan de decrepitud y tienen, sin embargo, algo de robusto y temible. Amenaza en la doble acepción del término. Ningún tragaluz, fuera de un rayo oblicuo de arriba. Los peldaños, arreglados groseramente con tablas colocadas de través y como tiradas al azar, parecen trampas de lobos. Es a la par ruinoso y formidable. Inmensas arañas van y vienen en ese enmarañamiento tenebroso. Una puerta de roble de cuatro pulgadas de grosor, provista de armazones sólidos, aunque corroídos por la herrumbre, cierra esta escalera y aísla si es preciso el segundo piso del primero. De nuevo la fortaleza en la chabola.

¿Qué decís de este conjunto? ¿Es eso triste? ¿Repulsivo? ¿Terrible? Pues no, es maravilloso.

En primer lugar, nada es más inesperado. Es ésta una casa como no se ve en ninguna parte. En el momento en que os creéis en una casucha, una escultura, un fresco, un adorno inútil y exquisito os advierte que estáis en un palacio; os extasiáis con este detalle que es un lujo y una gracia, el grito ronco de un cerrojo os hace pensar que habitáis una prisión; vais hacia la ventana, he aquí el balcón, he aquí el lago, estáis en un chalé de Zug o de Lucerna.

Y luego una luz resplandeciente penetra y llena esta singular morada; la distribución es alegre, cómoda y original; el aire salado del mar la sana; el puro sol de mediodía la seca, la calienta y la vivifica. Todo se vuelve alegre en esa alegre luz.

En cualquier otra parte el polvo es suciedad. Aquí el polvo no es más que vetustez. El polvo de ayer es odioso: la ceniza de hace tres siglos es venerable. ¿Qué os diré, por último?, en este país de pescadores y cazadores, la araña que caza y que tiende sus redes tiene derecho de ciudadanía, está en su casa. En pocas palabras, acepto esta casa tal como es.

Sólo que hago barrer mi habitación y que he despedido a las arañas que la

ocupaban antes que yo.

Lo que completa la fisonomía extraña de esta casa, es que no he visto en ella a ningún hombre. Cuatro mujeres y un niño viven en ella; la dueña de la casa, sus dos hijas, su sirvienta Iñacia, hermosa muchacha vasca de pies descalzos, y su nieto, un lindo chiquillo de dieciocho meses.

La hospedera, señora Basquetz, es una mujer excelente de mirada espiritual, afable, cordial y alegre, que es un poco francesa de origen, completamente francesa de corazón y que habla muy bien el francés. Sus dos hijas sólo hablan español y vasco.

La mayor es una joven enferma, dulce y pensativa. La pequeña se llama Pepa como todas las españolas. Tiene veinte años, el talle esbelto, la blusa suelta, la mano bien hecha, el pie pequeño, cosa rara en Guipúzcoa, los ojos negros y grandes, los cabellos magníficos. Se recoda por la noche en el balcón con una actitud triste y se vuelve si su madre la llama, con una vivacidad jovial. Está en esa edad en la que la despreocupación de la muchacha comienza a desaparecer, insensiblemente oculta bajo la melancolía de la mujer.

El niño, que se arrastra por las escaleras de un piso a otro, va y viene todo el día, ríe, llena la casa y la anima con su inocencia, su gracia y su ingenuidad. Un niño en una casa es un pozo de alegría.

Como duerme al lado de mi habitación, por la noche le oigo murmurar suavemente mientras las cuatro mujeres lo duermen con una canción.

Os dije que la casa tenía otra entrada. Es una escalera sin barandilla, formada por grandes piedras de sillería, que sube de la calle a la cocina y de allí va a unirse a otras escaleras de piedra que se adentran en la montaña entre el follaje.

La casa está colocada de través sobre la calle, como el castillo de Chenonceaux sobre el Cher, y la calle pasa por debajo por medio de una especie de arco de puente largo, estrecho, abovedado y oscuro que un farol ilumina de noche y donde arde en un nicho, al lado de un tragaluz cerrado con una reja del siglo quince, un cirio bendito, encomendado a los pobres marineros que pasan, por la inscripción siguiente:

VNA LIMOSNA PARA

ALVMBRAR AL ST.º CT.º

D. BVEN BIAJE.

ANO 1756.

Ahora conocéis la casa, conocéis a los habitantes, os he dicho dónde estaba mi habitación; pero no os he dicho qué era...

Imaginaos cuatro paredes blancas, dos sillas de paja, una jofaina sobre un trípode, un sombrero de niño adornado con plumas y abalorios colgando de un clavo, una repisa con algunos botes de pomada y tres volúmenes desparejados de Jean-Jacques Rousseau, una cama con un baldaquín antiguo de zaraza muy bella, con dos colchones duros como el mármol y una cabecera de madera bellísimamente pintada, un espejo inclinado con marco exquisito colgado en la pared y una puerta de sótano que no cierra. Así es mi habitación. Añadid la ventana vidriera de la que ya os he hablado y una mesa que está en el balcón. Desde mi cama, veo el mar y la montaña.

Veis que, a pesar de las predicciones siniestras de la gente civilizada de San Sebastián, he conseguido alojarme entre los patanes de Pasajes.

¿He conseguido vivir aquí? Juzgadlo.

Sobre mi mesa con tapete verde que no se mueve del balcón, la graciosa Pepa, que se despierta al alba, viene, hacia las diez, a colocar una servilleta blanca; luego me trae unas ostras arrancadas aquella misma mañana de las rocas de la bahía, dos costillas de cordero, una lubina frita, que es un pescado delicioso, huevos al plato azucarados, una crema de chocolate, peras y melocotones, una taza de muy buen café y un vaso de vino de Málaga. Además bebo sidra, pues no puedo acostumbrarme al vino de pellejo de chivo. Eso es mi almuerzo.

He aquí mi cena, que tiene lugar por la tarde hacia las siete, cuando vuelvo de mis recorridos por la bahía o por la costa. Una excelente sopa, el puchero con la manteca y los garbanzos sin el azafrán y los pimientos, unas rodajas de merluza fritas en aceite, un pollo asado, una ensalada de berros recogidos en el riachuelo del lavadero, guisantes con huevos duros, un pastel de maíz con leche y flor de azahar, nectarinas, fresas y un vaso de Málaga.

Mientras Pepita me sirve, yendo y viniendo a mi alrededor, todas esas cosas que excitan mi apetito de montañés, el sol se pone, la luna sale, un barco de pescadores sale de la bahía, todos los espectáculos del océano y de las montañas se despliegan ante mí maridados con todos los espectáculos del cielo. Hablo vasco y español con Pepita. Le cuento historias increíbles de brujos, inventadas y en las que parece que yo crea, y ella se ríe e intenta disuadirme, oigo cantar a lo lejos a las barqueras, y no me doy cuenta de que la porcelana es de loza y la plata de estaño.

Todo eso me cuesta cinco francos al día.

En San Sebastián, probablemente me creen muerto de hambre y devorado por los salvajes.

Además, nada fue más fácil que instalarme aquí. Pregunté a Manuela si conocía en Pasajes una casa donde pudiera alojarme unos días. Primero el

capricho sorprendió un poco a Manuela; pero yo insistí y me condujo adonde estoy. La digna señora Basquetz me acogió con una sonrisa; le pagué el precio que me pidió. Es muy fácil, como veis.

La bahía de Pasajes, resguardada por todas partes y de todos los vientos, podría constituir un puerto magnífico. Napoleón lo había pensado y, como era buen ingeniero, él mismo había esbozado un plano de los trabajos que había que hacer. La dársena tiene varias leguas de perímetro y la bocana que conduce al mar es tan estrecha que no puede pasar por ella más que un buque a la vez. Esta bocana, encerrada entre dos altas cimas de rocas, está ella misma dividida en tres pequeñas dársenas que separan unas angosturas fáciles de fortificar y de defender.

En el siglo dieciséis, la compañía de Caracas, unida luego a la de Filipinas, tenía su puerto franco y sus almacenes en Pasajes. Había hecho construir, para proteger la bahía, la hermosa torre que es hoy su ornato. Esta torre fue desmantelada hace unos años por los carlistas.

Los carlistas, sea dicho de paso, dejaron tristes huellas en Pasajes. Destruyeron y quemaron varias casas. La que yo habito sólo fue saqueada — ¡Gran ventura!, me decía mi anfitriona juntando las manos.

Los ingleses también ocuparon Pasajes en diversas épocas y aún hace muy poco.

Habían construido en los puntos elevados de la costa algunos fuertes, hoy destruidos. Aquéllos fueron quemados por los habitantes, y, si hay que decirlo todo, estos incendios fueron fogatas. En Guipúzcoa no quieren a los ingleses. El desembarco de lord Wellington con los portugueses en 1813 es para los vascos un recuerdo siniestro. Los corazones de estos montañeses tienen como estas montañas largos y profundos ecos y el bombardeo de San Sebastián todavía resuena en ellos.

Los ingleses no dejaron en Pasajes otros vestigios que las dos sílabas OLD. COLD. que formaban parte de algún rótulo de comerciante y que son todavía visibles, al lado del retrato de Felipe II, en la pared de la casa donde vivo.

Ahora el puerto de Pasajes casi está desierto. Sólo hay barcos de pescadores. Algunos armadores bayoneses construyen aquí, con nombres españoles que les prestan en Bilbao o en Santander, navíos destinados al comercio con España y que no gozarían de franquicias si no estuvieran contruidos en España. Pasajes sirve para eso.

Y he aquí por qué se instaló aquí, en 1812 creo, la gran cordelería que está en el astillero y que yo tanto había despreciado. Esta cordelería es un largo pasadizo y una bella cordelería. Acabé visitándola. Veis que me civilizo.

El puerto ya sólo está protegido militarmente por un pequeño castillo instalado en una roca a mitad de la cuesta, en la entrada de la segunda articulación de la garganta. Esta fortaleza está defendida por innumerables pulgas y también por algunos soldados.

Pasajes, además, se protegería casi solo. La naturaleza lo ha fortificado admirablemente. La entrada del puerto es temible. Cada año, algún buque se pierde en ella. El año pasado, un navío cargado de tablones por un valor de unos cincuenta mil francos, intentando refugiarse en él a causa de un temporal, fue cogido de través en el momento en que entraba en la segunda dársena del estrecho y fue lanzado por una ola contra las rocas a más de sesenta pies sobre el nivel del mar. No volvió a caer. Las aristas de la roca lo agarraron y se hundieron en él por todas partes. Una cruz de hierro que tiembla al viento marca hoy el lugar donde este gran navío quedó clavado.

¿Queréis saber ahora la vida que llevo aquí? Como yo no cierro la ventana y la puerta no se cierra tampoco, al amanecer el sol que brilla y el niño que parlotea me despiertan. No tengo el canto del gallo, pero tengo el canto de las barqueras, que viene a ser lo mismo. Si sube la marea, al levantarme, las veo desde mi balcón apresurándose hacia el fondo del golfo.

Siempre son dos en un barco, un poco por el peso del barco y mucho por los celos de los maridos y los amantes. Eso forma parejas y cada pareja tiene su nombre; la Catalana y su madre, María Juana y María Andrés, Pepa y Pepita, las compañeras y las evaristas. Las evaristas son muy guapas; los oficiales de la guarnición de San Sebastián hacen de buena gana que ellas los paseen, pero ellas son prudentes y pasean en efecto a los oficiales. Siempre llevan un ramillete en el sombrero de hule y cuando se inclinan sobre el remo, su corta falda de paño negro y grandes pliegues deja ver su pierna bien hecha y bien calzada. Son de las pocas que tienen medias, es la aristocracia de las barqueras.

Pepa y Pepita, las dos hermanas, son todavía más guapas que las evaristas.

No hay nada tan vivo y puro como esta bahía por la mañana. Oigo sonar detrás de mí las campanas de las tres iglesias; el sol acentúa las arrugas de la vieja torre. Cada barca deja su estela en el golfo y parece arrastrar tras de sí un gran abeto de plata con todas sus ramas.

Antes de almorzar doy un paseo por el pueblo, o la villa, como queráis, pues no sé qué nombre dar a este lugar aparte. Siempre descubro algo que no había visto el día antes. Son cobertizos hechos en las rocas que atraviesan la calle y se abren paso entre las casas; en estos cobertizos está la provisión de leña, cepas de árboles erizadas como castañas, trozos de barcos, armazones de navíos. Es una mujer que hila delante de la puerta; el hilo sale de su mano y sube hasta el tejado de la casa, de donde vuelve a caer, llevando en su extremo

el huso que cuelga ante la hilandera. Son unas persianas orientales con ventanas góticas, y caras frescas detrás de estas mallas apretadas de madera negra. Son bonitas niñas, descalzas y ya bronceadas por el clima, que danzan y cantan:

Gentil muchacha,

Toma a la derecha.

Hombre de nada,

Toma a la izquierda.

lo que traduciría fácilmente así, más según el espíritu que según la letra:

Filie adroite,

Prends la droite.

Homme gauche.

Prends la gauche.

En Pasajes, se trabaja, se danza y se canta. Algunos trabajan, muchos danzan y todos cantan.

Como en todos los lugares primitivos y rústicos, en Pasajes sólo hay muchachas y viejas, es decir flores y... a fe mía, buscad la otra palabra en Ronsard. La mujer propiamente dicha, esta rosa magnífica que se abre de los veinticinco a los cuarenta años, es un producto exquisito y raro de la civilización extremada, de la civilización elegante, y sólo existe en las ciudades. Para hacer a la mujer hace falta la cultura; hace falta, perdonad la expresión, esta jardinería a la que llamamos el espíritu de sociedad.

Donde no hay espíritu de sociedad, no tendréis a la mujer. Tendréis a Inés, tendréis a Gertrudis; pero no tendréis a Elmira.

En Pasajes siempre hay muchachas lavando y ropa secándose; las muchachas lavan en los arroyos, las ropas se secan en los balcones. Eso alegra el oído y la vista.

Estos balcones son las cosas más curiosas del mundo para mirar y estudiar. No podéis imaginaros todo lo que hay, además de las ropas secándose al aire libre, en un balcón de Pasajes.

La propia balaustrada, que casi siempre es antigua, es decir salomónica y cincelada, merece ya la pena de ser examinada. Después, en el techo del balcón —pues todo balcón tiene un techo que es el balcón superior o el reborde del tejado—, en este techo, digo, se balancean ropas, nasas, redes, rollos de cuerdas, esponjas, un periquito en una jaula de madera, macetones colgados llenos de claveles rojos bajo los que se enredan pinzas de cangrejo,

pequeños jardines colgantes que os hacen pensar en Semíramis. En la pared, entre las ventanas, cuelgan ramos de siemprevivas ligadas en forma de cruz, harapos, viejas chaquetas bordadas, banderas, trapos; después cosas fantásticas cuya utilidad uno no puede adivinar y que están allí como adorno: cuatro tablas atadas en cuadrado, un alambre en forma de aro, una pandereta rota. Algunos dibujos al carbón sobre la pared blanqueada, cubos de hierro brillante para sacar agua y una muchacha que se ríe recodada en la balaustrada completan el mobiliario del balcón.

En el viejo Pasajes, al otro lado de la bahía, vi una casa del siglo quince cuyo balcón, más lleno y atestado que un corral de Normandía, está enmarcado entre dos severos perfiles de caballeros esculpidos sobre grandes planchas de roble.

El día en que llegué, como para festejar mi bienvenida, un viejo refajo, compuesto por varios harapos de todos los colores cosidos juntos, flotaba como una bandera en uno de estos balcones. Este abigarramiento brillante se hinchaba al viento con un orgullo y un fasto inexpresables. Jamás había visto un abrigo de arlequín más magnífico.

A mediodía, el sol hace caer bajo todos los tejados y bajo todos los balcones anchas fajas de sombra horizontal que hacen destacar la blancura de las fachadas y que hacen que esta villa, si se la ve de lejos destacándose sobre el fondo verde y oscuro de las montañas, parezca vivir con una vida luminosa y extraordinaria.

La plaza sobre todo es resplandeciente. Pues hay una plaza en Pasajes que, como todas las plazas españolas, se llama Plaza de la Constitución. A pesar de este nombre parlamentario y tormentoso, la plaza de Pasajes resplandece y reluce con un numen admirable.

Esta plaza no es más que la prolongación de la calle, ensanchada y abierta al mar. Algunas de las altas casas que la rodean están encaramadas sobre arcadas colosales. La casa central lleva en su fachada el blasón coloreado de la villa. Todas las plantas bajas son tiendas.

Ciertos domingos, la villa se da el gusto de celebrar una lidia de toros y esta plaza le sirve de anfiteatro, lo que indican unos ensamblajes de viguetas clavados en el pavimento a lo largo del parapeto. Por otro lado, plaza de toros o plaza de la constitución, no hay nada, os lo repito, más alegre, más curioso y más divertido para la vista.

La vida superabundante que anima Pasajes se resume en esta plaza y alcanza en ella su paroxismo. Las barqueras están a un lado, los majos y los marineros al otro; algunos niños se arrastran, trepan, andan, se tambalean, gritan y juegan en todas las aceras; las fachadas pintadas despliegan todos los

colores del periquito, el amarillo más vivo, el verde más fresco, el rojo más bermejo. Las habitaciones y las tiendas son cavernas llenas de claroscuros mágicos donde se vislumbran entre los resplandores y los reflejos toda clase de muebles caprichosos, arcones como sólo se ven en España, espejos como sólo se ven en Pasajes.

Rostros agradables, honestos y cordiales se alegran en todas estas puertas.

Antes os hablaba del Viejo Pasajes, al que llaman también el otro Pasaje. En efecto, hay dos Pasajes, uno joven y el otro viejo. El joven tiene trescientos años. Es donde yo vivo.

La otra mañana, quise cruzar el mar y ver el viejo. Es una especie de Bacharach meridional.

Ahí, como en el Bacharach del Rin, «el extranjero es extraño», niños macilentos y viejas muy pálidas os miran con estupor.

Una me gritó cuando me detuve ante su casa: Hijo, dibuja eso. Viejas cosas, hermosas cosas. La vivienda, en efecto, era una magnífica casa en ruinas del siglo XIII, la más deteriorada y la más destrozada que pueda verse.

La calle del viejo Pasajes es una verdadera calle árabe; casas blanqueadas, macizas, desiguales, con apenas algunas aberturas. Si no fuera por los tejados, uno creería estar en Tetuán. Esta calle, en la que la hiedra va de un lado a otro, está pavimentada con losas, anchas escamas de piedra que hacen ondas como el dorso de una serpiente.

La iglesia estropea este conjunto. Es moderna y reconstruida el siglo pasado. Hice que me la abrieran por media peseta. Una inscripción sobre el órgano ofrece la fecha, que por lo demás está demasiado escrita en la arquitectura:

MANVEL_____MARTIN

CARRERA_____ME HIZO

ANO_____1774.

Esta iglesia es deslucida; el viejo Pasajes es triste. No hay nada menos armónico. El deslucimiento es la tristeza de lo que es pequeño. El viejo Pasajes tiene grandeza.

Veis, amigo mío, que mi paseo matinal no es ocioso. Hecho este paseo, vuelvo, almuerzo, y me voy por los caminos de las peñas. Doy la mañana a la villa y el día a la montaña.

Subo a la montaña por unas escaleras perpendiculares, de peldaños muy altos y muy estrechos sólidamente contruidos en la escarpadura y mezclados con la áspera vegetación de la roca. Cuando se está en lo alto de una escalera,

se encuentra otra. Se suman así una tras otra y van hacia el cielo, como esas horribles escaleras que vemos vacilar en las estructuras imposibles y misteriosas de Piraneso. Sin embargo, las escaleras de Piraneso se hunden en el infinito y las escaleras de Pasajes tienen un fin.

Cuando estoy en lo alto de estas escaleras, encuentro generalmente una cornisa, un camino de cabras, una especie de canal practicado por los torrentes y las lluvias y que hace un reborde en la montaña. Me voy por allí, arriesgándome a caer sobre los tejados del pueblo, a caer por una chimenea en una marmita y sumarme, como un ingrediente más, a alguna olla podrida.

Las cimas de las montañas son para nosotros especies de mundos desconocidos. Allí vegeta, florece y palpita una naturaleza refugiada que vive aparte. Allí se emparejan, en una especie de himeneo misterioso, lo arisco y lo maravilloso, lo salvaje y lo apacible. El hombre está lejos, la naturaleza está tranquila. Una especie de confianza, desconocida en los llanos en los que la bestia oye los pasos humanos, modifica y sosiega el instinto de los animales. Ya no es la naturaleza inquieta y apagada de los campos. La mariposa no huye; el saltamontes se deja coger; el lagarto, que es a las piedras lo que el pájaro a las hojas, sale de su agujero y os mira cuando pasáis. No hay más ruido que el viento, más movimiento que la hierba abajo y la nube arriba. En la montaña el alma se eleva, el corazón se sana; el pensamiento participa de esta paz profunda. Uno cree sentir muy cerca el ojo abierto de Jehovah.

Las montañas de Pasajes tienen para mí dos atractivos particulares. El primero es que dan al mar, que a cada momento hace de sus valles, golfos, y cimas, promontorios. El segundo es que son de arenisca.

La arenisca es bastante despreciada por los geólogos, que la clasifican, creo, entre los parásitos del reino mineral. Por lo que a mí se refiere, tengo en mucho a la arenisca.

Vos sabéis, amigo mío, que para los espíritus soñadores, todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, están unidas entre sí por una infinidad de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que el contemplador percibe, que hacen del gran todo una inextricable red, que vive una vida única, alimentado por una única savia, uno en la variedad y que son, por decirlo así, las propias raíces del ser. Así, para mí, existe una armonía entre el roble y el granito, que despiertan, uno en el orden vegetal, otro en la región mineral, las mismas ideas que el león y el águila entre los animales: poder, grandeza, fuerza y excelencia.

Existe otra armonía, todavía más oculta, pero igual de evidente para mí entre el olmo y la arenisca.

La arenisca es la piedra más divertida y la más extrañamente modelada que

existe. Es entre las rocas lo que el olmo es entre los árboles. No hay aspecto que no adopte, no hay capricho que no tenga, no hay sueño que no realice; tiene todas las caras, hace todas las muecas. Parece estar animada de un alma múltiple. Perdonadme esta palabra acerca de esto.

En el gran drama del paisaje, la arenisca desempeña el papel caprichoso; a veces grande y severo, otras gracioso; se inclina como un luchador, se acurruca como un payaso; es esponja, pudín, tienda de campaña, cabaña, tronco de árbol; aparece en un campo entre la hierba a ras de suelo en pequeños montículos leonados y vedijosos e imita un rebaño dormido de corderos; tiene rostros que ríen, ojos que miran, mandíbulas que parecen morder y pacer el helecho; agarra las malezas como un puño de gigante que sale de tierra bruscamente. La antigüedad, que gustaba de las alegorías completas, debería haber hecho de arenisca la estatua de Proteo.

Un llano salpicado de olmos jamás es aburrido, una montaña de arenisca siempre está llena de sorpresa y de interés. Siempre que la naturaleza muerta parece vivir, nos conmueve con una extraña emoción.

Es sobre todo por la tarde, a la hora inquietante del crepúsculo, cuando comienza a tomar forma esta parte de la creación que se hace fantasma. Oscura y misteriosa transfiguración.

¿Os habéis fijado, a la caída de la tarde, en nuestros grandes caminos de los alrededores de París, en los perfiles monstruosos y sobrenaturales de todos los olmos que el galope del carruaje hace aparecer sucesivamente ante uno? Unos bostezan, los otros se tuercen hacia el cielo y abren una boca que grita horriblemente. Hay algunos que se ríen con una risa feroz y repulsiva, propia de las tinieblas: el viento los agita; se echan hacia atrás con unas contorsiones de condenado, o se inclinan unos hacia los otros y se dicen bajito, en sus vastas orejas de follajes, palabras de las que al pasar oís, no sé qué sílabas extrañas. Los hay que tienen cejas desmesuradas, narices ridículas, tocados erizados, pelucas formidables; eso no quita nada a lo que tiene de temible y de lúgubre su realidad fantástica; son caricaturas, pero son espectros; algunos son grotescos, todos son terribles. El soñador cree ver colocarse al lado del camino en hileras amenazantes y deformes e inclinarse a su paso las larvas desconocidas y posibles de la noche.

Uno se siente tentado a preguntarse si no son esos los seres misteriosos que tienen como medio las tinieblas y que están hechos de oscuridad como el cocodrilo está hecho de piedra y como el colibrí lo está de aire y de sol.

Todos los pensadores son soñadores; el ensueño es el pensamiento en estado fluido y flotante. No hay ni un solo gran espíritu al que no hayan obsesionado, maravillado, aterrorizado, o al menos extrañado las visiones que salen de la naturaleza. Algunos han hablado de ellas y, por decirlo así, han

dejado en sus obras, para vivir en ellas para siempre con la vida inmortal de su estilo y de su pensamiento, las formas extraordinarias y fugitivas, las cosas sin nombre que habían vislumbrado «en la oscuridad de la noche». Visa sub Obscurum noctis. Cicerón las llama imagines, Casio spectra, Quintiliano figurae, Lucrecio effigies, Virgilio simulacra, Carlomagno masca. En Shakespeare, Hamlet habla de ellas a Horacio, Gassendi se preocupaba de ellas y Lagrange soñaba con ellas después de haber traducido a Lucrecio y meditado sobre Gassendi.

Pienso con vos en voz alta, amigo mío. Una idea me lleva a la otra. Me dejo ir. Vos sois bueno y simpático e indulgente. Estáis acostumbrado a mi marcha y me dejáis pensar con libertad. Heme aquí, sin embargo, bastante lejos de la arenisca, al menos aparentemente. Vuelvo a ella.

Los aspectos que presenta la arenisca, las copias singulares que hace de mil cosas tienen de particular que la claridad del día no las disipa y no hace que se desvanezcan. Aquí, en Pasajes, la montaña, esculpida y trabajada por las lluvias, el mar y el viento, está poblada por la arenisca de una infinidad de habitantes de piedra, mudos, inmóviles, eternos, casi pavorosos. Es un ermitaño con cogulla, sentado en la entrada de la bahía, en lo alto de una peña inaccesible, con los brazos extendidos, que, según esté el cielo azul o tormentoso, parece bendecir el mar o advertir a los marineros. Son los enanos con picos de pájaro, monstruos con forma humana y con dos caras una de las cuales ríe y la otra llora, muy cerca del cielo, en una meseta desierta, en las nubes, allí donde nada hace reír ni nada hace llorar. Son miembros de gigante, disjecti membra gigantis; aquí la rodilla, allí el torso o el omoplato, la cabeza más allá. Es un ídolo barrigudo, con hocico de buey con colleras al cuello y dos pares de gordos brazos cortos, detrás del cual se agitan grandes malezas como espantamoscas. Es un sapo gigantesco agachado en la cima de una alta colina, jaspeado por los líquenes con manchas amarillas y lívidas, que abre una boca horrible y parece soplar la tempestad sobre el océano.

ALREDEDOR DE PASAJES

Paseo por el bosque

Escrito mientras andaba

I

3 de agosto.— 3 de la tarde

Paseándome por la ensenada, he visto una especie de ruina en lo alto de una montaña. Esta ruina no tiene en modo alguno el perfil de una ruina

antigua. Es un derribo moderno y probablemente reciente. Los ingleses durante su estancia en Pasajes, los carlistas y los cristinos durante la última guerra, construyeron fuertes en las alturas; es sin duda uno de esos fuertes que después habrán echado a tierra. Voy a visitarlo.

Subo la montaña. Al parecer hay un sendero pero no lo conozco. Voy a la ventura a través de las retamas. La ascensión es larga, casi a pico, bastante dura. A mitad de la cuesta, me siento en las areniscas.

El horizonte se ha elevado, el mar aparece allí abajo. Los cascabeles de las cabras que pacen en el precipicio llegan hasta mí. Veo junto a mi pie un hermoso buprestro verde lleno de manchas de oro.

Reemprendo la escalada del monte. La cima se inclina y se redondea; se hace más fácil.

Llego a la ruina. Una chimenea de piedra, negra por el humo, se levanta sobre el muro.

Inmenso montón de sillares echados abajo. Foso lleno de escombros. Escalo las piedras. Están mezcladas con tejas y ladrillos rotos. Estoy sobre la meseta.

Camino para mover los cañones, enlosado, completamente nuevo y que se diría hecho ayer.

La hierba crece, no obstante, en los intersticios de las losas.

Entro en la primera casa en ruinas. — Habitación cuadrada de piedra. — Toscos muros anchos. — Tres troneras sobre la casa de pasaje. — En medio una enorme chimenea de piedra y ladrillo cuyo cañón veo, completamente destrozado, con un aspecto extraño. — Varios compartimentos de ladrillo, cúbicos y circulares; probablemente un horno para poner al rojo las balas de cañón. El interior no es más que un montón de escombros. Ningún ruido humano llega hasta aquí. Sólo se oye el viento y el mar. Comienza a llover. Las piedras ruedan bajo mis pies. Salgo con dificultad.

Segunda habitación cuadrada de unos diez pies en todos los sentidos: semejante a la primera. Tres troneras sobre el pueblo. Una viga en una cañonera, está podrida; cojo un trozo. Dos pequeñas habitaciones más sin ventana; una completamente ennegrecida por el humo. Hago el plano de ellas, apoyado en lo alto de la pared. Madera quemada mezclada con los restos. Las tres habitaciones ya no tienen techo; no quedan ni siquiera vestigios de él.

Entro en la segunda casa en ruinas. Una gran habitación, menos llena de escombros con una pequeña chimenea al fondo. Al lado, una habitación no tan grande, ambas cuadradas. Todo está arrancado, destruido, derrumbado. Insectos repulsivos huyen bajo las piedras que levanto con la punta de mi

bastón. La lluvia arrecia. La niebla cubre el mar y el campo. Voy a bajar.

Me decido a escalar el resto de la ruina. Montón de piedras que debió ser un tercer cuerpo del edificio. Detrás de este montón, un pequeño campo cultivado de doce pies cuadrados cubierto de trozos de madera quemada. El foso bordea el campo y rodea las tres ruinas. —Llueve a cántaros. Una especie de oscuridad se forma. La bruma va espesándose más y más. Todo desaparece a mi alrededor. No veo más que las ruinas, el camino enlosado y la planicie. — No podré reconocer el camino y me perderé en las escarpaduras. —¡A la buena de Dios!

Una magnífica mariposa ahuyentada por la lluvia, viene a refugiarse delante de mí, sobre una piedra. Me teme menos a mí que a la tormenta. Bajo al azar. Ha habido una escampada. La lluvia amaina, la luz vuelve. —Diviso la pequeña ensenada. —Está poblada de barquillas de pescadores de cuatro remos que van por el agua. Desde la altura en que me encuentro, la ensenada llena de barquecillas parece una charca llena de arañas de agua.

2

4 de agosto.— 2 y media de la tarde, en la montaña

Naturaleza asolada. —Viento violento. —Pequeña bahía estrechamente encerrada entre los cabos del pasaje. —El mar rompe con furia sobre un banco de rocas que cierra la bahía a medias y que la marea baja deja al descubierto. Allí, la alta mar es oscura y está agitada. Cielo plomizo. El sol y las tinieblas yerran sobre las olas.

A lo lejos, una barca de pesca de Fuenterrabía lucha, con sus dos velas al viento, por entrar en la bahía. Va rumbo al paso. Las olas la sacuden violentamente de delante para atrás: cada ola la eleva, luego la precipita a pico en el barranco líquido que se hincha y levanta la barca de nuevo. Hace poco, un cabrero me decía en la montaña: Iguraldia gaiztoa. —He aquí la barca; casi llega a los rompeolas que el mar cubre de espuma. Los mástiles se inclinan, las velas se estremecen. Pasa. Ha pasado. —Una cigarra canta en la hierba a mi lado.

3 de la tarde, en la cuesta del precipicio

Rocas descarnadas como cabezas de muerto. Brezos. Hincó mi bastón en la landa y escribo de pie. Flores por todas partes, y saltamontes de mil colores, y las más bellas mariposas del mundo. Oigo reír debajo de mí, en el abismo, a unas jóvenes a las que no veo.

Una de las rocas que hay ante mí tiene un perfil humano. Lo dibujo. La mejilla parece haber sido devorada, así como el ojo y la oreja, y se creería ver al descubierto el interior del pabellón de la trompa. Delante de esta roca y

encima de ella, otro bloque representa un dogo. Se diría que ladra a la alta mar.

5 de la tarde

Estoy en una punta de roca, en la extremidad de un cabo. He dado la vuelta alrededor de la roca escalando la escarpadura. Ponía las manos y los pies para trepar en esos agujeros extraños de los que la roca de esta ribera está acribillada y que parecen huellas de suelas enormes. He llegado así hasta una especie de repisa con respaldo que sobresale en el abismo. Me siento en ella: mis pies cuelgan en el vacío.

La mar, sólo la mar. —¡Magnífico y eterno espectáculo! Se vuelve blanca allí, abajo, sobre rocas negras. El horizonte está brumoso, aunque el sol me quema. Todavía mucho viento. —Una gaviota pasa majestuosamente por el abismo a cien toesas por debajo de mi vista.

El ruido es continuo y grave. De vez en cuando, se oyen súbitos estrépitos, especies de caídas bruscas y lejanas, como si algo se derrumbara; luego son rumores que se asemejan a una multitud de voces humanas; se creería oír hablar a una muchedumbre.

Una franja de plata, delgada y resplandeciente, serpentea hasta perderse de vista al pie de la costa. —Detrás de mí, una gran peña levantada representa un águila inmensa que se inclina sobre su nido, con sus dos garras colocadas sobre la montaña. Oscura y soberbia escultura del océano.

6 de la tarde

Heme aquí en la punta misma de una alta montaña, sobre la cima más elevada que he alcanzado durante el día. Ahí también me ha sido necesario escalar con las manos y las rodillas.

Descubro un inmenso horizonte. Todas las montañas hasta Roncesvalles. Todo el mar de Bilbao a la izquierda, todo el mar de Bayona a la derecha. Escribo esto apoyado sobre un bloque en forma de cresta de gallo que forma la arista extrema de la montaña. Sobre esta peña, se han grabado profundamente con el pico tres letras a la izquierda:

L. R. H.

y dos letras a la derecha:

V. H.

Alrededor de esta peña, hay una pequeña planicie triangular cubierta de landas secas y rodeada de una especie de foso muy áspero. Veo no obstante en una hendidura un bonito brezo rosa en flor. Lo cojo.

7 de la tarde

Otro castillo mucho más grande que el de ayer. Miles de insectos me importunan. Estoy en las murallas después de haber escalado el foso. Gran cuadrado de muros de piedra rematadas por un muro de tierra, todavía en pie aquí y allá, y que la hierba recubre. Cuatro pastores vascos, con boina y chaqueta roja, duermen a la sombra en el foso. Un gran perro blanco duerme en lo alto del muro.

Restos de habitaciones. En una de ellas, arranques de una chimenea todavía visibles. En medio del gran recinto, hay uno más pequeño, uno de cuyos rincones está quemado y negro de humo. Detrás de este pequeño recinto, una terraza a la que conduce una escalera de cuatro peldaños.

Uno de los pastores se ha despertado y se ha acercado a mí. Le he dicho con un semblante grave: Jaincoa berorrequin. Se aleja extrañado. —Ha ido a despertar a los demás; —los veo por los vanos que me miran con un aire singular. —¿Es un aire inquieto? ¿Es un aire amenazante? no lo sé; quizás las dos cosas. No tengo más arma que mi bastón. El perro también se ha despertado y gruñe.

Una maravillosa alfombra de hierba verde, tupida como un abrigo de piel, sembrada con un millón de margaritas o de manzanillas en flor, llena toda la ruina hasta los últimos rincones.

Voy a subir a la terraza.

Ya estoy en ella. Estoy sentado en lo alto del muro de ladrillos secos. Detrás de mí el mar, ante mí un circo de montañas. A mi izquierda, diviso a lo lejos sobre una cima que toca las nubes el fuerte derrumbado que visité ayer; a mi derecha, más lejos todavía, el fuerte Wellington y la antigua torre del faro más allá de San Sebastián. En una hondonada, el valle de Hernani.

Uno de los pastores acaba de acercarse a mí; le he mirado fijamente; ha huido gritando: —¡Ahuatlacouata! ¡ahuatlacouata! Voy a bajar.

Bajando

Espectáculo que me recuerda el que vi ayer. Un pequeño triángulo de agua engastado en un enorme círculo de montañas; en esta agua algunos pulgones. Este agua es la bahía; estos pulgones son los navíos.

5 de agosto, mediodía

Siguiendo todavía el camino a mitad de la cuesta, después de haber pasado el castillo, su garita y su centinela, encuentro el lavadero.

Este lavadero es la más maravillosa caverna que existe. Una roca enorme, que es una de las aristas vivas de la montaña y que se prolonga por encima de

mi cabeza, forma allí una especie de gruta natural. Esta gruta destila una fuente cuya agua cae abundantemente, aunque gota a gota, por todas las grietas de la bóveda. Se diría una lluvia de perlas. La entrada de la gruta está tapizada con una vegetación tan rica y tan tupida que es como un enorme porche de verdor. Todo este verdor está lleno de flores. Entre las ramas y las hojas, una larga brizna de hierba forma una especie de acueducto microscópico y sirve de conducto a un hilillo de agua que lo recorre en toda su longitud y cae por su extremo, redondeándose sobre el fondo oscuro de la gruta, como un hilillo de plata. Una capa de agua límpida rodeada por un parapeto llena toda la gruta. Las piedras sin cimentar dan salida al agua que se escapa entre los gujarros.

El sendero pasa a cierta distancia del parapeto, del cual está separado por un amplio y fresco césped de berros. Se ve el agua a través de las hojas y se oye la fuente murmurar bajo las hierbas. Si uno se vuelve, divisa la bahía de Pasajes y en el horizonte el mar abierto.

Tres mujeres con el agua hasta las rodillas hacen la colada en el lavadero. No puede decirse que la golpeen sino que la azotan. Su procedimiento consiste en azotar violentamente, con la ropa que tienen en la mano, la piedra del parapeto. Una es una vieja. Las otras dos son dos jóvenes. Se detienen un momento, me miran y luego vuelven a su tarea.

Después de unos momentos de silencio: —Señor, me dice la vieja en mal francés, ¿viene usted de la montaña? Le contesto en vasco mediocre: —Buy, bicho nequesa. Las dos muchachas se miran de soslayo y se ponen a reír.

Una es rubia, la otra morena. La rubia es la más joven y la más bonita. Sus cabellos recogidos en una sola cola por detrás, a Ja usanza del país, cogen en la coronilla un color rojizo, como esas trenzas de seda, que se han dejado expuestas al aire y cuyo color se ha pasado. Además, la joven lavandera está muy graciosa con su refajo rojo y su corsé azul, los dos colores favoritos de los vascos.

Me acerco a ella y entablo la conversación en español:

—¿Cómo os llamáis?

—María Juana, para servirle, caballero.

—¿Qué edad tenéis?

—Diecisiete años.

—¿Sois del país?

—Sí, señor.

—¿Hija de burgués?

—No señor, soy barquera.

—¡Barquera! ¿y no estáis en la mar?

—La marea está baja; y además, hay que hacer la colada.

Aquí la muchacha se anima y continúa ella sola:

—Yo estaba en la orilla el otro día, caballero, cuando usted llegó. Le vi. Primero había escogido usted a Pepa para que le pasara; pero, como estaba con el señor León, y el señor ya estaba embarcado y Manuela la catalana es su barquera, pasó con Manuela. ¡Esta pobre Pepa! Pero usted le dio una monedilla. —¿Te acuerdas, ha dicho volviéndose hacia su compañera, te acuerdas, María Andrés?, el caballero había escogido primero a Pepa.

—¿Y por qué la había escogido?

La muchacha me ha mirado con sus grandes ojos inocentes y ha respondido sin vacilar:

—Porque es la más guapa.

Luego se ha puesto de nuevo a golpear su colada. La vieja que había acabado su trabajo y se iba, ha dicho pasando cerca de mí:

—La muchacha tiene razón, señor.

Y diciendo esto, ha puesto su cesto en el suelo y se ha sentado al borde del sendero, fijando en las dos jóvenes y en mí sus ojitos grises, abiertos como una barrena en medio de las arrugas.

—¿Quiere usted que la ayude a ponerse de nuevo la cesta sobre la cabeza?

—¡Mil gracias, caballero! Nadie me ayudó ayer, nadie me ayudará mañana; vale más que nadie me ayude hoy.

—¿Cómo llaman a esta hierba en español? he preguntado señalando el berro con la punta de mi bastón.

—Berros, señor.

—¿Y en vasco?

Me ha contestado una palabra muy larga de la que no me acuerdo lo suficiente para escribirla.

Me he vuelto hacia las muchachas:

—María Juana, ¿cómo se llama vuestro querido?

—No tengo.

—¿Y María Andrés?

—María Andrés tiene uno.

La joven dice esto con decisión, sin vacilar, sin parecer sorprendida por la pregunta ni embarazada por la respuesta.

—¿Cómo se llama el querido de María Andrés?

—¡Oh! Es un pescador, un pobre mozo. Es muy celoso. Mire, está allí en la bahía; se le ve desde aquí en su barco.

Aquí la vieja ha proseguido:

—¡Y por suerte no os ve a vosotras! ¿Estaría contento si viera a María Andrés riendo y charlando con este señor? ¡Hablar con un francés! ¡Jesús! Más valdría parlotear con los cuatro demonios de levante y de poniente, del norte y del sur.

Ha pasado un soldado; he saludado a las jóvenes con la mano; me han devuelto el saludo con una sonrisa, y he proseguido mi camino.

4

6 de agosto.— 3 de la tarde

Oía un gallo joven cantar en la lejanía y he continuado caminando. He llegado aquí, por un camino muy duro tallado en la peña por las carretas de bueyes, hasta una hondonada extrañamente salvaje. Los peñascos que salen de los brezales sobre la pendiente escarpada de la montaña representan, todos, cabezas gigantescas; hay cabezas de muerto, perfiles egipcios, silenos barbudos que se ríen en la hierba, tristes caballeros de expresión severa. Todo está, hasta Odry, que se ríe burlonamente, bajo una peluca de malezas.

Por la fractura de las dos montañas, a la derecha, diviso un brazo de mar, tres pueblos, dos ruinas, una de las cuales es un convento, un valle admirable y una cadena de altas cimas cubiertas de nubes.

El pueblo de Lezo, que es el más cercano de los tres pueblos, tiene una bella iglesia gótica con una mole sencilla y solemne; se diría que es una fortaleza. El mismo Dios habita en ciudadelas en este país en el que la guerra no se apaga jamás en un confín del horizonte sin encenderse de nuevo en el otro.

5 y media de la tarde

Aquí el espectáculo es de una magnificencia formidable. El horizonte tiene dos trozos, mar y montaña. La costa se prolonga ante mí hasta perderse de vista. Tiene el ángulo y la forma de la inmensa escarpa de un inmenso baluarte que el brezo cubre de césped. Un precipicio que tiene el mismo ángulo forma la contraescarpa.

Por el lado de tierra, el mar asedia con furor y quiebra este baluarte, sobre cuya arista la naturaleza ha colocado un parapeto que se diría edificado con una escuadra. El baluarte se desploma aquí y allá en grandes hojas que caen en un sólo bloque en el océano. Imaginaos pizarras de ochenta pies de largo. Donde estoy, el embate es furioso, el estrago, terrible. Se ha abierto una brecha monstruosa.

Estoy sentado en la punta extrema de la peña voladiza que domina esta brecha. Un bosque de helechos llena la cima del hundimiento. Una infinidad de robles enanos, que el viento marino siega a la altura del césped, crecen a mi alrededor. Recojo una bonita hoja roja.

Imperceptibles barcos de pescadores nadan al fondo del precipicio a mis pies; las caballas, las lubinas y las sardinas brillan al sol en el fondo de las barcas, como montones de estrellas. Las nubes dan al mar reflejos de bronce.

7 de la tarde

El sol se pone. Bajo. Un niño canta en la montaña. Le veo pasar por el fondo de un camino encajonado, ahuyentando a seis vacas ante sí. Las almenas de la montaña recortan sus anchas sombras sobre un campo rojizo por donde pasan corderos.

El mar es de un verde glauco. Se hace más oscuro. El cielo se apaga.

LEZO

8 de la tarde

Hacía varios días que me había fijado en la montaña en un pueblo de aspecto extraño y severo. Este pueblo se llama, creo, Lezo. Está situado en el extremo del brazo de mar de Pasajes, en un lugar que la marea deja en seco al retirarse. Ayer, cuando el sol caía, cogí a media pendiente un camino de bueyes que conduce allí.

Este camino es a menudo muy duro, pavimentado a trozos con losas de arenisca y con losas de mármol, y cortado aquí y allá por una especie de escaleras abruptas que hacen las losas al desplomarse. Por lo demás, corre por la pendiente de dos montañas que los brezos violetas y las retamas amarillas cubren en este momento con una inmensa capa de flores.

Dejé a mi derecha una gran granja construida en piedra, de puerta ojival, después a mi izquierda una garganta muy salvaje, donde un torrente se abre paso del modo más furioso y más extraño a través de una ruina que fue una casa. Pasé este torrente por un puentecito de un arco, y subí la pendiente de la

montaña opuesta.

Unas mujeres cantaban; unos niños se bañaban en unos charcos de agua; unos obreros franceses venidos de Bayona, que construyen en este momento un edificio en la bahía, pasaban por una hondonada llevando entre siete un largo armazón. Oía la esquila de los bueyes y el estremecimiento de los árboles; el paisaje era de una alegría magnífica; el viento lo hacía vivir todo, el sol lo doraba todo.

Luego encontré una ruina a la derecha, una ruina a la izquierda, todavía otra, luego un grupo de tres o cuatro, detrás de un bosquecillo de manzanos, y bruscamente me encontré a unos pasos del pueblo.

Utilizo aquí indebidamente la palabra ruina; siempre debería emplear solamente la palabra escombros. Estas «ruinas» se componen por lo general de cuatro muros sin tejado, con algunas ventanas, la mayoría de ellas tapiadas por un tabique de ladrillos y convertidas en troneras, con señales de incendio por todas partes, y en su interior una vaca o dos cabras que pacen sosegadamente la hierba del pavimento y la hiedra del muro.

Estos escombros son obra de la última guerra.

Catando entraba en el pueblo, una mendiga solemne, al menos centenaria, se levantó en la esquina de un muro y me pidió limosna con un gesto de protección formidable. Di cinco céntimos a este siglo.

Entré en una calle lúgubre, bordeada de grandes casas negras, todas de piedra, algunas con balcones de hierro macizo de una labor antigua, otras con enormes blasones esculpidos en alto relieve en medio de la fachada.

Rostros lívidos, que parecían despertar súbitamente, aparecían en los umbrales a mi paso. Casi todas las ventanas tenían, en vez de cortinas, vastas telas de araña. Por estas ventanas, largas y estrechas, miraba dentro de las casas, y veía unos interiores de sepulcro.

En un momento, hubo una cara en cada ventana, pero una cara más vieja todavía que la ventana. Todas esas caras taciturnas, cadavéricas, como deslumbradas por una luz demasiado viva, se agitaban, se inclinaban, susurraban. Mi llegada había puesto a este hormiguero de espectros en movimiento. Me parecía estar en un pueblo de larvas y de lamias, y todas estas sombras miraban con cólera y terror a un ser viviente.

La calle en la que entré era tortuosa y estaba cortada, por decirlo así, en dos pisos. El lado derecho se adosaba a la montaña, el lado izquierdo se hundía en el valle.

Había muchas casas del siglo quince, con dos grandes puertas; en la clave de arco de la primera puerta había esculpido, del modo más delicado y más

elegante, el número de la casa mezclado con algún signo religioso, una cruz, una paloma, una rama de lis; en la clave de arco de la segunda estaban cincelados los atributos del oficio del habitante, una rueda para un carretero, una destal para un leñador. En este pueblo, todo tenía una oscura y singular grandeza. Un rótulo era un bajo relieve.

Era una miseria profunda pero no era una miseria vulgar. Era una miseria en casas de sillares; una miseria que tenía balcones de hierro labrado como el Louvre y escudos de armas en láminas de mármol como el Escorial. Un pueblo de hidalgos en harapos en estas cabañas de granito.

No veía ningún rostro joven, fuera de algunos niños harapientos que me seguían de lejos y que, cuando me volvía, retrocedían sin huir, como jóvenes lobos amedrentados.

Cada dos casas había una ruina, la mayoría de las veces cubierta de hiedra y obstruida con maleza, algunas veces antigua, reciente las más de las veces.

Pasando por encima de los lienzos de las paredes, llegué a una casa que parecía deshabitada. Toda la fachada que daba a lo que había sido la calle tenía ese aire lúgubre de una vivienda sin dueños, puertas cuidadosamente cerradas, con ventanas de postigos verdes de un enmaderamiento de tiempo de Luis XIII cerradas por todas partes. He trepado por una pequeña tapia para dar la vuelta a esta casa, y por el otro lado la he encontrado abierta, pero horriblemente abierta, abierta de arriba a abajo por el arrancamiento entero de una fachada cuyo muro yacía en el suelo de un trozo en un campo de maíz aplastado. Anduve sobre este muro como sobre un pavimento y entré en la casa.

¡Qué desolación! Vi de una ojeada los cuatro pisos despanzurrados. La escalera había sido quemada; la caja de la escalera no era más que un gran hueco al que daban todas las habitaciones. Las paredes, rojizas y repugnantes, mostraban por todas partes la señal de las llamas.

Sólo pude recorrer la planta baja, por faltar la escalera.

Esta casa era muy grande y muy alta; ya sólo era sostenida por algunos pilares y algunas vigas rebajadas por el fuego. Las veía colgar y temblar por encima de mi cabeza: de vez en cuando una piedra, un ladrillo, un cascote se desprendía y caía a mis pies, lo que producía un ruido de vida siniestra en esta casa muerta. En el tercer piso, un tablón medio quemado había quedado suspendido de un clavo; el viento lo agitaba y lo hacía chirriar tristemente. Volvía a ver en las habitaciones los postigos sólidamente cerrados con cerrojo. Había algunos jirones de papel en los muros. Una habitación estaba pintada de color rosa. En la cocina, en un lugar ahora inaccesible, me fijé, en el faldón blanco de la alta chimenea, en un pequeño navío dibujado con carbón por una mano de niño.

De una ruina secular se sale con el alma engrandecida y dilatada. De una ruina de ayer se sale con el corazón encogido. En la ruina antigua me imagino al propietario. El fantasma es menos triste.

Una iglesia alta, enorme, granítica, lúgubre domina este pueblo arisco.

De lejos no es una iglesia, es un bloque. Al acercarse, se distinguen algunos agujeros en el muro, y en el ábside tres o cuatro ojivas del siglo quince. Como, sin duda, se ha pensado que eso daba demasiada claridad a esta caja de piedra, se han tapiado las ojivas, y no se ha dejado más que un estrecho ojo de buey en el centro de cada una de ellas. La muralla es rojiza, áspera, roída por el líquen.

La fachada es un gran muro cortado en ángulo recto, sin ventana, sin vano, y que no ofrece a la vista más obertura que el pórtico, que es bajo y triste, con dos columnas gastadas y un frontón desnudo. Dos largos arranques de piedras negras señalan esta fachada con una cicatriz de arriba a abajo. A la derecha tiene una alta y estrecha torre, que apenas sobresale del remate del edificio.

Siete u ocho viejas horribles estaban en cuclillas de trecho en trecho alrededor de la iglesia. No sé si esta combinación era efecto del azar, pero cada una de estas viejas parecía acoplarse a una gárgola que estiraba el cuello por sobre su cabeza en el borde del tejado. A veces, las viejas levantaban sus ojos al cielo y parecían intercambiar tiernas miradas con las gárgolas.

Una de estas mendigas hurañas fijó sobre mí una mirada más fija y más feroz que las demás. Fui directamente hacia ella lo que pareció sorprenderla; luego le señalé la iglesia y le dije: Guilztu. Que significa en vasco: la llave. La gárgola viviente, amansada por esta palabra mágica y por media peseta que eché en su delantal, se levantó y me dijo: Bay, es decir: sí. Desapareció detrás de la iglesia.

Me quedé solo delante del porche. Todas las demás viejas se habían levantado y se habían agrupado en una esquina desde donde me miraban.

Un momento después, la que se había alejado volvió a aparecer llevando la llave. Abrió la puerta de la iglesia y entré. ¿Acaso era la hora, la noche que se avecinaba? ¿La disposición de mi espíritu o la propia emanación del edificio? Jamás había sentido una impresión más glacial que al penetrar en esta iglesia.

Era una alta nave, desnuda por dentro como lo estaba por fuera, oscura, fría, miserable y grande, apenas iluminada por los reflejos macilentos y terrosos de una luz crepuscular.

Al fondo, detrás del tabernáculo, sobre un estrado de piedra, se levantaba desde el suelo hasta la bóveda un inmenso dosel, cargado de estatuas y de bajos relieves, antaño dorado, ahora oxidado, escalonando sobre una superficie

de sesenta pies de alto, los formidables santos de la Inquisición mezclados a la arquitectura trágica y siniestra de Felipe II. Este altar, vislumbrado en esta oscuridad, tenía un no sé qué de despiadado y terrible.

La vieja había encendido un pábilo que centelleaba en una gran lámpara de hojalata troquelada, de buen gusto, colgada ante el altar. Este pábilo no quitaba nada a la oscuridad y añadía algo a lo horroroso.

El cura sube a este altar por una amplia grada enmarcada por una baranda de piedra maciza admirablemente trabajada con el gusto sombrío y elegante de Carlos V, que corresponde a lo que llamamos en Francia el estilo Francisco I, y a lo que se llama en Inglaterra, la arquitectura Tudor.

Subí esta escalera y desde allí miré la iglesia, que es verdaderamente majestuosa y fúnebre.

La vieja no sé dónde estaba, en algún rincón tenebroso.

La puerta había quedado entreabierta, y veía a lo lejos el campo ya cubierto por las tinieblas, el cielo oscurecido, el brazo de mar, vasto arenal en seco en aquel momento; en primer plano, una ruina que era una cabaña; en segundo plano, una ruina que era una casa de alcalde; al fondo una ruina que era un convento. La cabaña en ruinas, la casa en ruinas, el convento en ruinas, ese cielo del que se va la luz, esa playa de la que el mar se retira, ¿no era acaso un símbolo completo? Me parecía que, desde el fondo de esta misteriosa iglesia, veía, no un campo cualquiera, sino el rostro de España.

En aquel momento un ruido singular llegó hasta mí. Escuché no pudiendo dar crédito a lo que oía, y escuché más. Cosa sorprendente y que anuncia cuán profunda es ya la revolución que se produce en este país: la pandilla de niños que me habían seguido de lejos habían visto la iglesia abierta; se habían instalado en el porche y cantaban a voz en grito, y con escarnio y grandes carcajadas, la misa y las vísperas, parodiando al cura en el altar y los chantres en el coro.

¿Os lo diré, amigo? En aquel momento, sentí en el alma una piedad infinita por estos pobres niños a quienes va a faltar la religión antes de que se les haya dado la civilización.

Y después, de los niños, mi piedad se ha dirigido a esta pobre vieja nave del Santo Oficio, obligada a sufrir esta afrenta en silencio. ¡Qué castigo! ¡Qué reacción! ¡Unos niños se burlan de lo que durante tanto tiempo ha hecho temblar a los hombres! ¡Oh! Si las piedras tienen entrañas, si el alma de las instituciones se comunica a los edificios que construyen, ¡qué sombría e inexpresable cólera debía de remover en aquel momento hasta sus cimientos estos austeros y formidables muros! ¡Y pensar que esto ocurría cerca de la cuna de San Ignacio, a dos leguas del valle de Loyola! A medida que los niños

iban cantando, la nave se hacía más oscura, y esta oscuridad que se hacía en la iglesia parecía ser la imagen de la oscuridad que se hacía en su fe.

¡Triste iglesia de Santo Domingo, habías creído vencer a Satanás, y eres vencida por Voltaire!

¡He aquí pues, que todo es ruina en España! La casa, morada del hombre, es arrasada en los campos; la religión, morada del alma, es arrasada en los corazones.

Oscurecía cuando salí de la iglesia. Todas las ventanas y todas las puertas estaban cerradas en el pueblo. Ni una luz, ni un habitante. Se hubiera dicho que esos sepulcros se habían vuelto a cerrar y que esos espectros se habían dormido de nuevo.

Sin embargo, en una plaza, distinguí un resplandor. Me dirigí allí. Unos postigos estaban entornados en una planta baja y vi en una habitación baja a una vieja en cuclillas, inmóvil, apoyada en un muro recientemente blanqueado. Sobre su cabeza ardía una lámpara sujeta a un clavo, la vieja lámpara española que tiene la forma de una lámpara sepulcral. Creí ver soñar a lady Macbeth.

La reverberación de esta lámpara me permitió leer sobre la puerta de la casa de enfrente esta inscripción:

POSADA

LHABIT.

Me lo esperaba todo, excepto encontrar allí una posada.

La luna salía por detrás de los montes Jaitzquivel cuando yo salí del pueblo. Me fue fácil volver a encontrar mi camino. Sin embargo, en la disposición de ánimo en la que me había dejado aquella visita a este lugar extraño, me costaba trabajo reconocer aquellos campos que me habían maravillado unas horas antes. Este paisaje, tan alegre al sol, se había vuelto lúgubre bajo la luna. La soledad de la noche llenaba el horizonte.

Me acercaba a Pasajes. Algunos caminantes comenzaban a aparecer en el camino.

Tenía la mirada fija en la ruina de un castillo que se dibujaba a lo lejos al claro de luna sobre la cresta de una montaña bastante alta, al fondo de un valle estrecho, salvaje y desierto.

Lo que me preocupaba era una luz que acababa de aparecer en esta ruina, en el extremo del aguilón. Esta luz tenía algo de inexplicable y de singular. En primer lugar, a causa del lugar en el que brillaba, después a causa del modo como brillaba. Funcionaba como un faro, encendiéndose, luego apagándose,

luego volviéndose a encender y lanzando de repente el destello de una gran estrella. ¿Qué era aquel fuego y qué significaba?

Cuando llegué a la garganta en la que está el puente, una mendiga que en general está en la entrada de la cordelería y a la que doy limosna casi cada mañana, atravesaba la calle para subir a su choza a mitad de la cuesta. Al verme, se volvió, hizo la señal de la cruz y me mostró la luz, diciendo: Los demonios. Pasé al otro lado.

Un poco más lejos, en la entrada del enlosado empinadísimo que baja a Pasajes, un hombre, un pescador, estaba de pie sobre un bloque de mármol rojo y, como la vieja, miraba la luz. ¿Qué es eso?, le dije acercándome. El hombre no abandonó la luz con la mirada y me respondió: Contrabandistas.

Cuando subía la escalera, mi hospedera, la excelente señora Basquetz, se acercó a mí:

—¡Ah! señor, ¡qué tarde viene! ¿No ha cenado? ¿Y de dónde viene así?

—De Lezo.

—¡Ah! ¿Ha ido a Lezo?

—Sí, señora.

Repitió un momento después, con aire pensativo:

—¿De Lezo?

—Pues sí, repliqué. Y usted, ¿no ha estado nunca? —No, señor.

—Y, ¿por qué?

—Porque, en el país, jamás vamos a Lezo.

—¿Y por qué no van nunca?

—No lo sé.

PAMPLONA

11 de agosto

Estoy en Pamplona y no sabría decir lo que siento. Jamás había visto esta ciudad y me parece que reconozco cada calle, cada casa, cada puerta. Toda la España que vi en mi infancia se me aparece aquí como el día en que oí pasar la primera carreta de bueyes. Treinta años se borran de mi vida; vuelvo a ser el niño, el francesito, el niño, el chiquito francés, como me llamaban. Todo un mundo que dormitaba en mí se despierta, revive y hormiguea en mi memoria.

Creía que estaba casi borrado; helo aquí más resplandeciente que nunca.

Esto es realmente la verdadera España. Veo plazas porticadas, pavimentos con mosaicos de guijarros, casas pintadas con perifollos que me hacen latir el corazón. Me parece que era ayer. Sí, entré ayer por esta gran puerta cochera que da a una escalerita; el otro domingo, yendo de paseo con mis jóvenes compañeros del colegio de los nobles, compré unas rosquillas sazonadas con pimienta en esta tienda de cuyo frontón penden pellejos de chivo para el vino; jugué a la pelota en este alto muro, detrás de una vieja iglesia. Todo eso es para mí cierto, real, claro, palpable.

Hay bajos de muros coloreados de mármol extravagante que me roban el corazón. He pasado dos horas deliciosas mano a mano con un viejo postigo verde de tablillas que se abre en dos partes de modo que se tiene una ventana si se abre la mitad y un balcón si se abre completamente. Este postigo estaba desde hacía treinta años, sin que me lo figurara, en un rincón de mi pensamiento. Dije: ¡Anda! ¡Aquí está mi viejo postigo!

¡Qué misterio el pasado! ¡Y cuán verdad es que nos damos a nosotros mismos a los objetos que nos rodean! Los creemos inanimados y, no obstante, viven; viven con la vida misteriosa que nosotros les hemos dado. En cada fase de nuestra vida nos despojamos de nuestro ser entero y lo olvidamos en un rincón del mundo. Todo este conjunto de cosas inefables que hemos sido nosotros mismos queda allí en la oscuridad, no siendo más que uno con los objetos que hemos impregnado sin saberlo. Un día, por fin, por casualidad, volvemos a ver estos objetos; surgen ante nosotros bruscamente y helos aquí que, en el acto, con el todopoder de la realidad, nos restituyen nuestro pasado. Es como una luz súbita; nos reconocen, hacen que les reconozcamos, nos vuelven a traer, completo y deslumbrante, el poso de nuestros recuerdos, y nos devuelven un maravilloso fantasma de nosotros mismos, el niño que jugaba, el joven que amaba.

Ayer, pues, me fui de San Sebastián.

Las montañas producen dos tipos de caminos: los que culebream a todo lo largo por el suelo como las víboras y los que serpentean ondulándose como las boas. Pasadme por alto estas dos comparaciones que hacen sensible mi pensamiento. La carretera de San Sebastián a Tolosa es de la última clase; la de Tolosa a Pamplona es de la primera. Es decir que la carretera de San Sebastián a Tolosa sube y baja sobre la cima de las colinas y la carretera de Tolosa a Pamplona sigue las sinuosidades de los valles. Una es encantadora, la otra es salvaje.

Al abandonar San Sebastián eché un último vistazo a la península, al mar que se tornaba blanco de un modo soberbio sobre la arena, al monte Urgull, y a los tres conventos que fueron quemados a las puertas de la ciudad, uno por

los cristinos, dos por los carlistas.

Hernani no tiene monumentos —una iglesia cualquiera cuyo pórtico estilo Pompadour es, no obstante, bastante rico, un ayuntamiento insignificante—; pero Hernani tiene un paisaje admirable y una calle que vale una catedral. La calle mayor de Hernani, toda bordeada de blasones en relieve, de balcones-joya, de portaladas señoriales, cerrada por un viejo portillo en ruinas que lleva en este momento, en vez de almenas, matas de capuchinas en flor, es un libro magnífico en el que se puede leer página tras página, casa tras casa, la arquitectura de cuatro siglos.

He lamentado al atravesar la ciudad que nada indicara al transeúnte la casa donde nació Juan de Urbietta, aquel capitán español que tuvo el honor, en la jornada de Pavía, de hacer prisionero a Francisco I. Urbietta realizó el hecho como hidalgo y Francisco I lo sufrió como rey. España debe a Urbietta una placa de mármol en la calle mayor de Hernani.

Además, estas montañas están llenas de nombres ilustres. Motrico es la patria de Churruca que murió en Trafalgar. Juan Sebastián Elcano, que dio la vuelta al mundo en 1519 (observad la fecha), y Alonso de Ercilla, que hizo un poema épico, nacieron, uno en Guetaria y el otro en Bermeo. El valle de Loyola vio nacer en 1491 a Ignacio, que de paje se convirtió en santo, y el puente de Locedo vio desembarcar, llegando de Alemania para ir a San Justo, a Carlos V, que de emperador se convirtió en monje.

Tolosa, que es la antigua Iturisa, tiene más gracia que Hernani y más vida y más riqueza, pero menos grandeza y solemnidad.

A pesar de la lluvia fina que caía desde la mañana, he visto toda la ciudad. Algunas casas viejas, una de ellas construida bajo el reinado de Alfonso el Sabio, el rey astrónomo; una iglesia bastante bella, de la que se ha hecho un granero para forraje; los dos bonitos ríos, el Oria y el Araxa, esto es todo lo que he tenido como premio.

Hay en la fachada de un primer piso en la calle mayor una inscripción sobre mármol negro que comienza por Sic visum superis y que se acaba por el emperador le... caballero. Había comenzado a copiarla, pero esta acción inaudita ha producido en unos minutos tal aglomeración a mi alrededor que he renunciado a la inscripción. En este momento en que los ayuntamientos tiemblan como hojas, he temido producir por descuido una revolución en Tolosa.

Hernani, por donde había pasado siendo niño y cuyo recuerdo había conservado, tiene mucho más que Tolosa la fisionomía española. Las catorce diligencias que parten todos los días de Tolosa se llevan cada mañana algo de las viejas costumbres, de las viejas ideas, de los viejos hábitos, es decir, de lo

que constituye la vieja España.

Además en Tolosa se trabaja. Hay una fábrica de sombreros de Urbietta, una manufactura de papel, muchas tenerías, muchas fábricas de clavos, de herraduras de caballos, de ollas de hierro batido, rejas de balcones de hierro pulido, sables y fusiles; toda la montaña está llena de herrerías. Ahora bien, si algo puede deformar España, es el trabajo.

España es esencialmente el pueblo hidalgo que, durante tres siglos, se ha dejado alimentar, sin hacer nada, por las Indias y las Américas. De ahí las calles blasonadas. En España se esperaba el galeón como en Francia se vota el presupuesto. Tolosa, con su actividad, su industria, sus molinos, sus torrentes, sus enramadas, sus yunques y sus ruidos, se parece a una bonita ciudad francesa. Parece que debe de importunar con su murmullo a Castilla la Vieja, su vecina, y que ésta más de una vez ha debido estar tentada de volverse, medio adormecida como está, para decirle: ¡Cállate de una vez!

En el momento en que bajaba a Tolosa, en la puerta de la fonda, una nube de sirvientas con refajo corto y piernas descubiertas, solícitas, cordiales y algunas guapas, me ha rodeado y se ha adueñado de mi equipaje. Todas trataban de decirme algunas palabras en francés.

Esta mañana, a las tres, mucho antes del amanecer, como veis, me he instalado en el cupé de la diligencia de la Coronilla de Aragón y he salido de Tolosa.

Hemos cruzado la calle y el puente y hemos abordado la carretera principal con noche cerrada, al galope furioso de ocho mulas hostigadas, excitadas, fustigadas, espoleadas, aguijoneadas, exasperadas por tres hombres.

Uno de estos hombres era un niño, pero él solo valía por los otros dos.

No parecía tener más de ocho o nueve años. Ese feroz chaval, al que antes de partir yo había vislumbrado bajo la linterna de la caballeriza, con su sombrero a lo Enrique II, su blusa de bufón y sus polainas de cuero, tenía un perfil árabe, ojos almendrados, y el porte más gracioso del mundo. Tan pronto estuvo a caballo, se transfiguró; me pareció ver un gnomo que se habría convertido en postillón. Era casi imperceptible en su inmenso mulo, parecía atornillado sobre su silla, blandía con su bracito un látigo monstruoso cada golpe del cual hacía saltar el tiro y precipitaba en las tinieblas, con la cabeza baja y a cuerpo descubierto, todo este carruaje sonoro, traqueteante, que saltaba y rodaba por los puentes y las calzadas con el ruido de un terremoto. Era la mosca de la diligencia, ¡pero qué mosca!

Figuraos a un demonio arrastrando al trueno.

El mayoral, sentado a la derecha en el asiento, grave como un obispo,

sacudía como un espectro un látigo gigantesco cuya punta llegaba a la octava mula, en el extremo del tiro, y cuyo pinchazo parecía fuego. De vez en cuando gritaba: ¡Anda niño! Y el pequeño postillón se inclinaba furioso sobre su mula y todo saltaba como si el carruaje fuera a echarse a volar.

A la izquierda del mayoral había un gran pícaro de unos veinte años casi tan fantástico como el postillón. Era el zagal. Este extraño buen mozo, ceñido con una cuerda, calzado con un pingo, vestido con unos andrajos y tocado con una boina, ponía en peligro su vida veinte veces cada hora. A cada minuto se precipitaba a tierra, saltaba de un brinco al frente del carruaje, insultaba a las mulas, las llamaba por sus nombres con gritos espantosos: ¡La Capitana! ¡La Gallarda! ¡La Generala! ¡Leona! ¡La Carabinera! ¡La Colegiala! ¡La Carcaña!, azotaba, picaba, pellizcaba, mordía, golpeaba con el puño y con el pie, llevaba a galope tendido a la diligencia, a la que parecía ya no poder seguir y que le adelantaba con la rapidez del rayo, y, en el momento en el que se le creía un cuarto de legua atrás, en el momento más rápido de la carrera, un hombre que parecía lanzado por una bomba caía de repente sobre el asiento al lado del mayoral. Era el zagal que se volvía a sentar.

Y que se volvía a sentar con la mayor tranquilidad del mundo, sin estar agitado, ni jadeante, sin una gota de sudor sobre la frente. Un avaro que acaba de dar un ochavo a un pobre está, seguro, más sofocado. Quien no ha visto correr a un zagal navarro en la carretera de Tolosa a Pamplona no sabe todo lo que contiene este famoso proverbio: correr como un vasco.

Tenía la cabeza pesada por esta especie de sueño en el que el cansancio de una mala noche, el aire fresco de la mañana y la marcha del carruaje sumen al viajante. Conocéis esta somnolencia a la vez vaga y transparente en la que el espíritu flota medio ahogado, en el que las realidades que se perciben confusamente tiemblan, crecen, se tambalean, se borran y se convierten en sueños aun siendo todavía realidades. Una diligencia se convierte en un torbellino y sigue siendo una diligencia. Las bocas de la gente que parte suenan como trompas; en la posta, la linterna del postillón resplandece como Sirio; la sombra que proyecta sobre el paisaje parece una inmensa araña que agarra el carruaje y lo sacude entre sus antenas. Es a través de este ensueño de aumento como se me aparecen mis ocho mulas y mis tres postillones.

Pero, ¿no hay a veces razón en las alucinaciones, verdad en los sueños?; y los estados extraños del alma, ¿no están llenos de revelaciones?

Pues bien, ¿os lo diré yo? En esta situación en la que tantos filósofos han tratado en vano de estudiarse a sí mismos, dudas singulares, cuestiones extrañas y nuevas se presentaban a mi pensamiento. Me preguntaba; ¿Qué puede ocurrir y qué ocurre en estas pobres mulas, que en la especie de sonambulismo en el que viven, vagamente iluminadas por los resplandores

vacilantes del instinto, ensordecidas por cien cascabeles en sus oídos, casi encegadas por los guardaojos, encerradas por los arreos, espantadas por el ruido de las cadenas, de las ruedas y de las calles que las siguen sin cesar, sienten ensañarse sobre ellas en esta sombra y este tumulto a tres satanes a los que no conocen pero que sienten, a los que no ven pero a los que oyen? ¿Qué significa para ellas este sueño, esta visión, esta realidad? ¿Es un castigo? Pero ellas no han cometido ningún crimen. ¿Qué piensan del hombre?

Amigo mío, el alba comenzaba a despuntar; un pedazo de firmamento se volvía blanco con esta blancura siniestra que siempre tiene el primer resplandor de la mañana; todo aquello que vive con una vida clara y precisa dormía todavía en los nidos perdidos bajo las hojas y en las cabañas ocultas en los bosques; pero a mí me parecía que la naturaleza no dormía. Los árboles vislumbrados en la oscuridad como fantasmas se desprendían poco a poco de la bruma en las gargantas profundas de Tolosa y aparecían sobre nosotros al borde del cielo como si estiraran la cabeza sobre las cimas de las colinas; las hierbas se agitaban a la orilla del camino; en las rocas, zarzales negros y confusos se torcían como con desespero; no oía ningún ruido, ninguna voz, ninguna queja; pero ¡os lo digo! me parecía que la naturaleza no dormía. Me parecía que se despertaba poco a poco a nuestro alrededor y que, en estos árboles, en estas hierbas, en estas malezas, era ella, la madre común, la que se inclinaba en un dolor inefable y una inexpresable piedad, desde el borde del camino y desde lo alto de las montañas, para ver pasar y sufrir en esta carrera llena de tinieblas a estas pobres mulas espantadas, estos animales abandonados y miserables que son sus hijos como nosotros, y que viven más cerca de ella que de nosotros.

¡Oh amigo mío! Si la naturaleza, en efecto, nos mira en ciertos momentos, si ve las acciones brutales que cometemos sin necesidad y como por placer, si sufre por las cosas malas que hacen los hombres, ¡cuán melancólica es su actitud y cuán terrible es su silencio!

Nadie ha sondeado estas cuestiones. La filosofía se ha ocupado poco del hombre fuera del hombre, y no ha examinado más que superficialmente y casi con una sonrisa de desdén las relaciones del hombre con las cosas y con la bestia, que a sus ojos no es más que una cosa. Pero, ¿no hay aquí abismos para el pensador?

¿Debe uno creerse insensato porque tiene en el corazón el sentimiento de la piedad universal? ¿No existen ciertas leyes de equidad misteriosa que se desprenden del conjunto de las cosas y que hieren las formas de comportarse, de hecho ininteligentes e inútiles, del hombre con los animales? Sin duda la supremacía del hombre sobre las cosas no puede negarse; pero la supremacía de Dios está antes que la del hombre. Ahora bien, ¿creéis, por ejemplo, que el hombre ha podido, sin violar ninguna intención secreta y paternal del creador,

hacer del buey, del asno y del caballo los esclavos de la creación? ¡Que los utilice está bien, pero que no los haga sufrir! Que los haga morir incluso si hace falta, es por necesidad y tiene derecho pero, al menos, e insisto en ello, que no les haga sufrir inútilmente.

En cuanto a mí, pienso que la piedad es una ley como la justicia, que la bondad es un deber como la probidad. Lo que es débil tiene derecho a la bondad y a la piedad de lo que es fuerte. El animal es débil puesto que no es inteligente. Seamos para con él, pues, buenos y piadosos.

Existe en las relaciones del hombre con las bestias, con las flores, con los objetos de la creación, toda una gran moral todavía apenas vislumbrada, pero que acabará abriéndose paso y que será el corolario y el complemento de la moral humana. Admito las excepciones y las restricciones que son innumerables; pero es cierto que para mí, el día que Jesús dijo: «No hagáis al prójimo lo que no quisiérais para vosotros», en su pensamiento el prójimo era inmenso; el prójimo superaba al hombre y abarcaba el universo.

El objeto principal para el que el hombre fue creado, su gran fin, su gran función, es el de amar. Dios quiere que el hombre ame. El hombre que no ama está por debajo del hombre que no piensa. En otros términos, el egoísta es inferior al imbécil, el malvado está más abajo en la escala humana que el idiota.

Cada cosa en la naturaleza da al hombre el fruto que lleva, el beneficio que produce. Todos los objetos sirven al hombre, según las leyes que les son propias, el sol da su luz, el fuego su calor, el animal su instinto, la flor su perfume. Es su modo de amar al hombre. Siguen su ley y no se resisten a ella y jamás la esquivan; el hombre debe obedecer la suya. Es necesario que dé a la humanidad y que devuelva a la naturaleza lo que es su luz propia, su calor, su instinto y su perfume; el amor.

Sin duda, era el primer deber —y es por ahí por donde se debió comenzar, y los diversos legisladores del espíritu humano tuvieron razón en ignorar cualquier otra cosa—, había que civilizar al hombre por el lado del hombre. La tarea está ya avanzada y progresa cada día. Pero también hay que civilizar al hombre desde el punto de vista de la naturaleza. Ahí todo está por hacer.

He aquí mi ensueño. Tomadlo por lo que es; pero digáis lo que digáis, os declaro que viene de un sentimiento profundo que tengo en mí. Ahora, pensemos en ello pero no hablemos más de ello. Hay que echar el grano y dejar que haga su trabajo.

12 de agosto

¿Qué podría decirles? Estoy maravillado. Es un país admirable, y muy curioso, y muy divertido. Mientras vos tenéis lluvia en París, aquí yo tengo el

sol, y el cielo azul, y justo las nubes que hacen falta para producir magníficos vapores sobre las montañas.

Todo aquí es caprichoso, contradictorio y singular; es una mezcla de costumbres primitivas y costumbres degeneradas; ingenuidad y corrupción; nobleza y bastardía; la vida pastoril y la guerra civil; pordioseros que tienen aire de héroes, héroes que tienen pinta de pordioseros; una antigua civilización que acaba de pudrirse en medio de una joven naturaleza y de una nación nueva; es viejo y nace, es rancio y es fresco. Es inexpresable. Sobre todo es divertido.

País único en el que lo incompatible se une a cada momento, en cualquier rincón del campo, en cualquier esquina de la calle. Las camareras de las pensiones se enderezan como duquesas para recibir diez céntimos. Mirad a esa chica de pueblo que pasa; es maravillosamente bonita, peinada a las mil maravillas, coqueta y engalanada como una madona; bajad la mirada, lleva una horrible falda harapienta de la que salen unos espantosos pies grandes, descalzos y sucios, la madona acaba en arriero. El vino es execrable, huele a pellejo de chivo: el aceite es abominable, huele a no sé qué; el rótulo de todas las tiendas os ofrece vino y aceite. Las grandes carreteras tienen aceras, los mendigos llevan joyas, las cabañas tienen escudos de armas y los habitantes no llevan zapatos. Todos los soldados tocan la guitarra en todos los puestos de guardia. Los curas saltan a la imperial, fuman puros, miran las piernas de las mujeres, comen como leones y están delgados como clavos: Los caminos están llenos de bribones pintorescos.

¡Oh España decrepita! ¡Oh país completamente nuevo! ¡Gran historia, gran pasado, gran porvenir! ¡Presente repulsivo y vil! ¡Oh miserias! ¡Oh maravillas! Nos repele, nos atrae. Os lo vuelvo a decir, es inexpresable.

Por la noche, los volvemos a ver a estos bribones, en la cima de las colinas, con una carabina a la espalda, recortando sus siluetas sobre el cielo.

La garganta que lleva de Tolosa a Pamplona sería célebre si se viera. Pero es uno de aquellos caminos que nadie coge. Un viaje en zigzag por España sería un viaje de descubrimientos. Hay siete u ocho carreteras grandes; todo el mundo las sigue. Nadie conoce los lugares intermedios.

Por otro lado, Europa está amenazada por algo semejante. El abandono de las regiones intermedias es uno de los resultados probables y temibles de los ferrocarriles. La civilización seguramente encontrará el medio pero tendrá que buscar.

Hay una clase de gente, de espíritus, si queréis, a quienes el entusiasmo fatiga o supera, y que salen del paso, ante todas las bellezas del arte o de la creación, con esta frase hecha: Siempre es lo mismo. Para estos despreciadores

profundos, ¿qué es el mar? Un acantilado o una duna y una gran línea azul o verde muy desagradable. ¿Qué es el Rin? Agua, una roca y una ruina; luego más agua, otra roca y otra ruina; y así sucesivamente desde Mayenza a Colonia. ¿Qué es una catedral? Una aguja, ojivas, vidrieras y unos arbotantes. ¿Qué es un bosque? Árboles y más árboles. ¿Qué es una garganta? Un torrente entre dos montañas. «¡Siempre es lo mismo!»

Valientes imbéciles que no se dan cuenta del papel inmenso que desempeñan en este mundo el detalle y el matiz. En la naturaleza, es la vida; en el arte, es el estilo. Soberbios necios desdeñosos que no saben que el aire, el sol, el cielo gris o sereno, la ráfaga de viento, el accidente de luz, el reflejo, la estación y la fantasía del paisaje son mundos. El mismo motivo ofrecen la bahía de Constantinopla, la bahía de Nápoles y la bahía de Río de Janeiro. El mismo esqueleto ofrecen Venus y la Virgen. Toda la creación, en efecto, este espectáculo múltiple, variado, deslumbrante y melancólico, que todos los pensadores estudian desde Platón, que todos los poetas contemplan desde Homero, puede reducirse a dos cosas: a azul y verde. Sí, pero Dios es el pintor. Con este verde hizo la tierra; con este azul hizo el cielo.

La garganta de Tolosa es pues una garganta como todas las demás, «siempre lo mismo», un torrente entre dos montañas; pero este torrente lanza un grito tan horrible, las montañas tienen alturas tan altivas que al penetrar en ellas el hombre se siente débil y pequeño. Un bosque se mezcla con las rocas, hay grandes capas de roca viva que descienden de las más altas cumbres todas llenas de grandes robles casi inexplicables. Uno ve el árbol, ve la roca y uno se pregunta dónde está la raíz y de qué vive.

Como en todo lo terrible que hace la naturaleza, hay rincones maravillosos, prados de hierba, riachuelos separados del torrente que murmuran a su lado con este suave gorjeo que deben de tener los aguiluchos en el nido del águila, hierbas llenas de flores y perfumes, mil lugares de descanso agradables para la vista y para el pensamiento. Sólo el hombre sigue triste. Los campesinos que pasan tienen un aspecto soñador; no hay pueblos; aquí y allá altas casas de piedra con tres o cuatro ventanitas que todavía han encontrado demasiado grandes, pues han tapiado la mitad.

En este país, estoy obligado a repetirlo, la ventana ya no es una ventana; es una tronera. La casa ya no es una casa; es una fortaleza. A cada paso, un derribo. Es que todas las guerras civiles de Navarra desde hace cuatro siglos han pasado por este barranco mezcladas con este torrente. Es que esta agua blanca de espuma ha estado muchas veces roja de sangre. He aquí, quizás, por qué el torrente ruge tan tristemente. He aquí, seguro, por qué el hombre sueña.

Una alta montaña, una gran ascensión, en estilo de viajero, una mala pendiente, en lenguaje de postillón, corta en dos esta garganta. La carretera,

muy bella por otro lado, se tuerce y se repliega en la ladera del precipicio con unas curvas tremendas. Habíamos sumado dos bueyes a nuestras ocho mulas, y la diligencia, remolcada por este inmenso tiro, ascendía al paso. A mitad de la ascensión, un gran mojón de piedra os advierte que estáis a seis leguas de Pamplona, seis leguas de Pamplona. Las montañas forman alrededor del precipicio admirables apilamientos. Segadores pequeños como hormigas siegan el trigo en el abismo.

Me había apeado del carruaje y, andando al son de las cadenas de los bueyes y de las mulas, he recogido un ramo de flores silvestres. He encontrado a un mendigo, le ha dado un real. Luego, en la cima de la montaña he encontrado una cascadita, he echado en ella mi ramillete. También hay que dar limosna a las náyades.

Allí, he vuelto a subir a la imperial y se ha desenganchado a los bueyes. En este momento las seis mulas de delante, al sentirse libres han partido al galope. El mayoral, el postillón y el zagal han corrido tras las mulas, jurando y dejando allí el carruaje. La diligencia todavía estaba en un plano muy inclinado. Las dos mulas de tronco que habían quedado solas para aguantarla no han tenido la fuerza para ello y el carruaje se ha puesto a rodar lentamente hacia el precipicio. Los viajeros, muy espantados, llamaban a los conductores que no los oían. La rueda de atrás no estaba ya más que a unas pulgadas de la vertiente cuando el mendigo, pobre viejo encorvado y casi paralítico, se ha acercado y ha empujado una piedra con el pie. Eso ha bastado. La piedra ha trabado la rueda y el carruaje se ha detenido.

Había un cura a mi lado en el asiento. Se ha persignado y me ha dicho: — Dios acaba de salvar a veinte personas. Yo he contestado: —Con una piedra y un viejo.

Los conductores han vuelto a traer las mulas que ya estaban lejos.

Una hora más tarde, llegábamos a dos promontorios enormes, que son las últimas torres que tiene la montaña por ese lado, en la llanura de Pamplona.

Pamplona es una ciudad que da más de lo que promete. De lejos, uno mueve la cabeza, no aparece ningún perfil monumental; cuando se está en la ciudad, la impresión cambia. En las calles, algo provoca nuestro interés a cada paso; en los muros, nos maravillamos.

La situación es admirable. La naturaleza ha hecho una llanura redonda como un circo y la ha rodeado de montañas; en el centro de esta llanura, el hombre ha construido una ciudad. Es Pamplona.

Villa vascona según algunos con el nombre antiguo de Pompelon; villa romana según otros con Pompeyo por fundador. Pamplona es hoy la ciudad navarra de la que la casa de Evreux hizo una villa gótica, de la que la casa de

Austria hizo una villa castellana y de la que el sol hace casi una villa de Oriente.

A su alrededor las montañas están peladas, la llanura seca. Un bonito río, el Arga, nutre en ésta a algunos álamos. Las suaves ondulaciones que van de la llanura a las montañas están cubiertas de fábricas de Poussin. No sólo es una gran llanura, es un gran paisaje.

Vista de cerca, la ciudad tiene el mismo carácter. Las calles con casas negras alegradas con pinturas, balcones y cortinas flotantes son a la vez risueñas y severas.

Una magnífica torre cuadrada de ladrillos, de la más simple y noble línea, domina el paseo con árboles plantados. Es el siglo XIII modificado por el gusto árabe, como lo está en Alemania y Lombardía por el gusto bizantino. Un pórtico de estilo Felipe IV decora ricamente la parte inferior de esta torre que sin él quizás estaría un poco desnuda. Este pórtico, que no tiene nada de chillón ni de excesivo, está añadido allí felizmente. Es casi rococó, y es todavía del Renacimiento.

Por lo demás, el rococó español es un rococó retrasado, como todo lo que produce España; toma del siglo XVI y conserva en el diecisiete y hasta en el dieciocho la pequeñez de las columnas y la articulación complicada de los frontones, una gran gracia del estilo Enrique III. Estas formas del Renacimiento, mezcladas con las achicorias y los grutescos, dan al rococó castellano una indefinible originalidad formada de nobleza y capricho.

Esta magnífica torre es un campanario. La vieja iglesia junto a la que estaba ha desaparecido. ¿Quién la ha destruido? ¿No habrá sido incendiada en uno de los numerosos sitios que Pamplona ha mantenido?

Me decía esto, y una esquina del campanario, en la que una grieta profunda parece haber sido abierta por las bombas, confirmaba mi conjetura. No obstante, he empujado una puerta al pie de la torre y he entrado en una horrible iglesia de buen gusto, del estilo más apagado y más pobre, del tipo de la Madeleine y del cuerpo de guardia del bulevar del Temple. Eso me ha dejado perplejo. ¿No sería para construir esta banalidad decorada con triglifos y arquivoltas que se destruyó la vieja iglesia semirománica y semimorisca del siglo XIII?

La «buena escuela», desgraciadamente, ha penetrado hasta en España y esta proeza sería digna de ella. Ha desfigurado más las viejas ciudades que todos los sitios y todos los incendios. Más desearía una lluvia de bombas sobre un monumento que un arquitecto de la buena escuela. ¡Por el amor de Dios! Bombardead los antiguos edificios, no los restauréis. La bomba sólo es brutal, los albañiles clásicos son tontos. Nuestras venerables catedrales desafían con

orgullo los obuses, las granadas, las balas enramadas y los cohetes; temblaban hasta sus cimientos delante del Sr. Fontaine. Al menos los cohetes, las balas, las granadas y los obuses no esculpen capiteles corintios, no tallan acanaladuras y no hacen surgir alrededor de un arco de medio punto románico óvolos tallados de nuevo. Saint-Denis acaba de ser restaurado y ya no es Saint-Denis; el Partenón ha sido bombardeado y continúa siendo el Partenón.

Las casas, casi todas construidas con ladrillos amarillos, los tejados obtusos de tejas huecas, el polvo que hay en el aire, las llanuras rojizas y las montañas quemadas que constituyen el horizonte, dan a Pamplona un extraño aspecto terroso que a primera vista entristece la mirada; pero, como os decía, en la villa todo lo alegra. Este gusto fantástico por el ornamento, propio de los pueblos meridionales, se toma la revancha en las fachadas de todas las casas. El abigarramiento de las colgaduras, la alegría de los frescos, los grupos de mujeres jóvenes medio asomadas a la calle y charlando por signos de un balcón a otro, los escaparates variados y curiosos de las tiendas, el rumor feliz y el trato continuo en las encrucijadas tienen algo de vivo y radiante.

A cada momento se revela este gusto a la vez salvaje y elegante propio de las naciones semicivilizadas. Es un pozo trivial cuyo brocal de piedra apenas tallada sostiene seis columnitas de mármol blanco rematadas por una cúpula que sirve de pedestal a la estatua de un santo; es una muñeca representando a una madona rodeada de pinturas, cargada de perifollos, oropeles, lentejuelas, instalada bajo un palio de damasco rojo en la esquina de un paseo cubierto de arcadas blancas pintadas con cal.

Este gusto, impreso en la decoración y el mobiliario de las iglesias, proyecta sobre ellas gracia y luz. En Pamplona, al ser la decoración exterior de los monumentos muy austera, la arquitectura interior evita sobre todo el ser aburrida. Respecto a mí, se lo agradezco; y a mi juicio, el mayor mérito del arte grotesco, lo que debe hacer que se le perdonen todos los vicios, es el esfuerzo continuo que hace para gustar y divertir.

Dejando aparte la catedral, de la que luego os hablaré, las iglesias de Pamplona, aunque casi todas viejas, han conservado pocas huellas de su origen gótico. No obstante, he observado en una de ellas, en medio de un alto muro, encima de la puerta, un bajo relieve del siglo catorce que representa a un caballero que parte a la cruzada. El hombre y su caballo desaparecen bajo su gualdrapa de guerra. El caballero, orgulloso con su morrión y con la cruz sobre el escudo, hostiga al caballo, que se apresura y va hacia adelante. Detrás del barón, sobre la colina, se ve su castillo de torres almenadas, cuyo rastrillo todavía está levantado, cuya puerta todavía está abierta, del que acaba de salir y al que jamás regresará, quizás. Encima del torreón hay una gran nube que se entreabre y deja asomar una mano, mano todopoderosa y fatal, cuyo dedo extendido indica al caballero el camino y el fin. El caballero da la espalda a

esta mano y no la ve, pero se adivina que la siente. Ella lo empuja, ella lo sostiene. Esto está lleno de misterio y grandeza. He creído ver revivir, ruda y soberbiamente tallado en el granito, el bello romance castellano que comienza así:

Por las riberas de Arlanza
Bernardo el Carpió cabalga,
en un caballo morcillo
enjaezado de grana;
la lanza terciada lleva
y en el arzón una adarga.

Todas las iglesias tienen un altar dedicado a San Saturnino, que fue el primer apóstol de Pamplona, y otro altar dedicado a San Fermín, que fue su primer obispo. Pamplona es la ciudad cristiana más vieja de España y se envanece de ello si es que esto puede tenerse por vanidad.

Esos dos nombres, Fermín y Saturnino, no sólo están en todas las iglesias sino que también están en todas las tiendas. En cada esquina se lee: SATURNINO, ROPERO — FERMIN, SASTRE.

Hay en no sé qué calle un portal de un palacete que me ha chocado. Figuraos una ancha arquivolta alrededor de la que se arrastran, trepan, se tuercen, como una vegetación de piedra, todos los tulipanes extraños y todos los lotos extravagantes que el rococó mezcla con las conchas y con las volutas; ahora haced salir de esos lotos y esos tulipanes, en vez de sirenas sin escamas y náyades completamente desnudas, timbaleros con tricornios y alabarderos bigotudos vestidos como los soldados de infantería del caballero de Folard; añadid a esto grutescos y guirnaldas en medio de las cuales cargan sus piezas los cañoneros, y arabescos que llevan con delicadeza en el extremo de sus zarcillos tambores, bayonetas y granadas que explotan; poned sobre este conjunto del estilo algo redondo y pesado, pero bastante ágil, de tiempos de Carlos II, y tendréis una idea del pequeño poema militar y pastoral cincelado en esa puerta. Es una égloga ornada con balas de cañón.

El primer objeto que se busca con la mirada cuando se ve una ciudad en el horizonte, por primera vez, es la catedral. Al llegar a Pamplona había visto de lejos, hacia el extremo oriental de la villa, dos abominables campanarios de tiempos de Carlos III, época que corresponde a nuestro peor Luis XV. Esos dos campanarios que pretenden ser agujas, son iguales. Si queréis imaginaros una de estas agujas, figuraos cuatro gruesos tirabuzones sosteniendo una especie de jarrón panzudo y turgente, que está rematado por una de esas vasijas clásicas, vulgarmente llamadas urnas, que parecen haber nacido del

maridaje de un ánfora y un botijo. Todo esto de piedra. Estaba encolerizado, ya lo creo.

—¡Cómo!, decía, he aquí lo que han hecho con esta catedral casi románica de Pamplona que ha visto construir la ciudadela de Felipe II, que ha visto un arcabuz francés herir a Ignacio de Loyola, y que Carlos d'Evreux, rey de Navarra, había encontrado tan bella que quiso poner en ella su tumba.

Tenía la tentación de no ir. No obstante, habiendo llegado a Pamplona y viendo el aspecto lamentable de los dos campanarios al final de la calle, tuve un escrúpulo y me dirigí al pórtico.

Visto de cerca es todavía peor. Las dos excrecencias talladas en tronchos de coles y decoradas con las agujas que acabo de esbozaros están sostenidas por una columnata con la que no puedo comparar nada excepto la columnata de Saint-Denis del Santo Sacramento de nuestra calle San Luis de París. Y estas torpezas se dan en las escuelas como arte griego y romano. ¡Oh amigo mío, qué feo es lo feo cuando tiene la pretensión de ser bello!

He retrocedido ante esta arquitectura e iba a dejar en ese punto la iglesia cuando volviéndome a la izquierda he visto detrás de la fachada los altos muros negros, las ojivas de ventanajes flamígeros, los pináculos delicados, los contrafuertes robustos de la venerable catedral de Pamplona. He reconocido la iglesia que había soñado.

Está allí, como si sufriera no sé qué castigo, escondida, oscura, triste, humillada, detrás del odioso pórtico con la que el «buen gusto» la ha vestido. ¡Qué careta esa fachada! ¡Qué orejas de burro esos dos campanarios!

Reconciliado y satisfecho, he entrado en el edificio por un pórtico lateral que es del siglo quince, simple, poco ornamentado, pero elegante. Las puertas están llenas de clavos y flores de lis, y la aldaba de hierro, formada por dragones que se muerden, tiene una bella forma bizantina.

El interior de la iglesia me ha encantado. Es gótico con magníficas vidrieras.

Antes os hablaba de una entrada de palacete que es un hermoso poemita. La catedral de Pamplona también es un poema, pero un poema grande y bello, y, puesto que he sido llevado a esta asimilación que nace con tanta naturalidad entre las cosas de la arquitectura y las cosas de la poesía, permitidme añadir que este poema tiene cuatro cantos, que yo titularía: el altar mayor, el coro, el claustro y la sacristía.

En el momento en que entraba en la catedral, eran algo más de las cinco de la mañana. Acababan de abrir y todavía estaba desierta y oscura. Los primeros rayos del sol naciente atravesaban horizontalmente las vidrieras de la alta nave

y lanzaban de una ojiva a otra grandes vigas de oro que se recortaban claramente sobre el fondo oscuro y resplandecían en la tenebrosa iglesia. Un cura viejo muy encorvado decía la primera misa en el altar mayor.

El altar mayor apenas iluminado por algunos cirios encendidos, medio rodeado por una muralla flotante de tapicerías y de colgaduras que se sujetaban a los pilares del ábside e interceptaban la luz, parecía, en esta bruma que lo envolvía, un montón de pedrerías. Alrededor se levantaban toda clase de muebles deslumbrantes que sólo se ven en las iglesias españolas, credencias, bargueños, arcones y aparadores de estípites con cajoncitos. Al fondo, detrás de los manojos de lis, encima del altar mayor, y en medio de una especie de aureola que quizás sólo era de madera dorada pero a la que la hora y el lugar daban una majestad extraña, entre las paredes resplandecientes de un armario de oro abierto de par en par, resplandecía una madona con vestido de plata, con la corona imperial en la cabeza y el Niño Jesús en sus brazos. Vislumbraba esto a través de una maravillosa reja de hierro de la época de Juana la Loca, labrada por los cinceladores prodigiosos del siglo quince, cargada de Llores, arabescos y figuras. Esta reja, de una altura de más de veinte pies y a la que se sube por algunos peldaños, cierra el santuario por el único lado por el que la mirada puede penetrar.

Nada más sobrecogedor, a esta hora sagrada y sublime de la mañana, que este hombre de pelo blanco, solo en medio de esta gran iglesia, vestido con ropajes espléndidos, hablando en voz baja, hojeando un libro mientras hacía una cosa misteriosa en este lugar magnífico, oscuro, silencioso y oculto. Esta misa se decía para Dios, para la inmensidad y para la anciana que la oía acurrucada detrás de un pilar a unos pasos de mí.

Todo eso era grande. Esta vieja iglesia, este viejo cura y esta vieja mujer parecían ser una especie de trinidad y no ser más que uno.

Los dos sexos y el edificio: eran un símbolo al que nada faltaba. El viejo cura había sido fuerte y se había quebrantado, la mujer había sido bella y se había marchitado, el edificio había estado completo y estaba mutilado. El hombre envejecido en su carne y en su obra adorando a Dios en presencia de aquel sol deslumbrante al que nada entibia, al que nada apaga, al que nada arruga, al que nada altera, decid, ¿no encontráis que era grandioso?

Estaba conmovido hasta el fondo de mi corazón. Ningún pensamiento discordante salía de este melancólico contraste; sentía, por el contrario, que una inexpresable unidad se desprendía de ello. Ciertamente, no hay más que un misterio muy insondable y muy profundo que pueda unir así en una íntima y religiosa armonía la decrepitud incurable de la criatura y la eterna juventud de la creación.

Acabada la misa, me he girado y he visto el coro, que en las iglesias del

norte de España está frente al altar.

El coro de la catedral de Pamplona, alta y oscura obra de carpintería del siglo dieciséis, se compone de dos filas de sillas que ocupan los tres lados de un cuadro largo, cuyo cuarto lado está cerrado por una reja de hierro, magnífica cerrajería de la misma época. Detrás de cada silla está esculpido, en medio, en el roble, uno de los santos de la liturgia. Toda la madera está labrada por el cincel ágil y espiritual del Renacimiento. En medio del lado pequeño del cuadrado que está frente a la reja y, por consiguiente frente al altar, se levanta el trono del obispo rematado por un precioso pináculo calado. El actual obispo de Pamplona, que vivía poco de acuerdo con Espartero, está en este momento en Francia, en Pau, creo, donde se refugió hace dos años.

Estaba cansado de andar toda la mañana y me he sentado en este trono vacante. ¡Un trono! ¿no encontráis este lugar de reposo singularmente elegido? Sin embargo, lo he hecho. El libro de coro del obispo estaba ante mí sobre su atril. Lo he abierto. Estaba roto en casi cada página.

La reja del coro en la que revolotean ángeles y se retuercen serpientes como en un follaje mágico, está enfrente de la reja del altar mayor. El arte del siglo quince y el arte del siglo dieciséis están presentes, ambos con sus caracteres más marcados y más opuestos; uno es más delicado, el otro es más abundante; no se sabe cuál es más maravilloso.

En el centro del coro, otra reja de hierro que se asemeja a una gran jaula recubre y protege, dejándolo ver, el cenotafio de Carlos III de Evreux, rey de Navarra.

Es una adorable tumba del siglo quince, que sería digna de estar en Brujas con las tumbas de María de Flandes y de Carlos el Temerario, en Dijon con las tumbas de los duques de Borgoña, o en Brou con las tumbas de los duques de Savoya. El motivo nunca varía ¡pero es tan simple y tan bello! El rey con su león, la reina con su lebre, yacen uno al lado de otro, con la corona en la cabeza, en este lecho de mármol, conmovedora tumba conyugal, alrededor de la cual dan vueltas, bajo pequeñas arquitecturas del más exquisito trabajo, una procesión de figuritas afligidas. Una parte de la tumba está odiosamente mutilada. Casi todas las estatuas están partidas por la mitad.

Siete u ocho misales enormes, de ese formato infortiat, que ha dado a Boileau una rima tan bella y un verso tan maravilloso, encuadrados en pergamino y adornados con cantoneras de cobre, están colocados alrededor del cenotafio y puestos en el suelo como escudos de soldados descansando. Están alzados contra la reja del sepulcro. Parece que el azar haya tenido una idea al llevar los libros de la iglesia a la tumba.

Una ancha caja de órgano, del gusto del siglo pasado, muy rica y muy

dorada, domina todo el coro y no lo estropea. Encima se lee un versículo que, por otro lado, está inscrito sobre casi todos los órganos en España: Laudate Deum in chordis et organo. Más abajo está la fecha: AÑO 1742.

Las capillas que rodean el altar mayor y el coro están adornadas, casi podría decirse atestadas, de estos inmensos doseles esculpidos y dorados que siempre han gustado a este viejo país católico. La moda es excesiva. He visto en una capilla uno de estos doseles que era del siglo quince y en un lado otro del siglo trece. En medio de este retablo, colgaba de tres clavos un gran Cristo bizantino completamente negro, con la barba rizada y las costillas prominentes, vestido con un amplio refajo de puntillas blancas.

¿Dónde diablos va a meterse la puntilla?

Pendones colocados en la pared, madonas en nichos de damasco rojo y tumbas esculpidas en el muro a diversas alturas completan el mobiliario de la iglesia.

Al salir del coro, no sé qué efecto de claroscuro me ha atraído a la derecha hacia la puerta lateral que estaba enfrente de aquélla por la que había entrado, y de pronto me he encontrado en uno de los más bellos claustros que he visto en mi vida.

Es un vasto cuadrilátero, rodeado de grandes ojivas cuyos cruceros dibujan ricos y robustos ventanajes del siglo catorce. Algunas de estas ojivas llevan las señales de una restauración reciente, e inteligente, me apresuro a decirlo. Encima de la galería ojival, una segunda galería más baja, con vigas esculpidas, sostiene el tejado de tejas huecas que rebasan aquí y allá unos pináculos de piedra negra de forma exquisita. El patio del claustro es un jardín, muy bien cuidado, donde bojes podados trazan todos estos encantadores arabescos de los jardines del siglo diecisiete.

Todo es bello en este claustro, la dimensión y la proporción, la forma y el color, el conjunto y el detalle, la sombra y la luz. Ora es un viejo fresco que anima y da vida al muro, ora es un sepulcro de mármol gastado por los años, ora una puerta de roble arreglada y remendada de tal modo que mezcla sorprendentemente la labor de carpintería de todas las épocas.

Mientras pasaba, el viento hacía vacilar en las rejas de hierro del jardín viejas flores de lis navarras medio arrancadas, al lado de las cuales se abrían con todo su perfume y con todo su esplendor las eternas flores de lis de Dios.

El piso sobre el que se anda está formado por largas losas negras. Cada losa lleva una cifra y cubre a un muerto. Hay algo árido y helado en esta manera de etiquetar a los difuntos. Consiento en convertirme en polvo, en ceniza, en sombra; me repugna convertirme en una cifra. Es la nada sin poesía; es demasiada nada.

En uno de los rincones del claustro, algunas ojivas alargadas, tapiadas en parte, se despliegan alrededor de una especie de habitación misteriosa. Es una capilla. Pero ¿por qué separarla de la iglesia?

No veía en ella más que un mobiliario bastante deteriorado, un crucifijo, un altar de madera, una lámpara de hojalata troquelada. No obstante admiré la reja de hierro que cierra los dos lados de la capilla que dan al claustro y que es una preciosa muestra de la labor de cerrajería recia y complicada del siglo catorce. Esta reja es la curiosidad de la capilla tanto por el trabajo como por el material. No obstante no es más que hierro, pero es hierro ilustre.

En la batalla de Tolosa el miramamolín hizo rodear su campo con una cadena de hierro, que el rey de Navarra rompió de un hachazo. Como la cabellera de Berenice, que obtuvo rango entre las estrellas, esta cadena ha quedado como una de las constelaciones del blasón. Ha formado los escudos de armas del reino de Navarra y no hace mucho todavía tenía la mitad del escudo de Francia. Pues bien, es con el hierro de esta cadena con el que se ha hecho esta reja. Eso es al menos lo que revela al transeúnte y lo que afirma en un rótulo colocado encima de la reja este cuarteto de un latín un poco bárbaro y enigmático:

CINGERE QVAE CERNIS CRVCIFIXVM FERREA
VINCISBARBARICAE GENTIS FVNERE RUPTA MANENT
SANCTIVS EXUVIAS DISCERPTAS VINDICE FERRI
HVC ILLVC SPARSIT STEMATA FRVSTA PIVS
ANO 1212

No tengo nada que replicar a este cuarteto a no ser que el trabajo de la reja denota el siglo catorce y en absoluto el trece.

Lo que también es del siglo catorce es el portal interior por el que había entrado de la iglesia al claustro. Allí, tímpanos, dovelajes, capiteles, columnitas, medallones, estatuillas, todo es del más bello estilo de esta bella época. Añadid a eso que, protegido por el claustro contra la acción del aire y por el azar contra los escaladores, este portal ha conservado con todo su esplendor y casi con toda su frescura el dorado y la pintura de la época. Estaba maravillado. —¡Ya lo creo!, pensaba, ¡es para ponerse de rodillas delante!

Me vuelvo y veo a alguien que, en efecto, estaba «de rodillas delante» y de rodillas sobre la losa, y ¿quién? una mujer de unos cuarenta años, bella todavía, de rostro noble y envuelta en una rica mantilla de encaje negro. Cuando la miraba sorprendido, una mujer, ésa vieja y harapienta, entra en el claustro y va a arrodillarse junto a la primera. Luego una tercera. Daos cuenta de que estábamos fuera de la iglesia. ¡He aquí, decía yo, lo que es adorar

devotamente a la arquitectura! Un poco de atención me lo ha explicado todo. Había sobre el bastidor del portal una muñeca representando a la Virgen y al lado del muro esta inscripción:

EL EMINENmo Sr CARDE
NAL PEREIRA CONCEDIO
80 DIAS DE YNDULGENa
Y EL Sr OBISPO MURILLO
40 AL QUE REZARE VNA
SALVE DE BRODILLAS DE
LANTE DE ESTA Sma YMAGEN
DE Nra Sra DE EL AMPARO

Es probable que esta inscripción sea el azar del que antes hablaba y que ha impedido el encalado. La muñeca ha salvado el pórtico.

Cuando acababa de copiar la inscripción, la bella devota arrodillada se ha levantado y, pasando cerca de mí, casi sin volverse me ha dicho por encima del hombro: Caballero francés que lo miráis todo, id a ver la sacristía. Luego se ha alejado rápidamente.

He entrado en la iglesia, he fisgoneado por todas partes, y al fin, a fuerza de empujar todas las puertas, he llegado a la sacristía.

¡Oh! ¡Cómo era aquello, en efecto, una sacristía del gusto de una bella devota española! Figuraos un inmenso gabinete grotesco, dorado, amanerado, florido, coquetón, ambarino y encantador. El papel de la pared imita al damasco al que ha substituido; el suelo de ladrillos y de piedras imita al mosaico. Por todas partes bellos Cristos de marfil, Magdalenas desvanecidas, espejos inclinados, sofás con gruesos cojines, tocadores con pies de chivo, rinconeras con anaqueles de brecha de Alepo; una luz resplandeciente; rincones misteriosos; muebles desconocidos y variados; curas que van y vienen; casullas deslumbrantes en los cajones entreabiertos; no sé qué perfume de marqués, no sé qué olor a cura, he aquí la sacristía de Pamplona.

Fue un digno obispo, el cardenal Antonio Zapata, el que hizo esta galantería a la catedral. La transición es brusca; es casi un choque. Dante está en el claustro; Madame de Pompadour está en la sacristía.

Después de todo, también ahí, una cosa completa a la otra, y la armonía está en el fondo. La sacristía invita al pecado y el claustro a la penitencia.

Ya se decían las misas en todas las capillas y la iglesia se llenaba de fieles, de mujeres, sobre todo. He dado una vuelta por ella por última vez.

Al lado del gran pórtico, el coro está respaldado por un grueso muro al que está adosada una tumba de mármol blanco. El epitafio, en letras de oro casi borradas, indica que allí están los restos de aquel valiente Buenaventura Dumont, conde de Gages, que derrotó en muchas ocasiones a los imperiales y a M. de Savoya en persona.

Una de estas refriegas constituye una batalla muy bella que vemos esculpida en bajo relieve encima del epitafio. Hay ahí cañones apuntados, caballos que se encabritan, oficiales que mandan, nutridos batallones que cruzan sus picas y se asemejan a malezas que un viento furioso mezclaría.

Nada más extraño que esta refriega petrificada y muda, inmóvil para siempre en esta oscura iglesia en la que de vez en cuando se oye la voz chillona, débil e intermitente del niño de coro.

Ese gran tumulto que hace la batalla y ese gran silencio que da la tumba dejan en el corazón una grave enseñanza. ¡He aquí pues lo que es la gloria de los hombres de guerra en la muerte! Se calla. La gloria de los poetas y los pensadores canta y habla eternamente.

Mientras tenía no sé qué ensueño delante de esta sepultura, un ruido de órgano y un canto violento, lúgubre y salvaje, que ha estallado de repente a mi izquierda en la capilla vecina, me han hecho volver la cabeza.

Un ataúd, que sin duda acababan de traer, estaba colocado en el suelo sobre las losas. Se veía su madera, apenas oculta por un paño negro raído y agujereado. Cuatro cirios ardían a su alrededor: tres librillos redondos estaban colocados encima de una plancha en el suelo al lado de la cabeza del ataúd. A unos pasos a la derecha resplandecían cuatro grandes antorchas de resina, cuya reverberación me mostraba confusamente, en una capilla oscura, al cura en casulla negra con una cruz blanca diciendo la misa de difuntos. Los cantos del órgano venían de lo alto como un ruido sobrenatural. No podía distinguirse de dónde partían. Alrededor de esto, una multitud de mujeres de todas las edades, colocadas en una especie de semicírculo a cierta distancia del ataúd, todas graciosamente tocadas y envueltas en la mantilla de seda negra, agachadas en el suelo de la iglesia, a la usanza española, en la lánguida y encantadora postura de las mujeres del serrallo, con la mirada las más de las veces alta que baja, jugaban con el abanico, oían la misa y miraban a los que pasaban.

Yo miraba sucesivamente el sepulcro del conde de Gages y este pobre entierro de un desconocido. Dos nada. Uno honorado, el otro desdeñado. Amigo mío, si las cosas a las que llamamos inanimadas pudieran de pronto tomar la palabra, ¡qué diálogo entre esta tumba de mármol y este ataúd de abeto!

Por la noche, me he paseado por las murallas, solo y pensativo.

Hay días en la vida que remueven en nosotros todo el pasado. Estaba lleno de ideas inexpresables. La hierba de las contraescarpas agitada por el viento silbaba débilmente a mis pies. Los cañones pasaban sus cuellos entre las almenas como para mirar el campo. Las montañas del horizonte, difuminadas por el crepúsculo, habían cogido unas formas magníficas; el llano estaba oscuro; el Arga, rizado por mil reflejos luminosos, se deslizaba entre los árboles como una culebra de plata.

Al pasar por delante de la entrada de la ciudad, he oído el chirrido de las cadenas del puente levadizo y la sacudida sorda del rastrillo que caía. Acababan de cerrar la puerta; en aquel momento salía la luna. Entonces, perdonadme el ridículo de citarme a mí mismo, estos versos que escribí hace quince años me volvieron a la mente:

Siempre dispuesta para el combate, la oscura Pamplona

Antes de dormirse bajo los rayos de luna,

Cierra su cinturón de torres.

13 de agosto

En las ciudades de España, hay muchas ventas, es decir muchas tabernas, algunas posadas, es decir algunos albergues, y muy pocas fondas, es decir muy pocos hoteles. En San Sebastián sólo hay la fonda Isabel, llamada así para distinguirla de la hostelería a la francesa, regentada por un honrado y buen hombre llamado Laffite. En Tolosa y en Pamplona, la fonda no tiene nombre ni letrero. Se llama simplemente la fonda; lo que indica claramente que es única.

La habitación que ocupó en la fonda de Pamplona, en el segundo piso, tiene dos grandes ventanas que dan a la plaza mayor.

Esta plaza no tiene nada de extraordinario. Construyen en este momento, en uno de los extremos, al este, algo horroroso que se asemeja a un teatro y que será de sillares. Recomiendo esta cosa al primer hombre de juicio que bombardee Pamplona.

Perdonadme, amigo mío, esta lúgubre broma. No la borro porque surge de la propia naturaleza de las cosas. ¿No es el destino de todas las ciudades de España el ser periódicamente bombardeadas? El año pasado Espartero bombardeaba Barcelona. Este año Van Halen bombardea Sevilla. ¿Quién bombardeará el año que viene y qué se bombardeará? Lo ignoro. Pero tened por seguro que habrá un bombardeo. Siendo así, rezo por los habitantes, por las casas y por las catedrales; y, como hay que dar una parte a las bombas, les dejo con gusto todas las copias que encuentro de nuestra bolsa de París.

Dicho esto, volvamos a Pamplona y volvamos a subir a mi habitación.

Es una especie de sala grande blanqueada con cal, con dos camas, una de las cuales es grande y las sirvientas la llaman el matrimonio. En la pared algunos cuadros coloreados que representan a amantes que sonríen y a esposos que ponen mala cara. Una mesita, dos sillas de paja y una puerta enorme, con paneles sostenidos por un armazón de roble, con cerrojos de prisión y cerraduras de ciudadela.

Parece que en España el caso de una toma por asalto esté prevista en cada piso de la casa. Equipar la ventana y los balcones con persianas con rejas apretadas para defender a la mujer de los galanes, y la puerta con herrajes sólidos para defender la casa del pillaje, ésta es la doble preocupación de los burgueses de España; los celos hacen la ventana y el temor hace la puerta.

La mitad de la plaza mayor de Pamplona está en este momento ocupada, es decir, invadida por un colosal andamiaje levantado para unas corridas de toros que deben tener lugar dentro de unos diez días y que ponen a la ciudad en movimiento. Esta corrida durará cuatro días, del 18 al 22 de agosto. El primer día habrá una corrida de novillos, y el último día, un espada famoso en el país, Muchares, matará al toro.

El anfiteatro es cuadrado; tapa las plantas bajas de los dos lados de la plaza cuyos balcones y ventanas harán, el día de la corrida, tanto de primeros como de segundos palcos; los desvanes serán el gallinero. Este teatro, pues lo es, está simplemente construido con obra de carpintería y armazones, con innumerables graderías, de lo más tosco, y desde mis ventanas puedo distinguir la numeración de las tablas.

Añadid a este conjunto dos o tres diligencias desenganchadas y un cuerpo de guardia cuyo soldado se pasea ante la fonda, y tendréis el «paisaje» de mi ventana.

El ayuntamiento de Pamplona es un edificio pequeño y elegante de la época de Felipe III. La fachada ofrece una curiosa muestra de un tipo de ornamentación propio del siglo diecisiete en España. Son arabescos y volutas planas que se diría que han sido recortados sobre la piedra con el sacabocados. Ya había visto una casa de este estilo en el extraño y lúgubre pueblo de Lezo. El frontón de este ayuntamiento está rematado con leones, campanas y estatuas que constituyen un tumulto divertido para la vista.

Lo que no me ha divertido menos es la feria que está en este momento en esta placita precisamente delante del ayuntamiento. Las tiendas al aire libre, las vendedoras llenas de palabras felices, los transeúntes apretujados, los compradores, muy ajetreados, todo este torbellino de gritos, risas, injurias y canciones al que se llama feria, tiene bajo el sol de España más movimiento y alegría.

En medio de esta multitud estaba de pie, apoyado en un pilar del ayuntamiento, un formidable buen mozo de alta estatura. Sus grandes pies descalzos salían de sus polainas de punto rojo: una muleta de lana blanca con una raya roja le cubría la cabeza, le envolvía por entero con sus pliegues esculturales, y no dejaba ver más que su rostro curtido de pómulos salientes, de nariz cuadrada, mandíbulas angulosas, barbilla prominente, y barba negra e hirsuta; rostro de bronce florentino con ojos de gato salvaje. En el centro de este ruido y de este movimiento, este hombre permanecía inmóvil, grave y mudo. Ya no era un español, era un árabe.

A dos pasos de esta estatua, un italiano gesticulador, con gruesas gafas sobre la nariz, enseñaba unas marionetas y le daba a un tambor, cantando sobre las tablas esta antigua cadencia de Polichinela. Fantoccini, buraccini, puppi, de la que en Francia hemos hecho la villanesca:

Le Pantalón

De Toinon

N'a pas d'fond.

El Pantalón y el Salvaje se miraban sin comprenderse, como dos habitantes de lunas distintas.

No se cruza una feria, y sobre todo ésta, sin comprar. Me he dejado tentar, he abierto mi bolsa y he mandado a la fonda todo lo que me han vendido.

A mi regreso, he encontrado sobre la mesa una pacotilla completa de buhonero: amuletos de oro de Zaragoza, bermejitos y de filigrana, jarreteras con divisas de Segovia, pilas de agua bendita de vidrio de Bilbao, lamparillas de hojalata de Cauterets, una caja de cerillas químicas de Hernani, una caja de barras resinosas que hacen las veces de velas de Elizondo, papel de Tolosa, un cinturón de montañés del puerto de Panticosa, un bastón de madera ferrado, zapatos de cuerda y dos muletas de Pamplona que son de lana magnífica, de un trabajo tosco y de un gusto exquisito.

Aparte de esta feria y de algunas encrucijadas, Pamplona está apagada y silenciosa todo el día. Pero, cuando el sol se pone, desde el momento en que los cristales y los faroles se encienden, la ciudad despierta, la vida vibra en todas partes, la alegría chispea, es una colmena en movimiento. Una charanga de trompetas y platillos estalla en la plaza mayor: son los músicos de la guarnición que dan una serenata a la ciudad. La ciudad responde. En todos los pisos, en todas las ventanas, en todos los balcones, se oyen cantos, voces, sonos de guitarras y de castañuelas. Cada casa suena como un enorme cascabel. Añadid a esto los ángelus de todos los campanarios de la ciudad.

Creeríais quizás que este conjunto es discordante y que de todos estos

conciertos mezclados sólo sale un inmenso guirigay perfectamente conseguido. Os equivocaríais. Cuando una ciudad se hace orquesta, siempre sale una sinfonía. El viento suaviza los tonos chillones, el espacio apaga los sonidos desafinados, todo se ordena en el conjunto, y el resultado es armónico. En pequeño sería un estrépito, en grande es una música.

Esta música alegra a la población. Los niños juegan delante de las tiendas; los habitantes salen de las casas; la plaza mayor se llena de paseantes; las charlas se ocultan tras los abanicos; bajo las arcadas, los arrieros se meten con las maritornes; una suave luz que proviene de cien ventanas grandes abiertas y vivamente iluminadas alumbra vagamente la plaza. Esta multitud va y viene y se cruza en esta oscuridad, y nada es más encantador que esta discreta mezcla de bonitas caras vislumbradas y alegres risas ahogadas.

La libertad de los curas en este buen clima nada tiene de escandaloso. Es una familiaridad que las costumbres admiten. Sin embargo, desde mi ventana, donde lo observaba todo, oía a tres curas, tocados con sus prodigiosos sombreros y envueltos en sus amplias capas negras, charlar delante de la fonda, y tengo que confesar que uno de ellos pronunciaba la palabra muchachas de un modo que hubiera hecho sonreír a Voltaire.

Hacia las diez de la noche, la plaza se vacía y Pamplona se duerme. Pero el ruido no se apaga enseguida; se prolonga, no acaba con el sueño que comienza. Se diría, durante las primeras horas, que este sueño vibra todavía con todos los gozos de la velada.

A medianoche se hace el silencio y no se oye más que la voz de los serenos que gritan la hora, que, en el momento en que os dormís, estalla bruscamente en la torre vecina, luego se repite alejada y disminuida en otra torre al extremo de la plaza, y luego va debilitándose de campanario en campanario, y se desvanece en las tinieblas.

LA CABAÑA EN LA MONTAÑA

El sol se ponía, las brumas comenzaban a subir de los torrentes que se oía murmurar profundamente en esos barrancos perdidos. Ni rastro de viviendas. Este puerto se hacía cada vez más salvaje.

Estaba totalmente agotado. Divisé a la derecha, a media cuesta y a unos pasos del sendero, al pie de una alta roca vertical, un bloque de mármol blanco medio hundido en el suelo; un gran abeto muerto de viejo y caído de la escarpadura se había detenido en este 157 bloque al rodar sobre la pendiente y lo cubría con su ramaje seco y horrible. Agobiado como estaba, este bloque y

este árbol muerto, sobre los que, en mi pensamiento yo colgaba, como tiendas de campaña, nuestras muletas y nuestras mantas, me pareció que constituían un dormitorio perfecto.

Llamé a mis compañeros, que me llevaban unos veinte pasos de ventaja, y les expliqué mi arquitectura nocturna, declarándoles que mi intención era vivaquear allí. Azcoaga se puso a reír. Irumberri, por toda respuesta, miró el humo de su puro elevarse al sol. Escamuturra (el Puño) me cogió la mano:

—¿Cree usted, señor francés? ¿Está decidido a ello?

—No estoy decidido, dije, estoy reventado.

—¡Quiere dormir aquí!

—Me resigno a dormir aquí.

—¡Bah! Pero mire de qué estará hecha su morada. Sólo los muertos se acuestan en habitaciones de mármol y abeto.

Los montañeses, como los marineros, son supersticiosos. Pues bien, declaro que en la montaña soy montañés y en el mar soy marinero, es decir, supersticioso en ambos casos y sin razonar, supersticioso, simplemente, tal como se es a mi alrededor. La reflexión sepulcral de Escamuturra me hizo pensar.

—Vamos, prosiguió, unos pasos todavía, amigo. Le juro, señor, que a medio cuarto de legua de aquí vamos a encontrar buen albergue.

—¡Medio cuarto de legua en España!, exclamé. Son las seis de la tarde, llegaremos a medianoche.

Escamuturra me respondió con gravedad:

—Llegaremos a medianoche si el diablo alarga el camino y dentro de veinte minutos si el francés aprieta el paso.

—Andemos, dije.

La caravana se puso en marcha de nuevo.

El sol se puso, llegó el crepúsculo; no obstante, debo decir que el diablo no alargó el camino. Subíamos desde hacía alrededor de media hora un sendero escarpado que serpenteaba entre unos bloques de granito con los que se hubiera dicho que un gigante había sembrado la ladera de la montaña. De pronto apareció un prado de hierba, la hierba más suave, más fresca, más agradable al pie y la más inesperada.

Escamuturra se volvió hacia mí.

—Hemos llegado, dijo.

Miré ante mí para ver a dónde habíamos llegado y no vi más que la línea oscura y desnuda de la montaña. La hierba estaba encerrada como una avenida entre dos muros bajos de piedras que al principio no había visto.

Mientras, mis compañeros habían doblado el paso y yo había hecho lo mismo.

Pronto vi subir poco a poco, como una cosa que sale de tierra, y dibujarse en el cielo claro del crepúsculo una especie de montículo anguloso y oscuro que parecía un tejado rematado por una chimenea.

Era, en efecto, una casa oculta en un repliegue de la montaña.

Al acercarme, la miraba. La luz no se había apagado por completo. Hacía lo que se llama en estilo estratégico un reconocimiento.

La casa era bastante grande y estaba construida, como las tapias de la hierba, con piedras secas mezcladas con bloques de mármol; el tejado de cañas cortadas imitaba una escalera. Después he encontrado esta moda en aldehuelas pobres de los Pirineos.

Al pie del muro vuelto hacia la ladera de la montaña, había un agujero cuadrado por donde salía una capita de agua límpida y fresca que caía sobre la roca e iba a perderse en el barranco con un ruido animado y alegre.

La puerta maciza y baja estaba cerrada. Sólo había una ventana, abierta al lado de la puerta, muy estrecha y tapada en sus tres cuartas partes por ladrillos toscamente fabricados.

Esta pobre morada tenía, como todas las viviendas aisladas de Guipúzcoa y Navarra, un aire de fortaleza, pero era más bien desconfianza que seguridad, pues el tejado de caña llegaba a la altura del antepecho y podía forzarse a la plaza a entregarse sin más artillería que una cerilla química.

Además, no había ninguna luz en el interior, ninguna voz, ningún paso, ningún ruido. No era una casa, era una masa negra, muda y lúgubre como una tumba.

Escamuturra se apeó, se acercó a la puerta y se puso a silbar suavemente la primera parte de una melodía extraña y maravillosa. Luego se paró en seco y esperó.

Nada se movió en la cabaña. Ni un soplo de aire respondió. La noche, que había caído completamente, agregaba algo tétrico y fúnebre a este silencio tan misterioso y tan profundo.

Escamuturra volvió a empezar su melodía; luego, cuando hubo llegado a la misma nota, se detuvo. La cabaña guardó silencio. Escamuturra comenzó por tercera vez, más suavemente todavía, silbando, por decirlo así, muy bajito.

Estábamos los cuatro inclinados hacia la puerta y estábamos atentos. Confieso que aguantaba la respiración y que el corazón me latía un poco.

De repente, cuando Escamuturra acababa, la otra parte de la melodía se dejó oír tan débilmente y tan bajo que eso era quizá más singular y más espantoso todavía que el silencio. Era lúgubre a fuerza de ser suave.

Y Puño dio tres palmadas.

Entonces una voz de hombre se levantó en la cabaña, y he aquí el diálogo lacónico y rápido que se intercambiaba en la oscuridad en lengua vasca entre esta voz que preguntaba y Escamuturra que contestaba:

—Zuec? (¿Vosotros?)

—Guc. (Nosotros)

—Nun? (¿Dónde?)

—Emen. (Aquí)

—Cembat? (¿Cuántos?)

—Lau. (Cuatro)

Una chispa brilló en el interior de la vivienda, se encendió una vela y la puerta se abrió. Lenta y ruidosamente pues estaba atrancada.

Un hombre apareció en el umbral de la puerta.

Sostenía en la mano y elevaba encima de su cabeza un gran candelabro de hierro en el que ardía una antorcha de resina.

Era uno de estos rostros curtidos y tostados que no tienen edad; podía tener treinta años, podía tener cincuenta. Por lo demás, bellos dientes, mirada viva y una sonrisa agradable, pues sonreía. Un pañuelo rojo le ceñía la frente, a la usanza de los arrieros aragoneses y apretaba sobre sus sienes sus cabellos espesos y negros. Tenía la coronilla afeitada, una ancha muleta blanca que le cubría desde la barbilla hasta las rodillas, un calzón corto de terciopelo oliváceo, polainas de lana blanca con ojales negros, zapatos de cuerda y nada más en los pies.

La gruesa mecha de resina agitada por el viento desplazaba rápidamente la oscuridad y la luz sobre esta cara. Nada más extraño que esa sonrisa cordial en este resplandor siniestro.

De repente me vio, y la sonrisa desapareció como se apaga una lámpara sobre la que se sopla. Su entrecejo se había fruncido, su mirada estaba fija en mí. No decía una palabra.

Escamuturra le tocó el hombro con la mano, y le dijo a media voz

señalándome con el pulgar:

—Adisquidea (Un amigo).

El hombre se apartó para dejarme entrar pero su sonrisa no volvió a aparecer.

Mientras, Azcoaga e Irumberri habían entrado las mulas en la cabaña; Escamuturra y el anfitrión charlaban en voz baja en un rincón. La puerta se había vuelto a cerrar e Irumberri la había atrancado de nuevo con cuidado como si estuviera acostumbrado a esta tarea.

Mientras Azcoaga descargaba la mula, yo me había sentado sobre un bulto desde el que contemplaba el interior de la vivienda.

La casa sólo contenía una habitación, en la que estábamos, pero esta habitación contenía muchas cosas.

Era una gran sala baja cuyo techo, compuesto de traviesas y ripias apoyadas aquí y allá sobre vigas que hacían de pilares, dejaba pasar y colgar en largas briznas el heno del que estaba llena la techumbre de la casa. Mamparas caladas que parecían más un enrejado que una mampara, dibujaban en esta sala compartimentos caprichosos.

Uno de estos compartimentos, a la izquierda de la puerta, comprendía un ángulo de la cabaña, la ventana, la chimenea, enorme caverna de piedras ennegrecidas por el fuego, y la cama, es decir, una especie de ataúd en el que hacían arrugas los mil pliegues de un jergón color de humo y de una colcha rojiza. Era el dormitorio.

Enfrente del dormitorio, otro compartimento contenía un ternero tendido sobre estiércol y algunas gallinas dormidas en una especie de caja. Era el establo.

En el ángulo opuesto, en un tercer compartimento, se amontonaba una pirámide informe de troncos en punta y de gavillas espinosas, provisión de leña para el invierno. Algunos odres de vino y arreos de mulas estaban colocados con cierto cuidado al lado de las gavillas. Era la bodega.

Había una carabina en el rincón del muro de al lado de la ventana, entre la bodega y el establo; pero, en un último compartimento lleno de toda clase de cosas revueltas, viejas muletas, viejos cestos, panderos reventados y guitarras sin cuerdas, vi relucir bajo un cuévano de harapos la empuñadura de una navaja, fina, negra y ribeteada de cobre como la manga de un andaluz. Distinguí en la oscuridad, al lado, dos o tres cañones de carabinas disimuladas bajo unos trapos y una especie de trompa de metal acampanada y ancha que al principio tomé por el extremo de una corneta de montaña, y que era un trabuco. Este montón de trapos era el arsenal.

Un gran bloque de roca que llenaba el rincón de la derecha de la puerta, y sobre el que estaba construido el muro, hacía una pendiente de granito en el interior de la cabaña y servía de cabecera a algunas gavillas de paja tiradas en el suelo. Sin duda, aquello era la hospedería.

Un niño completamente desnudo que dormía probablemente sobre esta paja y al que nuestra llegada había despertado, se había puesto de cuclillas sobre la pendiente de granito, con las rodillas apretadas contra el pecho y los brazos cruzados sobre las rodillas, y nos miraba con ojos asustados. En el primer momento le tomé por un gnomo; luego reconocí que era un mono; al fin descubrí que era un niño.

Dos altos morillos de hierro labrado, herrumbrosos por el fuego y la lluvia, aparecían en la chimenea derechos sobre sus cuatro pies macizos y alzaban en el extremo de sus largos cuellos dos bocas abiertas. Se hubiera dicho que eran los dos dragones de la vivienda prestos a ladrar o a morder.

Por lo demás, no había en la cabaña más utensilio de cocina que una sartén para freír colgada en la chimenea la cual, con el candelabro de hierro, los morillos y la cama, componían todo el mobiliario.

Había una jarra de aceite cerca de la cama y al lado de la puerta otra jarra llena de leche. Del borde de la jarra de leche colgaba un cazo de madera de la forma más elegante y más pura. Era casi una escudilla etrusca.

Dos gatos delgados y amarillos, a quienes, como al niño, habíamos despertado, rondaban a nuestro alrededor con un aire amenazador. Del modo como nos miraban, estaba claro que no hubieran pedido cosa mejor que ser tigres.

Tengo cierta idea de que un cerdo gruñía en un rincón negro. La casa tenía ese olor azucarado y soso que exhalan todas las cabañas españolas.

Por lo demás, ni una mesa, ni una silla. El que allí entraba se quedaba de pie o se sentaba en el suelo. El que tenía un fardo se sentaba encima. En esta vivienda, la frase sentarse a la mesa no tenía ningún sentido: me quedé unos momentos sumergido en esta reflexión melancólica. Me moría de hambre.

En semejantes casos las ideas tristes vienen del estómago.

Un ruidito gracioso, una especie de murmullo discreto y continuo que había oído desde mi entrada en la cabaña me sacó de este ensueño. Cuando no se tiene qué comer ¿qué hacer en una casa si no es mirar? Miraba, pues, pero no podía descubrir de dónde venía aquel ruido.

Al fin, cuando bajé la mirada hacia el suelo, distinguí en la oscuridad una especie de vibración metálica, una línea de luar luminosa, y reconocí que un riachuelo atravesaba la cabaña de punta a punta.

Este riachuelo, que corría rápidamente sobre un plano oblicuo e inclinado, en una viga hueca hundida a ras de tierra, desembocaba en la cabaña en un agujero hecho en un muro y salía por el muro opuesto. Allí, hacía en el barranco la pequeña cascada que había visto al llegar.

Habitación singular en la que la montaña parecía sentirse en su casa y entraba familiarmente; la roca se alojaba en ella, el riachuelo la atravesaba.

Mientras hacía estas observaciones en la actitud elegiaca de un hombre soñador que no ha cenado, las mulas, descargadas y sin bozal, arrancaban tranquilamente las largas briznas de heno que colgaban del techo.

Al verlo, Escamuturra hizo una señal al dueño de la casa, quien las empujó hacia el fondo de la cabaña y les echó a cada una un haz de forraje.

Mientras, mis compañeros se habían instalado, unos sobre un fardo como yo, otros sobre una silla de montar colocada en el suelo: Azcoaga se había echado cuan largo era, envuelto en su muleta.

El dueño había amontonado en la chimenea gavillas de retama sobre una pila de helechos secos. Acercó a ellas su antorcha de resina: en un abrir y cerrar de ojos un gran fuego chispeante subió en el hogar con torbellinos de destellos, y un bello resplandor llameante y bermejo, que llenaba la cabaña, hizo sobresalir en relieve sobre los huecos oscuros, las grupas de las mulas, la jaula de las gallinas, el ternero dormido, los trabucos escondidos, la roca, el riachuelo, las briznas de paja colgando del techo como hilos de oro, los ásperos rostros de mis compañeros y los ojos despavoridos del niño espantado.

Los dos morillos negros con bocas de monstruo se destacaban sobre un fondo de brasas ardientes y parecían dos perros del infierno jadeando en la hoguera.

Pero nada de eso, lo confieso, me llamaba la atención; ésta estaba, por entero, en otra parte.

Un gran acontecimiento acababa de producirse en la cabaña. ¡El anfitrión había descolgado del clavo la sartén!

NOTAS SOBRE ESPAÑA

Álbumes

El pasaporte. En España siempre lleváis a cabo dos viajes, el que vosotros hacéis y el que hace vuestro pasaporte. ¡Qué terrible viajero un pasaporte en España! No puede estar un momento tranquilo. A cada momento vuela de

vuestro bolsillo, se abre y desaparece. Corred tras él.

¿Está en la gefetara?

¿luego en la política?

Después ¡en casa del alcalde!

después al ayuntamiento,

después a la refrendación.

Y cada vez media peseta. Ya habéis pagado para España un franco en París, cinco francos en Bayona para el cónsul, dos francos en Irún para entrar. Ahora pagáis cincuenta céntimos al gendarme cada vez que se mueve, y hay que hacer visar el pasaporte en cada ciudad, para cada puerta de la ciudad. Si cambiáis de opinión y de puerta, nuevo viaje del pasaporte. Cincuenta céntimos. Se pagan cincuenta céntimos a cada paso en España. Ayer fui detenido por un guardia municipal y llevado a través de la ciudad a casa del alcalde. Reconocido inocente, el guardia municipal me pidió, por el trabajo que se había tomado y el honor que me había hecho, cincuenta céntimos.

¡Pobre y noble España! Hace un rato un bribón con una botarga me seguía por la calle, gritando tras de mí: ¡Caballero! ¡Señor caballero! Me vuelvo, veo al pobre diablo, rebusco en mi bolsillo y le tiendo cinco céntimos. Coge los cinco céntimos y me pide el pasaporte. Lo había tomado por un mendigo; era un funcionario público, el Estado hace al hombre.

Y luego, también era un mendigo. Pues cogió los cinco céntimos. Me pedía el pasaporte pero no rechazaba la limosna.

Cura español que se obstina en hablarme en francés. Terrible jerigonza. En determinado momento me hablaba de gramática y de lingüística y yo no entendía una palabra. Oía repetir a cada momento esta frase poco clara: les tigres morts au logis. Me devanaba los sesos. Al cabo de un rato me di cuenta de que el buen cura quería decir: l'etymologie.

El cura escribe en el libro de los viajeros en la fonda: Piensa aquí, oh mortal, que muerto te comerán los gusanos.

Yo he cogido la pluma y he añadido: y que vivo te comen las pulgas.

Mulas y muleros

Mulas esquiladas, excepto la cola que se utiliza para dibujar una T en la grupa del animal.

Mulas con placas de cobre sobre el hocico, enjaezadas de gualdrapas de lana de borlas rojas, llevando enormes pescados, atunes o esturiones, cuya cola sale por debajo de la gualdrapa. Este pescado que va al paso, al sol, en la

montaña debe de llegar fresco.

Muleteros. Cabezas rapadas. Un pañuelo atado alrededor.

Más al sur, cabezas afeitadas y el pañuelo se convierte en un turbante.

Es el mejor tocado a causa del sudor que caería de los cabellos a los ojos.

1. ° Muletero. Calzón corto, medias azules, chaqueta de terciopelo, gran sombrero redondo de anchas alas. Manta blanca de cuadros rojos al hombro. Alpargatas.

2. ° Sombrero de paja con cinta negra, calzón corto, medias blancas con dibujos en realce. Bulto al final de un bastón. La muleta, abigarramiento de amarillo, azul, verde y rojo, al hombro.

Sus calzones desabrochados en la rodilla dejan ver sus corvas ásperas y peludas.

Los muleros vascos a los que me uno.

Travesía formidable. Recodo espantoso. Sendero estrecho salpicado de piedrecitas redondas cuyo recodo se perfila abrupto en el abismo y en el cielo. La mula se paró en seco, sentía temblar todos sus miembros debajo de mí. Pero había que avanzar. And'usted, me gritó Escamuturra. Empujo a la mula, se apoya en los jarretes traseros, se lanza, las piedras ruedan bajo sus pies por el precipicio: pasa de un salto.

Cocina

Uno no sabe qué carne come. Es roja, delgada y dura. —¿Es buey, cerdo, cordero, perro, caballo, camello, oso? —Es ternera.

Pamplona. —¿Qué es esto? exclamé horrorizado. Me respondieron con tranquilidad: langosta. Entonces me acordé de que el pescado llega en mulo.

Una cosa con aceite. Uno mastica. Los dientes se le enredan con unos pelos. Peluca rellena.

Hierbas con sabor a farmacia aderezadas con aceite rancio a guisa de judías verdes a la inglesa.

No hay azúcar. Una especie de azúcar terciado de color amarillo mezclado con hormigas y moscas.

La sirvienta, con las piernas desnudas, espanta las moscas con un bastón adornado con un plumero mientras cenas.

No hay mantequilla. Ni leche. Ni posible café. Y eso en los mejores hostales.

Por todas partes el azafrán, el pimentón, la canela y la pimienta. Siempre

cerdo en todas las formas.

Habitantes

Muchas muchachas bellas, ninguna mujer bella. —Mujer aragonesa. Rostro moreno. Cofia-toquilla de una blancura resplandeciente. Chaqueta de hombre de terciopelo verde-bronce de mangas apretadas. Faldón negro de tela, mil pliegues alrededor de la cintura. Medias azules recamadas.

Cuando se entra aquí en una cabaña y se ve este interior indigente y desnudo, si se echa un vistazo al país, a esta naturaleza admirable que lo da todo, que todo lo prodiga, trigo, maíz, viñas, manzanos, robles, olmos, pinos, montañas, ríos, torrentes, golfos, minas de oro, de plata, de plomo, de hierro, canteras de arenisca, de cal, de yeso, de granito, de mármol, uno se pregunta cómo lo ha podido hacer el hombre para extraer de tanta riqueza, tanta miseria.

¡Oh! ¡Si esta gran nación encontrara a un gran hombre, cuántas cosas grandes haría! ¡Qué miseria! ¡Necesitar a un Napoleón y encontrarse con un Espartero!

A estos oficiales presumidos y arqueados les gusta demasiado el adorno para que no les guste la gloria.

DE BAYONA A PAU

Notas

14 de agosto

Cuatro de la madrugada. —Imperial. —Brumas. —Grandes llanuras. —El sol en la vista. —Un reguero de vapores señala a la 169 derecha el torrente de Pau. —Hacia el mediodía no se distinguían los Pirineos más que por algunas estrías blancas en el horizonte, como si el vestido azul del cielo raído en algunos lugares dejara ver su trama de plata. En un gran burgo, en Bianvos, creo, colina rematada por una bella ruina. Más lejos Peyrehorade. El nombre parece indicar un antiguo gnomon, quizás un menhir cuya sombra al girar decía la hora.

Orthez. —Bella y alta torre cuadrada de los antiguos vizcondes. Ciudad alegre y abierta al sol. A la entrada de la villa, campesinas que iban al mercado se ponían ingenuamente las medias en la calle.

En un bonito valle desierto dos mujeres llevaban a pacer a una manada compuesta por una sola oca. Cada una de estas dos mujeres parecía muy

atareada en guardar su media oca. La oca guasona parecía burlarse de ellas.

Pau. —El castillo. No se ven más que tres o cuatro salas mediocrementemente restauradas, pero admirablemente amuebladas, con los viejos arcones y las viejas tapicerías del guardamuebles. Como esperan al duque de Montpensier, se han encerado las salas. Un lacayo encargado de proteger el parque quiere impedirme que vaya a ver una estatua de Enrique IV en el gran salón del primer piso. Zarando al lacayo y voy a mirar la estatua. Bella, fina, espiritual y delicada escultura del siglo dieciséis. Sin embargo, ya es el fin. La pesadez de Luis XIII se deja sentir.

Me hago abrir de manera imperativa la gran torre. Admirable vista desde la azotea. Todos los Pirineos. Toda la ciudad. Tejados de pizarra. Una joven inglesa a la que había hecho subir con las personas que la acompañaban, entre las cuales había un habitante de la ciudad, consideraba con mucha curiosidad una casa baja, cerrada, aislada en un jardín. Ni una ventana abierta. Las parras y las hiedras escondiendo las paredes. Un hombre trabajando en el jardín. Es la casa del verdugo de Pau. Aquel hombre, era el verdugo. Es rico, decía el habitante de la ciudad.

Puerta de la capilla. Renacimiento; restaurada de un modo maravilloso, completo, exquisito. Estropeada, sin embargo, por una cruz de mal gusto que sustituye a la moldura de la imposta. Admirables escaleras de caracol, bien restauradas.

Cuna de Enrique IV. El caparazón de tortuga gastado por los bordes. Realmente ¿es auténtica? Ridículamente cubierta con un haz de picas de madera dorada y con un casco de cartón con penachos blancos estilo Luis XVIII. Una reliquia del siglo dieciséis y el monarquismo de flores de lis panzudas de 1814. Encuentro chillón y molesto.

Pau —Ciudad alegre, bonita, limpia. Demasiado rehecha y modificada, lo que le quita su aire histórico. La zanja que abre el viejo foso a través de la ciudad es lo único que ha conservado la antigua fisionomía del Pau de Antonio de Borbón. Viejas casas de pizarra. Desiguales, entrecortadas por accidentes curiosos de arquitectura, y desplegando en todos sus pisos los defectos originales y extraños de la albañilería doméstica del siglo quince.

DE PAU A CAUTERETS

Notas

Las seis de la mañana. Llueve. La lluvia arriba, el torrente abajo, mezclan su ruido. Ruta pintoresca, sombreada, verde y alegre a pesar del mal tiempo.

Los Pirineos en el horizonte. Cimas quebradas, cortadas, retorcidas, torneadas, como toqueteadas por la mano formidable de un gigante. Pequeños lagos de nieve en los baches.

Ya no se oyen aquí aquellos nombres lanzados a voz en grito por los arrieros españoles a sus mulas: ¡La Generala! ¡La Capitana! El cochero bearnés dice a sus jumentos en el habla regional y a media voz, con el acento ora burlón ora cariñoso: ¡Yo grisa! ¡Yo blonda!

En un pueblo, esta inscripción en una puerta:

LO QUE HA DE SE NO PUEDE FALTAR («sic»)

Se siente la vecindad de España.

Aquí, los tejados de pizarra, por todas partes; tejados agudos, inclinados para que corran las nieves y las lluvias. Haced unas leguas, atravesad estas montañas, encontraréis los tejados planos, las tejas huecas. Aquí los pueblos de las Ardenas: allí los pueblos de Calabria. El norte está en una vertiente de los Pirineos, el sur en la otra.

San Pe. —Encantadora ciudad con vestigios del siglo quince y del dieciséis. Las campesinas salen de misa en largas filas, vestidas de negro, con capuchas grises, blancas, rojas. Se dirían procesiones de religiosas de todas las órdenes (En Caunterets el efecto todavía es más extraño. Llevan la capucha gris y van descalzas. San Antonio por arriba. Maritornes por abajo).

Lourdes. —Llegada mágica. Magnífico torreón del siglo trece sobre una roca. El torrente a un lado, la ciudad al otro. Al fondo, las montañas, altas, abruptas, cortadas por zanjas profundas de donde suben las brumas, el viento, el ruido.

En Lourdes comienza la gran garganta del Alto Pirineo que se ensancha en Vidalos, se abre y se divide en cuatro barrancos, y forma esta inmensa pata de oca cuyo centro es Argelès y cuyas cuatro uñas llegan a Arbeost al occidente por el valle de Estrem de Salle y a Aucun por el valle de Azun; al sur, a Caunterets por el estrecho de Pierrefitte, y, al levante, a Barèges por el desfiladero de Luz. —La garganta de Lourdes a Argeles es por decirlo así el mango. Como el brazo de esta mano abierta.

Lourdes es la puerta del Alto Pirineo. En 1755 sintió la repercusión del terremoto de Lisboa.

La red central de los Pirineos estaba vigilada en la Edad Media. Cada articulación de los valles tenía su castillo que divisaba los dos castillos de los dos valles vecinos, y se comunicaba con ellos por fuegos. Hoy en día se ven sus ruinas, que añaden un inmenso interés al paisaje: nada más emocionante que las ruinas del hombre mezcladas con las ruinas de la naturaleza.

El torreón de Lourdes veía las tres torrecillas del castillo de Pau, que divisaba la torre cuadrada de Vidalos, la cual podía comunicarse por señales con el antiguo Castrum Emilianum construido por los romanos y vuelto a levantar por Carlomagno sobre la colina de San Sabino, que se unía a través de las montañas con la fortaleza feudal de Beaucens. Las señales se adentraban así de torre en torre en el valle de Luz hasta el castillo de Santa María, y en el valle de Gavarnie hasta la ciudadela de los Templarios. Los castellanos de los Pirineos como los burgraves del Rin se advertían unos a otros. En unas horas los bailías estaban en pie, la montaña ardía.

Los campesinos, cosa notable y totalmente local, no odian estos castillos. Tenían la sensación de que estas fortalezas, aun dominándolos e incluso oprimiéndolos, protegían la frontera. Fue el pueblo de las montañas el que dio a uno de estos castillos cerca del puerto de Ossau el nombre de Bon-Château que todavía conserva: Castellouhon.

CAUTERETS

A Luis B.

Cauterets

Os escribo, querido Luis, con los ojos peor que nunca. Escribiros, sin embargo, es una dulce y vieja costumbre que no quiero perder. No quiero dejar caer ni una sola piedra de nuestra amistad. Pronto hará veinticinco años que somos hermanos, hermanos por el corazón, hermanos por el pensamiento. Vemos la creación con los mismos ojos, vemos el arte con el mismo respeto. Os gusta Dante como a mí me gusta Rafael. Hemos atravesado juntos muchos días de lucha y de prueba sin que se debilitara nuestra simpatía, sin retroceder ni un paso en nuestro afecto. Sigamos siendo, pues, hasta el último día lo que fuimos el primero. No cambiemos nada de lo que fue tan bueno y tan dulce. En París estrechémonos las manos; ausentes, escribámonos.

Necesito cuando estoy lejos de vos que una carta os vaya a decir algo de lo que veo, de lo que pienso, de lo que siento. Esta vez será más corta, es decir, menos larga de lo habitual. Mis ojos me obligan a velar por los vuestros. No os quejéis, tendréis menos galimatías y la misma amistad.

Vengo del mar y estoy en la montaña. Sólo es, por decirlo así, cambiar de emoción. Las montañas y el mar hablan al mismo lado del espíritu.

Si estuvierais aquí, (no puedo impedir el soñar con esto constantemente), ¡qué vida maravillosa llevaríamos juntos! ¡Qué cuadros os llevaríais en la imaginación para entregarlos luego al arte más bellos todavía de lo que os los

había dado la naturaleza!

Figuraos, Luis, que cada día me levanto a las cuatro de la madrugada, y que a esta hora oscura y clara a la vez, me voy a la montaña. Ando a lo largo de un torrente, me hundo en la garganta más salvaje que haya y, con el pretexto de bañarme en agua caliente y beber azufre, tengo cada día un espectáculo nuevo, inesperado y maravilloso.

Ayer, la noche había sido lluviosa. El aire era frío, los abetos mojados estaban más negros que de costumbre. Las brumas subían de todas las partes de los barrancos como los humos de las fisuras de una solfatara. Un ruido horroroso y terrible salía de las tinieblas, abajo, en el precipicio, bajo mis pies; era el grito rabioso del torrente oculto por la niebla. Algo vago, sobrenatural e imposible se mezclaba con este paisaje; todo estaba en tinieblas y todo estaba como pensativo a mi alrededor; los espectros inmensos de las montañas se me aparecían por los agujeros de las nubes como a través de mortajas desgarradas. El crepúsculo no iluminaba nada: sólo, por una grieta encima de mi cabeza, divisaba a lo lejos en el infinito un rincón de cielo azul, pálido, helado, lúgubre y resplandeciente. Todo lo que distinguía de la tierra, rocas, bosques, prados, glaciares, se movía en desorden en los vapores y parecía huir, llevado por el viento a través del espacio en una gigantesca red de nubes.

Esta mañana, la noche había sido serena. El cielo estaba estrellado; pero ¡qué cielo y qué estrellas! Sabéis, este frescor, esta gracia, esta transparencia melancólica e inexpresable de la mañana, las estrellas claras en el cielo blanco, una bóveda de cristal salpicada de diamantes. En esta bóveda luminosa se apoyaban por todas partes las enormes montañas negras, velludas, deformes. Las de oriente recortaban su cima sobre lo más vivo del alba; sus abetos parecían esas hojas de las que los pulgones no dejan más que las fibras y hacen una puntilla. Las de occidente, negras al pie y en casi toda su altura, tenían en la cima una claridad rosa. Ni una nube, ni un vapor. Una vida oscura y maravillosa animaba la ladera tenebrosa de las montañas; se distinguía la hierba, las flores, las piedras, los brezos, en una especie de hormigueo suave y feliz. El ruido del torrente ya no tenía nada de horrible, y era un gran murmullo mezclado a este gran silencio. Ninguna idea triste, ninguna ansiedad salía de este conjunto lleno de armonía. Todo el valle era como una urna inmensa en la que el cielo, durante las horas sagradas del alba, derramaba la paz de las esferas y el resplandor de las constelaciones.

Me parece, amigo mío, que estas cosas son más que paisaje. Es la naturaleza vislumbrada en ciertos momentos misteriosos en los que todo parece soñar, casi he dicho pensar, en los que el alba, la roca, la nube y el matorral viven más visiblemente que en otras horas y parecen estremecerse con el sordo latido de la vida universal.

Visión extraña y que para mí está muy cerca de ser una realidad: en los momentos en los que los ojos del hombre están cerrados, algo desconocido aparece en la creación. ¿No pensáis como yo? ¿No se diría que en las horas del sueño, cuando el pensamiento cesa en el hombre, comienza en la naturaleza? ¿Acaso la calma es más profunda, el silencio más absoluto, la soledad más completa y entonces el soñador que vela puede captar mejor en sus detalles sutiles y maravillosos el hecho extraordinario de la creación? ¿Acaso es alguna manifestación de la gran inteligencia que entra en comunicación con el gran todo, alguna actitud nueva de la naturaleza? ¿Se siente más a gusto la naturaleza cuando no estamos allí? ¿Se despliega más libremente?

Es cierto que, al menos aparentemente, hay para los objetos a los que llamamos inanimados una vida crepuscular y una vida nocturna. Esta vida quizás sólo está en nuestra imaginación; las realidades sensibles se nos presentan a ciertas horas bajo un aspecto inusitado; nos conmueven; se produce un espejismo en nuestro interior y tomamos las ideas que nos sugieren para una vida nueva que tienen.

He aquí las cuestiones. Decidid. Respecto a mí, me limito a soñar. Consagro mi espíritu a contemplar el mundo y a estudiar los misterios. Me paso la vida entre un signo de admiración y un signo de interrogación.

ORILLAS DEL TORRENTE DE MARCADAU

Apuntes

18 de agosto. Cauterets

Inmenso desprendimiento. Las piedras dispersas han rodado hasta el torrente. Todavía tienen todo el desorden de la caída. Se creería que cayeron ayer si no estuvieran roídas por los líquenes. Una de ellas, la más grande, está partida por la mitad. Un pastor sueña en estas rocas, con el ruido de esta naturaleza tumultuosa. Las cabras balan y están colgadas. Cojo una gran langosta verde que se deja tocar. Luego, la pongo sobre una roca y se queda en el lugar en que la he puesto. Un lagarto sale de una grieta. La langosta y el lagarto se miran. El lagarto se acerca. La langosta huye volando como un pájaro y va a caer a lo lejos en las altas hierbas.

Paso el puente de madera en la confluencia de los dos torrentes de Marcadau y de Laitour. Un olor de azufre sale del torrente. Aquí es espantoso. Es un derrumbamiento de nieve líquida. Ruido furioso. A las orillas, las flores crecen en abundancia; pequeños brazos del torrente hacen sobre pequeños bloques cascadas microscópicas. Hay pequeñas charcas tranquilas con el

fondo de guijarros que se dirían arreglados por un niño para su jardín. Un rayo de sol pasa a través de las nubes y hace de cada gota de agua una chispa. Bellos charcos verdes. Todos los verdes. Verde claro, verde negro. Los granitos y los mármoles manchados de rosa que se divisan a través del agua glauca vetada de luz parecen ágatas gigantescas.

He salido por un sol ardiente y he aquí que una nube gris y pesada invade todo el cielo. Va a llover. Me refugio bajo la puerta de los baños del prado. Una vieja que hace punto me ve entrar y gruñe. Rostro estropeado y horrible miseria; cara en harapos bajo una capa a jirones. Al ver que me obstino en quedarme y que he cogido una silla, se levanta, se arrastra apoyada sobre dos bastones hacia un pasillo oscuro y se va. —Cojo en una grieta del muro exterior una bella flor amarilla que tiene la forma del tulipán y el olor del albaricoque.

La tormenta se acerca. Grandes y sonoras gotas de lluvia caen sobre los árboles y las rocas. Un rayo. Trueno. Un trueno en estas gargantas ya no es un trueno; es un pistoletazo, pero un pistoletazo monstruoso que estalla en las nubes, cae en la cima más cercana y rebota de montaña en montaña con un ruido seco, siniestro y formidable. —Ya está lloviendo horriblemente. Todo lo que no sean nubes y lluvia ha desaparecido. Es una especie de oscuridad pálida entrecortada por rayos en la que ya no se oyen más que dos rugidos; el torrente que brama sin cesar y el trueno que retumba de vez en cuando. Pensaba en este doble ruido y me decía: el torrente se parece a la rabia y el trueno a la cólera.

Notas

23 de agosto. Las tres.

Después de dos horas de subida, inmensa pradera con dos o tres pobres cabañas cuyos jardines tienen alguna lechuga raquílica y vallados de mármol. A la derecha, un torrente. Delante de mí, un enorme bloque de mármol blanco y un viejo tronco seco. A mi alrededor, montañas magníficas. Los rayos de sol recortan en ellas anchas sierras de luces y sombras. Pequeños lagos de nieve cerca del cielo en las anfractuosidades. Inmensos derrumbamientos de pizarras brillan allá abajo, al sol, de un modo distinto que el agua, de un modo distinto que el hielo. Es como la espalda de un enorme dragón. Anchos paños de oscuro y de claro. Planos inmensos y simples. Cuatro montañas llenan el horizonte. Sólo una hierba corta y rala y algunas malezas. Eso, no obstante, constituye una gigantesca funda de verdor que cubre los montes hasta el lugar en donde se levantan los puertos. El torrente corre tranquilo y casi sereno al fondo del barranco. Ningún ruido. Ninguna voz. Cielo azul. Profunda tranquilidad. Soledad absoluta. Nada he visto todavía más bello y más grandioso en los Pirineos.

24 de agosto

Dos torrentes forman la Y. Sobre esta Y, puente circular de triple articulación, de abetos tirados de roca en roca. En el primer torrente otros cuatro puentes en los cuatro pisos de la montaña formados de troncos de árbol. Derrumbamiento de rocas.

Torrente de agua sobre un torrente de piedras.

1er puente. Abetos secos con sus ramas recortadas, que pueden servir de palo de periquito a los osos. En uno de estos abetos, que es hueco, se ha hecho fuego. Es una chimenea bastante ancha. Líquenes de abundante fronda viven sobre estos esqueletos. Vegetación con varias capas. Todas las flores de la montaña.

Agua verde y tranquila en una ensenada debajo del salto de agua con abetos muertos que cuelgan encima.

2. ° puente. Dos muros negros. La luz se agarra a las protuberancias y hace en ellas pequeñas terrazas brillantes cubiertas de hierbas y flores. El agua es luminosa. La luz está mojada. Entre las dos paredes negras, el torrente blanco. Al fondo, una cascada de cuatro pisos. Árboles cortados por los leñadores. Bosque. Montes inmensos debajo.

3er puente. Otra cascada. Arco iris. El salto de agua cae sobre un rellano, luego se precipita en el abismo. Bajo a él agarrándome a las raíces de los árboles hasta una roca que sobresale. El puente está sobre mi cabeza. La roca que recibe el rebote del salto de agua está agujereada como una esponja. Bruma y lluvia.

Vuelvo a subir. Las ramas podridas se rompen con facilidad.

Lago de Gaube. —Mil trescientos pies. Nuestra vieja Notre-Dame se apilaría seis veces sobre sí misma antes de que la alta balaustrada de sus torres llegara a la superficie del agua. Se sumergiría la gran pirámide, se colocaría sobre Cheops el Munster de Estrasburgo y sobre el Munster la aguja de Amberes, y apenas el extremo de la aguja de Amberes sobresaldría por encima del lago como la punta del mástil de un buque naufragado.

Valle muy salvaje. Bosque de pinos aplastado por una montaña que se ha desplomado.

Árboles desmochados, árboles muertos. Aquí los años, los truenos y los aludes son los únicos leñadores.

El lago; las cuatro de la tarde —El charco de agua más verde, más gracioso, más bonito, más alegre, rodeado de rocas horribles, groseramente talladas, deformadas, arrasadas, terribles. Al fondo, las nieves del Vignemale, la más alta montaña francesa, forman una inmensa Y echada hacia oriente. Al

final, una transparencia bajo la que se ven los granitos, pero que desaparece rápidamente. Las grandes sombras de la peña caen sobre la escarpadura occidental como árboles de almena.

Primer plano. —Cabaña en la que beben kirsch; una jaula llena de gallinas, patos; peña que forma una pequeña península. Se ve una especie de tumba de mármol blanco, rodeada por una reja. Es de unos ingleses que se ahogaron aquí y cuyo epitafio reza:

En memoria de William Henri Pattison, escudero,
ahogado de Lincoln's inn, en Londres,
y de Sarah Frances, su esposa,
de 31 años uno y 26 la otra,
casados desde hacía sólo un mes.

Un terrible accidente los arrebató a sus padres
y a sus amigos inconsolables.

Fueron engullidos por este lago
el 20 de septiembre de 1842.

Sus restos, transportados a Inglaterra,
reposan en Wilham en el condado de Essex.

Agua glacial. Quien cae en ella se muere. Hacía noventa años que el pescador estaba allí y no había visto a nadie lo bastante valiente para bañarse. Cuesta quince céntimos por persona entrar en el recinto de la tumba. He cogido cinerarias en el granito suspendido sobre el lago. He resbalado y he estado a punto de caer al agua. Esto hubiera representado una segunda tumba. Hubieran cobrado treinta céntimos.

Cauterets, 26 de agosto

El valle es apacible, el escarpamiento es silencioso. El viento calla. De repente, en un recodo de la montaña aparece el torrente. Es el ruido de una pelea, y tiene su aspecto. Los combatientes aúllan de rabia y uno cree ver volar los proyectiles. —Nos acercamos. —Anchos hoyos forman grandes cubas en las que el agua salta y bota, cubierta de espuma como en una olla enorme calentada en un fuego que nunca se apaga.

Troncos de árboles monstruosos, raíces horribles, descarnadas y deformes, ruedan en el torrente como esqueletos de hidras. —Lo horrible está aquí por todas partes.

Estos caballos de montaña son admirables, pacientes, mansos, obedientes,

lentos de instintos variados. Suben escaleras y bajan escalas. Andan sobre la hierba, el granito, el hielo. Siguen el borde extremo de los precipicios. Andan con delicadeza y con gracia, como gatos. Verdaderos caballos corrientes.

El mío era curioso y tenía su originalidad. Parecían gustarle las emociones. Siempre escogía para andar por él justo el borde de todos los abismos que encontrábamos. Parecía decirse: este señor es un artista, un conocedor. Hay que hacérselo ver bien todo. ¡Ah! ¿Quieres torrentes, parisino? ¿Quieres torrentes pirenaicos, cascadas, abismos, precipicios, emociones? Pues bien, aquí están. Mira, inclínate, aquí, y aquí, y aquí. ¿Tienes bastante?

Trotaba así suspendido sobre escarpaduras de ochocientos pies de profundidad con un pequeño torrente azul y oscuro abajo, bajo los ojos. Traté al principio de hacerle tomar direcciones menos pintorescas, pero se obstinó, y cuando vi que era su afición, tenía demasiado interés en estar a bien con él para contrariarlo, y le dejaba hacer.

GAVARNIE

Cuando se ha pasado el puente de Darroucats y sólo se está a un cuarto de hora de Gèdre, dos montañas se separan de pronto y os descubren algo inesperado.

Quizás hayáis visitado los Alpes o los Andes: tenéis desde hace unas semanas el Pirineo bajo vuestra mirada; sea lo que fuere lo que hayáis podido ver, lo que divisáis ahora no se parece a nada de lo que habéis encontrado en otra parte. Hasta aquí, habéis visto montañas: habéis contemplado excrecencias de todas las formas, de todas las alturas: habéis explorado cimas verdes, laderas de gneis, de mármol o de pizarra, precipicios, cimas redondeadas o serradas, glaciares, bosques de abetos mezclados con nubes, picachos de granito, picachos de hielo; pero, lo repito, en ningún lugar habéis visto lo que ahora veis en el horizonte.

En medio de las curvas bruscas de las montañas erizadas de ángulos obtusos y ángulos agudos, aparecen bruscamente líneas rectas, simples, serenas, horizontales y verticales, paralelas o que se cortan en ángulos rectos y combinadas de tal modo que de su conjunto resulta la figura resplandeciente, real, penetrada de azul y de sol de un objeto imposible y extraordinario.

¿Es una montaña? Pero ¿qué montaña ha presentado jamás estas superficies rectilíneas, estos planos regulares, estos paralelismos rigurosos, estas simetrías extrañas, este aspecto geométrico?

¿Es una muralla? He aquí torres, en efecto, que la apuntalan y la apoyan,

he aquí almenas, cornisas, arquitrabes, las hiladas y las piedras que la mirada distingue y casi podría contar: he aquí dos brechas cortadas a lo vivo que despiertan en el espíritu ideas de sitios, trincheras, asaltos; pero he aquí también nieves, anchas franjas de nieve colocadas sobre estas hiladas, sobre estas almenas, sobre estos arquitrabes y sobre estas torres. Estamos en pleno verano y a mediodía; son, pues, nieves perpetuas. Ahora bien, ¿qué muralla, qué arquitectura humana se ha alzado jamás al nivel de las nieves perpetuas? Babel, el esfuerzo del género humano entero, se hundió sobre sí misma antes de haberlo alcanzado.

¿Qué es pues este objeto inexplicable que no puede ser una montaña y que tiene la altura de las montañas, que no puede ser una muralla y que tiene la forma de las murallas?

Es una montaña y una muralla a la vez: es el edificio más misterioso del más misterioso de los arquitectos; es el coliseo de la naturaleza: es Gavarnie.

Imaginaos esta silueta magnífica tal como aparece al principio a una distancia de tres leguas: una larga y oscura muralla, todas las protuberancias y todos los pliegues de la cual están marcados por las líneas de nieve y todas las plataformas de la cual contienen glaciares. Hacia el centro, dos grandes torres; una que está a levante, cuadrada y volviendo uno de sus ángulos hacia Francia; la otra, que está a poniente, como si no fuera tanto una torre como un haz de torrecillas; ambas cubiertas de nieve. A la derecha dos profundas cortaduras, las brechas que se recortan en la muralla como dos vasos que las nubes llenan. Por último, siempre a la derecha y en el extremo occidental, una especie de reborde enorme plegado en mil gradas, que ofrece a la vista, en proporciones monstruosas, lo que se llamaría en arquitectura la sección de un anfiteatro.

Imaginaos esto tal como yo lo veía: la muralla negra, las torres negras, la nieve deslumbrante, el cielo azul; algo completo, en fin, grandioso hasta lo inaudito, sereno hasta lo sublime.

Ésta es una impresión que no se parece a ninguna otra; tan singular y tan poderosa a la vez que borra todo el resto y que nos hace por algunos momentos, incluso cuando esta visión mágica ha desaparecido en un recodo del camino, indiferentes a todo lo que no sea ella.

El paisaje que os rodea es, no obstante, admirable; entráis en un valle en el que todas las magnificencias y todas las gracias os envuelven.

Pueblos en dos pisos, como Tracy-le-Haut y Tracy-le-Bas, Gèdre-Dessus y Gèdre-Dessous, con sus aguilonos escalonados y su vieja iglesia de los Templarios, se acurrucan y se despliegan en las laderas de las dos montañas, a lo largo de un torrente blanco de espuma, bajo las matas alegres y fantásticas de una vegetación maravillosa. Todo esto es vivo, arrebatador, feliz, exquisito.

Es Suiza y la Selva Negra que se mezclan bruscamente en los Pirineos.

Mil ruidos gozosos os llegan como las voces y las palabras de este suave paisaje: cantos de pájaros, risas de niños, susurro suave, temblor de las hojas, soplos amainados del viento.

No veis nada, no oís nada: apenas percibís de este gracioso conjunto una impresión dudosa y confusa. La aparición de Gavarnie está todavía ante vuestros ojos y resplandece en vuestro pensamiento como esos horizontes sobrenaturales que se ven a veces en el fondo de los sueños.

Por la noche, al volver de Gavarnie, tomo nota de un momento admirable. He aquí lo que contemplo desde mi ventana: una gran montaña llena la tierra; una gran nube llena el cielo. Entre la nube y la montaña una franja delgada del cielo crepuscular, claro, vivido, límpido, y Júpiter brillando, piedra de oro en un riachuelo azul. Nada más melancólico y más tranquilizador y más bello que este puntito de luz entre estos dos bloques de tinieblas.

LUZ

Luz es una encantadora ciudad vieja —cosa rara en los Pirineos,— deliciosamente situada en un profundo valle triangular. Tres grandes rayos de luz entran en ella por los tres huecos de las tres montañas.

Cuando los miqueletes y los contrabandistas españoles llegaban de Aragón por la brecha de Roldan y por el negro y horrible sendero de Gavarnie, divisaban de pronto en el extremo de la garganta oscura una gran claridad, como es la puerta de una bodega para los que están dentro. Se apresuraban y encontraban un gran burgo iluminado por el sol y vivo. A este burgo lo han llamado, pues, Luz.

Hay allí una extraña y curiosa iglesia construida por los Templarios. Fortaleza tanto como iglesia, con su recinto almenado y su puerta torreón.

He dado una vuelta entre la iglesia y el muro almenado. Allí está el cementerio, lleno de grandes pizarras donde unas cruces y nombres de montañeses tallados con un clavo se borran bajo la lluvia, la nieve y los pies de los transeúntes.

Una puerta, hoy tapiada, era la puerta de los «cagots». Los «cagots» eran parias. Su puerta era baja, a juzgar por la línea vaga que dibujan las piedras que la tapian.

La pila de agua bendita exterior es una maravillosa pila bizantina con dos capiteles casi románicos.

Me he detenido en una inscripción de tumba borrada por el tiempo, rayada con un cuchillo, cubierta de polvo. Se distinguen algunas palabras españolas. Aquí. Abrís. Sin embargo las palabras filia de... parecen indicar el habla regional. He descifrado más o menos la última línea, que no tiene ningún sentido:

sub desera lo fe

Los modillones del muro exterior del ábside llevan dibujos curiosos. El pórtico principal, que representa a Jesús entre los cuatro animales simbólicos, es del románico más bello, firme, robusto, poderoso y severo. Hay restos de pinturas en la pared que representan mosaicos y edificios. El interior de la iglesia es un granero cualquiera.

Bajo la bóveda del pórtico de la torre de entrada, unas pinturas bizantinas, restauradas y medio blanqueadas con cal, han perdido mucho de su carácter. En lo alto de la bóveda. Cristo, con la corona imperial. Debajo, unos ángeles del juicio soplan por sus trompetas esta inscripción: SURGITE MORTVY, VENYTE. AD. JUDICIUM. En las cuatro esquinas algunos vestigios de los cuatro evangelistas. El buey, con la inscripción SANC LUC. El águila, con SANC... El moho ha hecho una nube en la que el resto se pierde. El león alado, de un bello estilo, con la inscripción SANT MARC. En la oscuridad, una cabeza de ángel con un resto de leyenda... CTE MYCHAEL.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es